

CUADERNO DE CIENCIAS SOCIALES 148

**PATERNIDAD INTERRUMPIDA
E IDIOMAS MASCULINOS EMERGENTES**

YAJAIRA CECILIANO N.

CUADERNO DE CIENCIAS SOCIALES 148

**PATERNIDAD INTERRUMPIDA
E IDIOMAS MASCULINOS EMERGENTES**

YAJAIRA CECILIANO N.



FLACSO
COSTA RICA
15 años

Sede Académica, Costa Rica.
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)



Asdi

ESTA PUBLICACIÓN ES POSIBLE GRACIAS AL APOYO INSTITUCIONAL DE LA
AGENCIA SUECA DE COOPERACIÓN PARA LA INVESTIGACIÓN (SAREC)
DE LA AGENCIA SUECA PARA EL DESARROLLO INTERNACIONAL (ASDI).

La serie Cuadernos de Ciencias Sociales es una publicación periódica de la Sede Costa Rica de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Su propósito es contribuir al debate informado sobre corrientes y temáticas de interés en las distintas disciplinas de las Ciencias Sociales. Los contenidos y opiniones reflejados en los Cuadernos son los de sus autores y no comprometen en modo alguno a la FLACSO ni a las instituciones patrocinadoras.

ISSN:1409-3677

© Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)

Sede Académica Costa Rica

Apartado 11747-1000, San José, Costa Rica

Web: <http://www.flacso.or.cr>

Primera edición: Agosto 2007.

Director de la Colección: Carlos Sojo

Portada y Producción Editorial: Jorge Vargas

ÍNDICE

Presentación	7
Introducción	11
Metodología	20
I. ANÁLISIS DEL CONFLICTO ENTRE LA MASCULINIDAD Y LA PATERNIDAD A PARTIR DE LA RUPTURA	27
1.1 Registro sociológico	33
1.2 Registro etnográfico	45
1.3 Registro etnopsicoanalítico	50
1.4 Registro grupal	57
1.5 Conflicto emergente entre la masculinidad y paternidad a partir de la ruptura del padre con su <i>fratría</i>	64
II. IDIOMAS DE LA MASCULINIDAD ALREDEDOR DE LA PATERNIDAD INTERRUMPIDA	77
2.1 Función de los idiomas masculinos	78
2.2 Contenido de los idiomas masculinos: competencia y nuevos idiomas	81
2.3 Estereotipias de los idiomas masculinos	85
2.4 Sentido manifiesto y latente de los idiomas masculinos	90
2.5 Idiomas masculinos bloqueados por mandatos culturales	92
REFLEXIONES FINALES	95
RECOMENDACIONES	103
BIBLIOGRAFÍA	119

PRESENTACIÓN

El estudio de la paternidad ha adquirido cada vez mayor interés, no solo porque a los hombres se les exige cumplir con este rol, y de un modo más integral y participativo, sino porque este rol ha cambiado, lo que ha conllevado a una problematización de la temática en diversos ámbitos (legal, académico, social, etc.) debido a que muchos hombres –enfrentados estos cambios– no encuentran una respuesta adecuada en la configuración tradicional masculina para desarrollar una paternidad plena, lo que nos conlleva a reflexionar acerca de la paternidad, con el fin de crear idiomas y discursos alternativos para comprender estas realidades.

El interés por investigar “El conflicto que aparece a partir de la ruptura del padre con su *fratría*” surge a partir de una serie de entrevistas a profundidad realizadas en el contexto de un estudio llevado a cabo por FLACSO Costa Rica en el 2003, en el cual se presentan y analizan las principales representaciones de los hombres costarricenses en torno a la masculinidad y paternidad.

A partir de las entrevistas realizadas en ese estudio, emergieron otros temas de investigación como el presentado en este Cuaderno y el cual ha sido desarrollado en la tesis de Licenciatura de Psicología, titulada “*Conflicto entre la masculinidad y la paternidad en la conformación del lazo afectivo con hijos e hijas después del divorcio o separación*”. Este trabajo tuvo como objetivo a partir de entrevistas a hombres separados de sus *fratrias*, determinar

las modalidades de conformación, surgimiento y enfrentamiento al conflicto a partir de la ruptura o interferencia del contacto o la relación del padre con sus hijos e hijas.

Este trabajo pretende, además, realizar un aporte desde una perspectiva psicoanalítica en la comprensión de los elementos psíquicos y subjetivos presentes en hombres divorciados o separados de su prole, y cómo estos elementos están determinados también por los procesos de socialización primaria, especialmente aquellos aportados por los objetos de amor primarios y confrontados en el desarrollo del sujeto por la ideología patriarcal, todo lo cual podría devenir en un conflicto que es necesario develar y darle nombre.

La construcción social de la masculinidad no permite que el hombre tenga un adecuado manejo de sus afectos y emociones; la masculinidad no le ha enseñado al hombre a manejar, expresar y controlar sus sensaciones y, sobre todo, construir y mantener relaciones sobre esta base, aunque ello no excluye o elimina la necesidad o anhelo de generar lazos afectivos. Esta contraposición no encuentra congruencia y claridad, llevando al hombre en algunos casos a comportamientos de huida, escape, descalificación, evasión, entre otros. Entonces, es importante conocer qué sucede cuando un padre rompe el vínculo con su prole; es decir, con sus hijos e hijas, ¿surge un conflicto o no?; ¿tiene que ver este conflicto con “algún sufrimiento” relacionado la necesidad de acercarse a sus hijos(as)? Este antagonismo aparece con singular claridad en los hombres a quienes se les ha impedido continuar con su función paterna en contra de su voluntad y disponibilidad, ya sea por divorcio o separación o mediadas por disposiciones maternas o legales. En el caso de este estudio, estos hombres viven un impedimento para ver a sus hijos(as), forzado por la ruptura con su pareja o separación del ámbito familiar. Este impedimento tiene una base real objetiva, pero debe analizarse qué otros determinantes emocionales y subjetivos se desencadenan en el hombre a partir de este impedimento., ya que si el hombre debe tener autocontrol de sus emociones, afectos y sensaciones, ¿qué pasa cuando sufre por la separación con su hijo o hija?, ¿qué pasa con el deseo de acercarse a su hijo o hija? Si el hombre tiene definido en su rol la forma de aportar y contribuir a la promoción de habilidades sociales de su

progenie, ¿qué sucede con él cuando ve interrumpido su proyecto e interferida su función? El surgimiento de este deseo plantea la existencia de hombres que aunque han sido determinados por una serie de mandatos sociales, muestran la existencia de un deseo, un anhelo que trasciende estas designaciones sociales e institucionales sobre la masculinidad, pues lo que se espera socialmente es que un hombre solo asuma la proveeduría de sus hijos, hijas y familia, pero no que sufra o llore porque no está con sus hijos e hijas.

De este modo, el estudio de la paternidad se torna importante no solo porque implica directamente que muchos niños y niñas gocen de su derecho a conocer a su padre y que además tengan una serie de derechos garantizados, como lo son la educación, un hogar, salud, etc., sino porque debemos comprender cuáles son las dinámicas psíquicas (establecidas por medio de la socialización) que determinan la proximidad de un padre hacia sus hijos e hijas; asimismo, es necesario como conocer qué efectos tiene en la vivencia de un hombre no poder aproximarse a su prole, así como qué implicaciones sociales tiene esta ruptura.

Entonces, a partir de lo anterior surge la siguiente interrogante: ¿Cuáles son las formas en que se configura el conflicto alrededor de la paternidad en hombres, quienes, contrario a su determinación, viven una ruptura o interferencia del contacto con sus hijos e hijas?

INTRODUCCIÓN

En este trabajo se parte de la idea de que el hombre que en algún momento ejerció la paternidad y que por distintas circunstancias se ve separado de sus hijos e hijas, experimenta un conflicto con su paternidad y masculinidad. Entonces, interesa conocer la transformación que tiene esta vivencia. ¿De qué mecanismos se vale para manifestar esta nueva experiencia? Si el deseo permanece virulento (Lorenzer, 1981), aunque se reprima o permanezca inconsciente, ¿cómo se expresa?

Lorenzer (1981) permite comprender elementos relacionados con la socialización de los hombres, ya que la socialización (formas prelingüísticas, simbólicas y la introducción al lenguaje) realizada por los objetos primarios de amor, determinan los elementos que deben quedar conscientes o inconscientes en la vida adulta del hombre. Este enfoque permite, además, comprender las consecuencias que este proceso tiene en la vida de los hombres, particularmente en las formas de establecimiento de apego, la resolución de conflictos y la vivencia del ejercicio de la paternidad, etc. La socialización primaria remite a los mecanismos psíquicos que se establecen en el comportamiento y la subjetividad de los hombres adultos. De acuerdo con Lorenzer, “la madre, en la díada madre-hijo, determina formas de interacción entre ambos, las cuales comprenden un contexto social, una práctica social determinada de la madre” (p. 88); es decir, la vivencia particular de la madre, como un ser que pertenece a un grupo y a una clase social, y además una práctica “restringida” a esa relación particular que existe entre cada madre y cada hijo, lo que hace de la socialización un evento de transición cultural de modelos.

La madre, como agente cultural, introduce paso a paso el lenguaje, lo cual permite nombrar la práctica social del infante; de ahí la importancia de comprender cómo por medio de la interacción diádica se introducen otras relaciones objetales y permite darles o no un nombre a las vivencias fundadoras del sujeto. Con base en este principio fundador de la subjetividad, es que se puede postular cómo la vivencia de la paternidad tiene su correspondiente en la práctica social, introducida desde los objetos de amor primarios, reflejados en formas de interacción que integran tanto las modalidades consensuales de relación, como los deseos subjetivos excluidos del consenso y que se afirman como rasgos constitutivos y esenciales, en nuestro caso de la masculinidad y las formas concretas en que se asume la paternidad.

Al respecto, afirma Lorenzer (1981):

“A partir del momento de la gestación se inicia entre la madre y niño un proceso de intercambio que va determinando las necesidades del (de la) niño/a; al mismo tiempo que se modifican las de la madre. Este proceso es un juego de interacción en tanto el (la) niño/a determina a la madre y la madre el (la) niño/a. La madre está con su experiencia y comportamiento en conexión social. Por medio de sus “figuras” de comportamiento aislado, la madre comparte al niño modelos de cultura, sociedad y un comportamiento específico (p. 86).

Un rasgo omnipresente en el desarrollo o en la socialización es el surgimiento de una relación por el establecimiento de un vínculo. Para el psicoanálisis, la socialización consiste en un proceso que va fijando fórmulas de resolución, que no eliminan por completo las tensiones existentes, pero sí las cancelan dentro de un ámbito relacional determinado; ese avenimiento equivale a la producción de una relación recíproca (Lorenzer, 1981). Sperling (cit. por Lorenzer, p. 29) aclara que “ese “avenimiento” es el resultado de un proceso de aprendizaje; es decir, “la práctica de un juego de interacción común”.

En el caso que nos ocupa, las formas de interacción introducidas durante la socialización de género masculino y con disposición a la gestación de lazos afectivos y disponibilidad hacia el apego, por su contraposición con el lenguaje que nombra a la masculinidad en el patriarcado, se excluyen de la conciencia, del nombramiento. Vuelven al inconsciente o simplemente permanecen en él, sin posibilidad de nombramiento, al juego estímulo-reacción; esto es, se activan en la vivencia concreta; por ejemplo, la paternidad, pero entran en contradicción con el consenso imperante en la conciencia; o sea, la noción consensual de la idea de género, estableciéndose así la tensión entre la pulsión y la norma, entendida la primera como el deseo de generar lazos con la prole, y la segunda como las restricciones que determinan el ejercicio de la paternidad. El desfase se debe a que en la conciencia (cc) es una pérdida del rol, y en el inconsciente (icc) es una pérdida afectiva (duelo).

Este punto es muy importante para este trabajo, ya que se propone conocer las modalidades que imponen el control sobre el establecimiento y realización de lazos afectivos como padre, así como la forma en que este deseo reaparece y vuelve a ser desmentido y falsificado por el patriarcado, configurándose así para el hombre el conflicto alrededor de la paternidad y que posiblemente encuentra su expresión en los “nombres” que le dan los hombres a su vivencia, las racionalizaciones socialmente “aceptadas” que utilizan. De este modo, el auténtico deseo de las formas de interacción reprimidas -que no deben ser realizadas fieles a su contenido en una interacción- permanecen inquebrantables; ellas deben formar un trato consciente, un compromiso bajo la presión del cliché; es decir, lo reprimido, las formas de interacción tornadas inconscientes se manifiestan por medio de una satisfacción sustituta, que en adelante debe arreglárselas bajo obligación con el consciente. Como es evidente, el deseo permanece, por lo que la pregunta para esta investigación es si el deseo permanece pero es enmudecido, ¿cómo se manifiesta? Según Lorenzer (1981), el deseo debe ser sacrificado, la satisfacción del deseo debe esconderse en esa infeliz contraimagen. El síntoma será cubierto en una caricaturización absurda de la unión prohibida de las formas de interacción y de las figuras del lenguaje con un nombre contrario a la necesidad original, un

nombre falso (el psicoanálisis llama a esto racionalización), que toma el lugar del nombre correcto que en la desimbolización desapareció.

En el caso de la paternidad que no se ejerce pero se anhela, las preguntas son: ¿Cómo se cubre este síntoma? ¿Qué procesos de racionalización ocurren? Resulta necesario, por lo tanto, identificar, entre las experiencias del ser hombre, aquellas revestidas con un nombre falso, porque remiten al deseo virulento de manifestar y articular en sus interacciones el deseo de protección y cuidado, o “por lo menos” de lazos de calidad afectiva. De acuerdo con Lorenzer, “el deseo verdadero debe expresarse solamente en la deformación del síntoma, ya sea en un comportamiento errático sintomático en compañía de otros, ya sea como síntoma corporal o como sufrimiento psíquico: miedo, depresión. El comportamiento errático y el nombre falso encubren el conflicto y el deseo original” (p. 112).

Según los postulados anteriores, aparecen suficientes comportamientos erráticos en los hombres, muchos de ellos en incremento en los últimos tiempos y algunos de los cuales podrían asociarse a la aparición de un síntoma con nombre falso, asociados al deseo emergente desde el inconsciente de contenidos emocionales, en contraposición con la imagen consensual de masculinidad que emergen deformes y se enfrentan con satisfacciones sustitutas. Se trata de un conflicto entre deseo (paternidad plena) y norma (paternidad culturalmente amputada) irresoluble, sin afrontación del contenido icc y sus controles.

En resumen, Lorenzer (1991) propone que “cuando ambos sistemas, las formas de interacción simbólicas de carácter prelingüístico y el lenguaje no encuentran una congruencia y, por el contrario, se manifiestan contrapuestas una como el deseo y otra como la imposición social, surge un conflicto” (pp. 116-117). La exposición anterior permite comprender cómo en la vivencia del hombre se manifiestan estos procesos; es decir, qué elementos permanecerán como cliché, como conflicto, como síntoma; de qué medios se vale el hombre para nombrarlo en las interacciones concretas.

Otro elemento importante de análisis aportado por Lorenzer (1981) será el cliché, entendiéndose este como “formas de interacción inconscientes reprimidas por la combinación de desimbolización y fijación, al estadio

de formas virulentas prelingüísticas. Los clichés están siempre prontos a descargarse, como mecanismos de relevo, tan pronto como son provocados (en la emergencia de las neurosis del adulto) por estímulos situacionales equivalentes a los infantiles" (p. 117). En su naturaleza y expresión cultural, son asimilables al síntoma del neurótico.

Por otro lado, Lorenzer apunta que "el nexo causal de la formación de clichés debe buscarse en una alteración de la interacción materna y que la formación de clichés se deriva de la contradictoriedad de la praxis materna, pues la interacción formadora de clichés es una conducta de la que la madre no tiene conciencia reflexiva. Aquí se contraponen la acción mediada por símbolos y la conducta determinada por clichés. En este caso, la praxis se sale del marco de las indicaciones de acción de la comunidad lingüística en cuanto son susceptibles de discusión" (p. 118).

Por lo tanto, es presumible que los hombres confrontados con la paternidad que anhelan, pero les es negada, desarrollan procesos de elaboración que escapan de su conciencia, sobre todo por carecer de elementos que debería proveer la identidad masculina, para reflexionar sobre el dilema que enfrentan. Carentes de estos recursos, la "mala unión" de la pulsión y el nombre falso imponen el cliché; esto es, el comportamiento estereotipado y estéril que se refugia en la convención de la masculinidad, porque no renuncia a los anhelos identificados como posibles aunque punitivos.

De este modo, este trabajo indaga en la formación de estos clichés en la vivencia del hombre, retomando elementos de su socialización primaria, pero centrándonos especialmente en sus manifestaciones presentes. La socialización primaria establece modos de interacción que potencialmente favorecen la génesis de lazos afectivos y una disposición al apego, pero, por otro lado, y con la introducción del (de la) niño/a al lenguaje, se imponen pautas sociales de comportamiento, especialmente en cuanto a lo que se espera que debe ser un hombre. Ambos polos podrían generar el surgimiento de un conflicto en los hombres, por lo que el interés de este trabajo es conocer si esto sucede o no y cómo se manifiesta este conflicto. Adicionalmente, conocer antecedentes de la socialización de la masculinidad puede develar los contenidos segregados

de la consciencia, pero que permanecen vigentes y participantes en el tipo de interacciones desarrolladas en otros contextos interactivos; en este caso, con sus hijos e hijas.

Los aportes de Lorenzer (1981), en cuanto al conflicto, desimbolización y formación del síntoma, permiten entender qué sucede en la vida adulta del hombre cuando ocurre una separación de sus hijos o hijas. La idea fundamental es conocer aquellas experiencias en las que el padre no vive más con sus hijos, cómo percibe la ruptura y cómo se manifiesta en el conflicto, qué ideas, fantasías y miedos se presentan; es decir, qué mecanismos se instauran para vivir esta tensión que desmiente la creencia de la indiferencia masculina ante la paternidad. Para Lorenzer, el sufrimiento es una consecuencia de un conflicto psíquico, donde se revelan poco a poco ambos polos del conflicto; por un lado, los impulsos de deseo, y como contraparte las prohibiciones sociales. Este principio permite analizar cómo en la práctica concreta de estos hombres; es decir, en sus relaciones específicas, se ponen de manifiesto formas de interacción, articulándose frente a la crisis y al conflicto, lo que denota, para la tensión existente entre pulsión y cultura, tanto la vigencia del mandato social de la masculinidad tradicional (cultura), como los anhelos y deseos pendientes (reprimidos pero virulentos). La pulsión, entendida en este contexto como el potencial para establecer una filialidad afectiva con su prole) que pugna por manifestarse. Así, se constituye el conflicto entre la norma masculina de la austeridad emocional (consciente y coherente con la cultura) y el deseo consciente (viable por socialización pero excluida del lenguaje).

En definitiva, este enfoque posibilita estudiar los mecanismos por medio de los cuales el sujeto masculino enfrenta este conflicto entre el deseo hacia la conformación de lazos de protección y cuidado hacia sus hijos e hijas y la prohibición de la masculinidad sobre un hombre “maternalizado”. De aquí se pasa a las formas de elaborar el conflicto o perpetuarlo.

Por otra parte, Benjamín (1997) permite comprender cómo la interacción del niño¹ con sus objetos de amor primarios, no tiene como objetivo único desarrollar una identidad genérica nuclear masculina basada en el rechazo

1 El objeto de estudio de este trabajo son los hombres, por lo que se hace referencia únicamente a niño.

absoluto de lo femenino, sino, por el contrario, establece los movimientos del amor objetal e identificatorio como alternancia constante de toda la vida y no como procesos contrapuestos y complementarios.

Benjamin (1997) propone que “los recientes enfoques parten de la creencia de que la mente humana es interactiva y no monádica, en que el proceso psicoanalítico debe entenderse como produciéndose entre sujetos; de este modo, cada sujeto debe enfrentar la dificultad de reconocer al otro como un centro equivalente de experiencia” (p. 59). Afirma Benjamín que “la distinción entre los dos tipos de relación con el otro solo pueden surgir claramente si se reconoce que ambos son endémicos en experiencia psíquica; además, dicha “diferencia” debe sondearse como una condición del conocimiento y no como una bifurcación en el camino. Las dos dimensiones de la experiencia con el objeto/otro son complementarias, aunque a veces aparecen en relaciones de oposición. De este modo, si se abarcan ambas dimensiones, se hace cargo por un lado de los efectos generalizados de las relaciones humanas sobre el desarrollo psíquico (dimensión intrapsíquica), así como de los efectos ubicuos de los mecanismos psíquicos internos y de las fantasías en la conformación de la vida y de la interacción psicológica (dimensión intersubjetiva) (p. 62).

Asimismo, Benjamin posibilita comprender cómo en algunas expresiones de la masculinidad es posible encontrar elementos “no masculinos”, como la necesidad de apego, afecto, conflictos, etc., gracias a los movimientos del amor objetal e identificatorio.

Para lograr apropiarse de esas expresiones de la masculinidad, en la vivencia específica de los padres que ven interrumpida su paternidad, el concepto de “idioma” de la masculinidad contemplado por Bosse (1994) permite una articulación entre los conceptos teóricos reseñados y el abordaje metodológico.

Como idioma de la masculinidad (Bosse, 1994), se entienden sobre todo esquemas meramente descriptivos de la masculinidad, a los cuales se recurre en situaciones cotidianas y en situaciones rituales. Asimismo, siempre se encuentran enlazados en contenido, formulación y significado a un contexto ritual. Además, los idiomas de la masculinidad siempre tienen funciones

políticas relacionadas con el poder y el dominio sobre las generaciones de hombres en desarrollo, lo cual se expresa particularmente en el control que se ejerce sobre la relación conflictiva con la propia sexualidad, así como sobre las tensiones que emergen en las relaciones entre los géneros. Aunque no remite a cómo vivencian los hombres los conflictos, cada idioma establece estructuras gnoseológicas fundamentales que orientan la identidad masculina.

Por lo anterior, es necesario mencionar que algunos estudios evidencian y teorizan sobre el vínculo del padre con sus hijos e hijas, así como el aporte del vínculo. Estos estudios, realizados en Canadá y Alemania, han mostrado los efectos particulares que tiene la relación padre e hijo/a, así como la importancia que esto podría tener en el posterior desarrollo de los infantes. Grossman, Grossmann, Fremmer-Bombick, Kindler, Scheuerer-Englisch *et al.* (2002) estudian la singularidad de la relación padre e hijos-hijas. El estudio longitudinal realizado por Grossman *et al.* con 44 familias, explora la contribución específica del padre a la representación de vínculo de niños(as) en edades de 6, 10 y 16 años. Algunos de los resultados más importantes evidencian cómo los niños y las niñas desarrollan un vínculo particular con sus padres, y cómo este vínculo tiene un efecto en el desarrollo psicosocial del (de la) niño/a. Grossmann *et al.* (2002) mencionan que en países como Alemania, las madres –como en otras culturas y durante los últimos 25 años– son las que han cuidado a sus hijos e hijas mientras que el padre se ha dedicado a ser el proveedor. Sin embargo, cuando los padres se encuentran al cuidado de los hijos(as) es el juego el medio de interacción más importante, en contraste con actividades de cuidado; del mismo modo el juego del padre tiende a ser más vigoroso que el de la madre.

Los análisis preliminares revelan que no hay diferencias de género en las mediciones de apego del (de la) niño/a, con excepción del índice “cuidar”; de acuerdo con los reportes dados por las madres, los padres se muestran más “cuidadores” cuando el infante era un niño que cuando era una niña. Además, los resultados evidencian que la contribución del padre y la madre es diferente y complementaria, dependiendo del rol que cada padre o madre juega en la socialización de sus hijos(as) en una determinada cultura (p. 310).

En este mismo sentido, Paquete (2004) se propone realizar una teorización de la relación del padre e hijo/a, basado en el conocimiento de interacción padres y sus hijos e hijas.

La comparación de la interacción entre la madre y el niño/a, y el padre y el niño sugiere que los padres juegan un importante rol en el desarrollo de sus hijos, así como en su apertura al mundo. Los padres tienden a animar a los niños a tomar riesgos, mientras que dan confianza y seguridad; de esta manera, permiten a los niños ser valientes en situaciones extrafamiliares al mismo tiempo que ante sí mismos. Pero esta dinámica solo es posible dentro de un contexto de un vínculo emocional entre el padre y los menores, en contraste con la relación entre madres y niños, la cual tiende a calmar y confortar sus niños en tiempos de estrés. La activación de la relación entre padre y niño/a es desarrollada primariamente por medio del juego físico (pp. 198-199).

La intensidad del juego físico permite a los (las) niños(as) desarrollar lazos fuertes con sus padres, incluso cuando los padres están menos presentes que las madres. Algunos autores como Schwartzmann (citado por Paquete) sugieren que los niños no necesitan periodos extensos de juego para beneficiarse de la actividad. Este autor considera que entre el padre y la madre se da una complementariedad que es importante para el desarrollo del (de la) niño/a.

Estos estudios muestran que el rol paterno y su articulación en la crianza están definidos para los padres, quienes encuentran y desarrollan un espacio interactivo en la familia, por medio del juego competitivo, para promover y favorecer el desarrollo de sus hijos e hijas. El aporte de este ensayo de roles sociales desde la interacción lúdica del padre con sus hijos e hijas ha sido ponderado en sus efectos para el desarrollo de las potencialidades, sobre todo en la esfera del comportamiento pro social y en la dimensión de la seguridad y la confianza en sí mismo que el infante debe instaurar en sus modelos de acción.

Metodología²

Esta investigación se define como un estudio etnológico, que recurre a una metodología etnometodológica psicoanalítica, orientada en la hermenéutica profunda de Lorenzer, para el análisis del material recogido, y la etnohermenéutica de Bosse, para desarrollar las etapas y procesos de la investigación.

Se define además como un estudio de tipo explicativo-exploratorio, porque permite “aumentar la familiaridad de la investigadora con el fenómeno que desea investigar por medio de un estudio más consecuente y mejor estructurado” (Selltiz, Jahoda, Deutsch y Cook, 1976, p. 69); además, permite aclarar conceptos, establecer preferencias para posteriores investigaciones, reunir información acerca de posibilidades prácticas, para llevar a cabo investigaciones en marcos de vida actual, así como generar conocimiento sobre fenómenos acerca de los cuales existe muy poca comprensión.

La investigación sobre el conflicto devenido de la interrupción de la relación padre-*fratría*, se propone como un estudio etnopsicoanalítico, ya que la etnografía como descripción y reconstrucción analítica de escenarios y grupos culturales intactos, recrea para el lector las creencias compartidas, prácticas, artefactos, conocimiento popular y comportamientos de un grupo de personas. En consecuencia, la investigadora etnográfica comienza examinando grupos y procesos incluso muy comunes como si fueran excepcionales o únicos (Goetz y Lecompte, 1988). Además, el diálogo psicoanalítico ha sido retomado por el etnopsicoanálisis como un instrumento de investigación social, conservando los elementos fundamentales propios del análisis de la transferencia y la contratransferencia, estudiando, de este modo, cuáles contenidos deben llegar a ser inconscientes en la cultura y por qué. Así, de la conjunción de la etnografía y el psicoanálisis se pretende generar un encuentro subjetivo con

2 Los cuatro padres que participaron en este estudio han vivido —al menos durante un año— de forma continua con sus hijos o hijas; asimismo, son padres que han expresado interés por mantener un lazo afectivo y no solamente de proveedores hacia su prole. A los cuatro casos se les entrevistó a profundidad, con cada uno de ellos se conversó al menos en tres ocasiones.

los hombres padres, para de este modo activar los patrones culturales que orientan su subjetividad, mientras que al mismo tiempo pondrán en escena las regulaciones sociales que los controlan, las cuales han sido establecidas por medio de las formas de interacción. El punto de partida de las investigaciones etnopsicoanalíticas es siempre el sujeto. De lo que se trata es de abordar la subjetividad de un individuo y simultáneamente entender esta expresión de una persona como la configuración de posibilidades sociales, explicable esto a partir de sus experiencias biográficas con su posición específica en el entramado social. Lo que se pretende es reconocer la relación recíproca entre la subjetividad y la objetividad social en el posible dilema de la paternidad interrumpida, de modo que se evidencian instituciones (expresadas mediante idiomas, alusiones a la paternidad, a la sociedad y a la cultura) y que sirven como referente a estos hombres para explicar los dilemas ante la paternidad interrumpida.

El etnopsicoanálisis se presenta como un método fundamental de acercamiento a los discursos de los grupos oprimidos y minoritarios, ya que escuchar el discurso particular de estos sujetos se configura como una posibilidad social (Erdheim, 1982, citado por Sanabria, 1995). Los hombres que desean una paternidad plena contraria al mandato cultural, podrían ser una minoría. Esta posibilidad social se muestra realmente como tal, ya que su vivencia y discurso contradicen lo que tradicionalmente se esperaría de un hombre, o de lo que el discurso dominante dice de los hombres, en el sentido de que son despreocupados respecto de sus hijos y que su paternidad se limita a la proveeduría económica. Así, este tipo de discursos y acercamiento permite explorar otras posibilidades de manifestaciones, dejando de lado las ideas generalizadoras y absolutistas respecto de la identidad y prácticas genéricas.

Procedimientos para la sistematización de la información

El análisis del discurso del padre será el medio por el cual se tendrá acceso a este evento social, del cual no se tiene participación directa. El acceso se realizará por medio del análisis de los elementos presentes en el

encuentro etnopsicoanalítico, como las asociaciones libres, la negación, la idealización, y otros mecanismos de defensa. De acuerdo con Bosse (1994), el procedimiento etnopsicoanalítico se basa en las entrevistas individuales de orientación psicoanalítica (conversaciones libres y dirigidas), con el objetivo de conocer la biografía de los sujetos. Este método de conversación y su meta de conocimiento pone la atención en tres planos:

1. Al plano verbal explicativo del contenido consciente de un intercambio entre la investigadora y cada uno de los participantes. Esta entrevista articula el tema de la paternidad en conexión con otros temas de manera espontánea. Sobre este plano, las conversaciones reflexivas mostrarán sus relaciones familiares, comunales, infantiles, etc.
2. Las escenificaciones preconscientes y simbólicas de relaciones con la investigadora. De este modo, la investigadora se involucra en la red interna de relaciones que determinan la paternidad, de tal forma que la relación en la entrevista se convierte en un reemplazo de los vínculos genéricos participantes en la paternidad.
3. Las repeticiones inconscientes de los modelos diádicos de socialización en su contexto cultural de origen, de modo tal que serán proyectadas imágenes internas de hombre y las figuras masculinas dotadas de significado. Estas proyecciones inconscientes ayudan a identificar afectos e impulsos que se instauran en encuentros tempranos y traumáticos, con la consolidación de la identidad masculina, y que podrían amenazar con destruir el balance de la identidad de género culturalmente determinada en el momento de acceder a la conciencia.

Procedimiento para el análisis e interpretación de la información

A lo largo de las entrevistas individuales y los grupos de discusión, se derivarán delimitaciones temáticas, de tal forma que aparezcan las necesidades y representaciones importantes relacionadas con la vivencia; la diferenciación de cuáles de ellas pueden ser conscientes y cuáles deben permanecer

inconscientes representa el desafío analítico-comprensivo principal. De particular interés son las necesidades y representaciones de la masculinidad que en el entramado de la paternidad interrumpida o interferida emergen de una manera consciente o quedan sujetas como contenidos inconscientes. En el marco de esta nueva paternidad responsable, aspirada social y culturalmente, el tema por tratar específicamente es cuáles son los deseos y temores predominantes que articulan la vivencia masculina (Bosse, 1994).

La interpretación del texto de las entrevistas no lo es todo en la investigación. La interpretación se apoya en la relación instaurada con la investigadora durante las entrevistas y el trabajo grupal. Durante las conversaciones, la investigadora tiene como meta -en conjunto con los hombres- leer sus propias expresiones, incluso aquello que en su cotidianidad no les es visible y, por lo tanto, no les está disponible; todo lo cual les hace difícil alcanzar su proyecto de vida de ubicarse como padres exitosos en su condición actual. La meta en común durante las entrevistas y sesiones de trabajo común es “leer” precisamente aquello que en su vida y cotidianidad no es tan transparente y tampoco está disponible y que, por lo tanto, les dificulta lidiar con este contexto “moderno” de paternidad.

El análisis del texto de los protocolos es la visión a posteriori de la relación establecida entre la investigadora y los participantes que, en todo caso, aparece como una relación de afinidad hacia el tema. La interpretación etnohermenéutica, conformada por la integración de los dos momentos, ofrece una retrospectiva del proceso de esclarecimiento de los hombres participantes, ahí donde ha resultado posible, dentro de los límites de la investigación, de tal forma que muestre cómo bajo nuevas condiciones sociales, los bosquejos de paternidad procuran prevalecer, transformarse o desaparecer y cómo han de surgir algunos nuevos. Bosse (1994) menciona cuatro procedimientos distintos para la interpretación de las entrevistas individuales y las discusiones grupales:

Interpretación etnográfica

La paternidad aparece aquí como la actualización del entramado cultural que subyace a la masculinidad y hace su aparición en las entrevistas. Las

expresiones verbales y simbólicas de los hombres son leídas escénicamente y relacionadas con *constructos* culturales, cuyo conocimiento la investigadora toma de tres fuentes:

- Las propias expresiones culturales de los hombres: sus propias representaciones de sus experiencias de socialización; por ejemplo, su niñez o caracterizaciones de sus coetáneos en su familia, comunidad, trabajo, amistades, etc. Sus descripciones de las instituciones culturales de la masculinidad (ritos, tabúes, sistema de ordenamiento), así como exigencias género-masculinas.
- Las propias observaciones de la investigadora en el contexto cultural de socialización de la masculinidad, derivadas del debate público reciente sobre paternidad y la concomitante *Ley de paternidad responsable*.
- La tercera fuente la forman las investigaciones sobre masculinidad y paternidad.

Las expresiones de los hombres son leídas desde dos perspectivas: cómo ellos enfrentan la separación y tienen que renunciar al proyecto de vida de pareja, y reformular su proyecto de crianza compartida.

La interpretación etnográfica ayuda a encontrar de dónde vienen las repeticiones inconscientes de patrones culturales de relaciones en el grupo. En el lenguaje del análisis de grupo, esto quiere decir que la etnografía contiene la matriz de origen de los miembros (los hombres y la investigadora).

Interpretación sociológica

La paternidad aparece aquí como una actualización de roles y posiciones de estatus, tal y como ella será ofrecida y exigida por las instituciones de la sociedad y de los hombres. Las expresiones verbales y simbólicas de los hombres en el grupo y las entrevistas serán de nuevo leídas escénicamente como observación de los roles como padres, participantes de una investigación,

como ciudadanos, como trabajadores, profesionales, etc. Nuevamente, la investigadora obtiene información de tres fuentes:

- a- de las expresiones propias de los hombres; la observación de las instituciones modernas como la organización del trabajo
- b- del orden familiar y el sistema de normas y valores
- c- de las investigaciones sociológicas y de las estructuras de la sociedad modernizada.

La interpretación sociológica ayuda a investigar las formas de aparición de la paternidad en los individuos y el grupo. La entrevista es leída sociológicamente como una institución moderna de encuentro entre hombres. Cada uno de los participantes es visto como portador de roles y estatus: la investigadora como mujer, como investigadora, como científica e interesada en el drama de la paternidad interferida; los hombres como participantes de una investigación o como padres.

Interpretación psicoanalítica

La masculinidad aparece como lo determinado corporalmente y como lo psíquico interno. La masculinidad es entendida como expresión de una vivencia en conflicto entre la necesidad pulsional (anhelo de paternalización afectiva del vínculo con la *fratría* que ha sido culturalmente desimbolizado) y el control social instaurado hacia dentro, en el yo o en la consciencia (mandatos de indiferencia y neutralidad afectiva en la paternidad). La técnica de la interpretación psicoanalítica, análisis de idioma, análisis de las formas no verbales, transferencia y contratransferencia, es correspondiente a la utilizada en el método psicoanalítico. Se dirige a identificar las formas de interacción, excluidas del lenguaje, de connotación prelingüística y por ello instauradas en el registro corporal-sensorial, aunque participes activas de la práctica de la paternidad y demás roles masculinos.

La interpretación psicoanalítica ayuda a la investigadora a reconocer en las apreciaciones analíticas grupales e individuales, el tema base típico, inconfundible y exclusivo para un determinado contexto de vida que rodea a la paternidad interrumpida o interferida. Desde la perspectiva individual, el análisis se remonta a la instauración y configuración de formas interactivas no necesariamente mediadas por el lenguaje, aunque virulenta en la acción cotidiana. En el idioma del análisis grupal, significa que en cada grupo hay un tema base, que hace su matriz dinámica y que depende de la cultura del grupo. Aquí, aparecen las preguntas: ¿qué debe permanecer consciente e inconsciente? Las conversaciones tratan de deseos y miedos masculinos específicos de los hombres alrededor de la paternidad. ¿Qué de las representaciones masculinas debe permanecer consciente e inconsciente? ¿Qué en la cultura masculina debe continuar inconsciente? ¿Qué aparece como peligroso y tenebroso en los proyectos de vida en el marco del ejercicio de la paternidad actual y qué se vuelve inconsciente en el camino hacia una individualidad derivada de la separación del núcleo familiar?

Interpretación analítica grupal

La masculinidad aparece como un proceso psicosocial dinámico continuo, lo que se presenta entre los hombres en las tres dimensiones de interpretación mencionadas. La masculinidad aparece aquí en su acentuada diferencia individual. Estas diferencias (inconscientes) serán trabajadas por el grupo, hasta que haya consenso grupal, hasta que se perfile una cierta homogeneidad o una polarización entre los esbozos de masculinidad. Será también investigado el contenido inconsciente de los bosquejos de masculinidad por medio de las relaciones de los hombres entre sí, desarrolladas en el grupo y con la investigadora. Las interpretaciones psicoanalíticas, etnográficas y sociológicas son traídas al actual tramado consciente e inconsciente de las relaciones en el grupo.

I

ANÁLISIS DEL CONFLICTO ENTRE LA MASCULINIDAD Y LA PATERNIDAD A PARTIR DE LA RUPTURA

En este apartado se detalla la sistematización y análisis de la información.

Este estudio se centra en el estudio de la ruptura de cuatro padres con sus *fratrías* y cómo, mediante de los discursos latentes y manifiestos, se expresa la institucionalidad de la masculinidad. Cada uno de los padres se entrevistó al menos tres veces, según lo requirió el avance de las entrevistas.

Los protocolos seleccionados corresponden a los cuatro casos en estudio, específicamente de la segunda entrevista realizada a cada uno de los hombres; los protocolos utilizados fueron enriquecidos con materiales de la primera y tercera entrevista realizada.

Se trata, por lo tanto, de:

Caso	Hijos(as)	Situación actual	Referente generacional de paternidad
1. Caso 1 (Eg)	2 hijos 2 hijas	Actualmente, se encuentra separado, con una relación esporádica	Padre ausente
2. Caso 2 (Ed)	2 hijas	Separado, con una nueva relación	Padre alcohólico
3. Caso 3 (Cr)	1 hijo 1 hija	Separado, con una nueva relación	Padre ausente
4. Caso 4 (De)	2 hijos	Separado, con una relación esporádica	Figura masculina debilitada en el ámbito familiar

Los cuatro hombres participantes en este estudio se encuentran separados de su *fratría*, y vivieron, al menos, un año de forma continua con sus hijos e hijas. Los participantes se consiguieron directamente o por medio de contactos. En este sentido, la participación fue “voluntaria”, aunque requirió de diversas llamadas. Las entrevistas fueron a profundidad y semiestructuradas. Estas se realizaron en los lugares de trabajo de los entrevistados o en sus casas; en todos los casos, existió un ambiente adecuado para realizar las entrevistas, y se contó con la privacidad suficiente para conversar sobre el tema de la ruptura. La entrevista etnopsicoanalítica tuvo como objetivo conocer el papel de la cultura en la subjetividad de los hombres y caracterizar el conflicto subjetivo emergente.

Sistematización de la información

Como fue indicado en la metodología, la sistematización de la información se realizará por medio del análisis del discurso del padre, siendo el discurso el medio por el cual se tendrá acceso a esta vivencia (la paternidad interrumpida), evento del cual la investigadora no tiene participación directa. El análisis de este evento se realizó a partir de los elementos presentes en el encuentro etnopsicoanalítico, como las asociaciones libres, la negación, la idealización, y otros mecanismos de defensa. De acuerdo con Bosse (1994), el procedimiento etnopsiconalítico se basa en las entrevistas individuales de orientación psicoanalítica (conversaciones libres y dirigidas), con el objetivo de conocer la biografía de los sujetos. Este método de conversación y su meta de conocimiento pone atención a tres planos:

- *Al plano verbal explicativo del contenido consciente de un intercambio entre la investigadora y cada uno de los participantes. Esta entrevista articula el tema de la paternidad en conexión con otros temas de manera espontánea. Sobre este plano, las conversaciones reflexivas mostrarán sus relaciones familiares, comunales, infantiles, etc.* Durante las entrevistas, los hombres se refirieron a sus relaciones personales, hablaron del trabajo, de sus dificultades económicas, y de su necesidad de cercanía física con sus hijos(as), así como de lo difícil que les ha sido asimilar una ruptura con su pareja e iniciar un nuevo proyecto de vida.
- *A las escenificaciones preconscientes y simbólicas de relaciones con la investigadora. De este modo, la investigadora se involucra en la red interna de relaciones que determinan la paternidad, de tal forma que la relación en la entrevista se convierte en un reemplazo de los vínculos genéricos participantes en la paternidad.* Los entrevistados se relacionan con la investigadora de un modo “ambivalente”: por un lado, aceptan la entrevista, y se sienten “importantes-necesarios” de ser llamados por una investigadora, pero, “interpretan” la situación como una mujer que “desea” contacto con ellos, y esto les genera muchos sentimientos

ambivalentes; no saben cómo relacionarse con la investigadora, y por lo tanto, implícitamente se relacionan con ella como si fuera una mujer tradicional, por lo que es colocada por estos hombres en diferentes situaciones: como “representante” de su ex pareja, por lo que en algunos momentos expresan o escenificaban miedo de que la investigadora los juzgue por la información que revelan acerca de sus infidelidades; por otro lado, creen a la investigadora como la ex pareja a la que pueden reconquistar mostrando que son muy caballerosos, que son buenos proveedores que son, etc., pero, también, la investigadora puede ser la madre comprensiva, tolerante, que comprende la situación conflictiva por la que están pasando como hombres.

- *Al plano de las repeticiones inconscientes de los modelos diádicos de socialización en su contexto cultural de origen, de modo tal que serán proyectadas imágenes internas de hombre y las figuras masculinas dotadas de significado. Estas proyecciones inconscientes ayudan a identificar afectos e impulsos que se instauran en encuentros tempranos y traumáticos con la consolidación de la identidad masculina, y que podrían amenazar con destruir el balance de la identidad de género culturalmente determinada, en el momento de acceder a la conciencia. Aquí, emergen todas las imágenes internas de hombre y las figuras masculinas dotadas de significado, como sus padres biológicos, los hombres con los que se vincularon cuando eran niños (tíos, abuelos, vecinos, las ex parejas de sus madres); estas figuras masculinas conforman su identidad masculina y les proveen de significado.*

De esto se desprenden dos preguntas principales para el material recogido:

1. ¿Cómo es la vivencia de los hombres ante la ruptura de la paternidad?
2. ¿Qué tipo de conflicto surge entre la masculinidad y la paternidad?

Las entrevistas fueron grabadas con autorización previa de los entrevistados, y seguidamente se procedió a su transcripción.

El siguiente análisis toma como base lo expresado por cuatro hombres y clasificado según las distintas dimensiones/registros establecidos en este trabajo: **la sociológica, la etnográfica, la psicoanalítica y la grupal**. El tema de fondo en las cuatro dimensiones/registros ha sido la vivencia de la ruptura del padre con su *fratría*. El objetivo de este estudio ha sido conocer cuales patrones culturales –que orientan la subjetividad de estos hombres– son activados en este tipo de rupturas, al mismo tiempo que estos hombres escenifican las regulaciones sociales que orientan su comportamiento.

En términos generales, debe aclararse que en cada una de estas dimensiones (la sociológica, la etnográfica, la psicoanalítica y la grupal), existen al menos dos elementos comunes:

- **El papel de la cultura en la vivencia de la ruptura con la *fratría***

El papel de la cultura es determinante en la vivencia de la paternidad y la ruptura del hombre con sus hijos(as), ya sea porque la cultura interviene directa o indirectamente en su vivencia, determinando comportamientos, o porque durante el encuentro con la entrevistadora “actúan y activan” ciertos patrones culturales, y por otro lado, porque recurren a la cultura para explicar su vivencia. De este modo, ante la dificultad de referirse a sus sentimientos, a su vivencia, a su dolor, se recurre a la cultura (como discurso), o a lo que la sociedad “dice”, para “normalizar” su situación; es decir, “ver la ruptura con los hijos e hijas, como algo que le ocurre a todo el mundo”. Cada vez que debe haber una referencia a su propia situación, hablan de un “lugar común” que es la cultura, lo que al mismo tiempo les permite no participar afectivamente de la ruptura con la *fratría*.

- **La indefensión ante la ruptura con la *fratría***

Otro elemento presente en las cuatro dimensiones, parecer remitir a que la construcción social de la masculinidad sitúa al hombre en situaciones de indefensión, como ellos mismos lo manifiestan, explícita o implícitamente. Los hombres dicen sentirse “indefensos ante la cultura”, ya que, por un lado, les dice cómo deben ser los hombres, pero, por otro lado, esta misma cultura los castiga y juzga si no son buenos padres o buenos proveedores, lo que les lleva, indudablemente, y desde su punto de vista, a “experimentar indefensión psíquica”. Esta constelación no solo es señalada, sino “actuada” durante el encuentro con la entrevistadora.

Un dilema que surge ante la paternidad interferida es que estos hombres creen que la paternidad es un “bien o atributo”, en tanto cualidad patrimonial, que ellos adquieren y que nunca perderían. No obstante, ante la separación fáctica, existen en estos hombres dos sentimientos que reflejan la indefensión expresada verbalmente: el temor contra la madre malvada, que les quita los hijos, y por otro lado, el temor contra el otro hombre que se convertirá en el nuevo cónyuge de su ex pareja. Esta indefensión los enfrenta con el hecho de una pérdida de aspectos que consideraban instituidos, por lo que no logran ni entender ni manejar tal ruptura, mucho menos integrarla en el proceso de la identidad masculina. Es necesaria, entonces, una solución defensiva ante este conflicto que se reitera sintomáticamente de diversas formas. Al no poder enfrentarse con estas situaciones, llevan la situación de la entrevista a otra dimensión, donde recurren a patrones masculinos, como la seducción, y establecen una relación con la investigadora donde la colocan en este rol. Con ello pretenden lograr, primero, ocultar la indefensión y aparecer en el papel dominante de seductor, el cliché o estereotipo de rol masculino, ante la investigadora que indaga precisamente sobre tal fragmentación en la identidad; segundo, aparece, por lo tanto, la pérdida consciente de un rol (padre, esposo, proveedor), pero que se proyecta en el inconsciente como una pérdida de un vínculo y que se refleja en esta indefensión que escenifican. Este otro aspecto del modo de relacionarse con la investigadora, remite en estos

hombres a la necesidad que tienen de reconstruir rápidamente el rol perdido, e inconscientemente desean/anhelan encontrarse nuevamente en una situación de pareja y con hijos, pero ahora solo aparece orientado en el cliché, y no en un proyecto de relación. El deseo queda atrapado en la satisfacción sustituta de la supuesta recompensa inmediata de la seducción, pero volátil, al protagonizar este aspecto del idioma masculino.

A continuación, se realizará –a partir de lo expresado por los cuatro hombres– el análisis de cada uno de los registros (**sociológico, etnográfico, psicoanalítico y grupal**). Como ha sido señalado, el tema base de estos cuatro registros ha sido la vivencia de la ruptura del padre con su *fratria*:

1.1 Registro sociológico

En este registro, la paternidad aparece como una actualización de roles y posiciones de estatus, tal y como es ofrecida y exigida por las instituciones de la sociedad y de los hombres. Las expresiones verbales y simbólicas de los hombres en el grupo, y en las entrevistas, son leídas escénicamente, como observación de los roles de estos hombres como padres, como ciudadanos, como trabajadores, como profesionales, como participantes de una investigación, etc. De este modo, la información obtenida en este registro, se obtiene de las expresiones de los hombres; de la observación de las instituciones modernas, de la organización del trabajo, del orden familiar, del sistema de normas y valores, de las investigaciones sociológicas, y de las estructuras de la sociedad.

Este registro sociológico considera la paternidad como una exigencia estructural de la sociedad, que se plasma en roles familiares esperados, así como en aspiraciones de adquisición de estatus. Cada uno de los participantes es visto como portador de roles y estatus: la investigadora como mujer, como científica e interesada en el drama de la paternidad interferida, y los hombres, como padres, y participantes de una investigación.

Este registro se caracteriza por todas aquellas alusiones de los entrevistados a la cultura, y por lo tanto, el papel que ella juega en el ejercicio y vivencia de la paternidad.

La información que se utilizará para sistematizar en este registro es producto de los protocolos de las entrevistas, de los diarios de campo, y de la relación establecida por la investigadora con los entrevistados. Serán de particular interés las representaciones de la masculinidad que en el entramado de la paternidad interrumpida, emergen de manera consciente, o quedan sujetas como contenidos inconscientes, por parte de los padres.

De la información obtenida por los medios antes señalados (protocolos, diarios de campo, relación de la investigadora con los entrevistados), se pondrá especial atención a los siguientes planos:

- *Al plano verbal explicativo del contenido consciente de un intercambio entre la investigadora y cada uno de los participantes.* En este plano, las verbalizaciones del contenido consciente se refieren a cómo está organizada la sociedad, el trabajo, y la familia; en este sentido, el plano verbal explicativo emergente durante las entrevistas se limita a describir cómo es la situación laboral de los hombres, su vida cotidiana y sus intercambios sociales con otros hombres y con las mujeres.
- *Al plano de las escenificaciones preconscientes y simbólicas de relaciones con la investigadora.* En este plano, la investigadora está inmersa dentro del estereotipo tradicional femenino; la investigadora es colocada en este rol, y no puede ser vista de un modo diferente, por lo que estos hombres para comunicarse con la investigadora la colocan en un rol tradicional, la ven como una mujer común y corriente, a la que hacen esperar, no llegan a las citas de entrevista, etc. Colocan a la entrevistadora en el lugar de la mujer comprensiva, desean comunicarse con ella y ser comprendidos por esta mujer.

- *Al plano de las repeticiones inconscientes de los modelos diádicos de socialización en su contexto cultural de origen, de modo tal que serán proyectadas imágenes internas de hombre y las figuras masculinas dotadas de significado.* Las imágenes internas de hombre y los modelos diádicos de socialización que emergen, se relacionan con sus padres, padres ausentes, madres autoritarias: Los modelos diádicos presentes que emergen son relaciones sin vínculo afectivo, relaciones descomprometidas, que se proyectan en la relación que tienen con la investigadora.

Algunas de las necesidades y representaciones de la masculinidad, que en el proceso de la paternidad interrumpida emergen, lo hacen de manera consciente y explícita; sin embargo, hay otros aspectos que quedan sujetos a contenidos inconscientes, y que no son dichos por los hombres, pero se escenifican y proyectan.

Ideas referentes a la masculinidad y paternidad que permiten comprender el proceso de ruptura con la *fratría*

Estos relatos –como se dijo en un inicio– reflejan cómo es la estructura de la sociedad para estos hombres, y cómo están dispuestos los roles asociados a hombres y mujeres en esta estructura organizativa. Por otro lado, en cuanto a la paternidad, estos hombres evocan a sus padres, mayoritariamente ausentes de las actividades familiares, desatendiendo el cuidado y la crianza de los hijos(as), mientras que las madres que surgen de estos relatos –de modo muy explícito– son mujeres encargadas de la educación, cuidado y crianza de los hijos, con un poder absoluto en el ámbito doméstico.

Desde el punto de vista de estos hombres, cuando construyen su discurso y se presentan ante la investigadora, retoman el referente de padre que tienen o tuvieron. Interesantemente, en los cuatro casos, los entrevistados evocan padres que fueron desde su experiencia figuras paternas débiles, alcohólicas o ausentes. Paradójicamente, al ser esta su vivencia, existe en ellos un deseo o un anhelo de desarrollar un vínculo afectivo con sus hijos e hijas, al

mismo tiempo que expresan “cierta” criticidad hacia los modelos masculinos tradicionales.

Como se mencionó, las figuras paternas que emergen en estos relatos, son desprovistas de un carácter afectivo –al menos así son evocadas por los entrevistados, ya que a nivel subjetivo y de identificación, es evidente que han sido figuras determinantes–; estos hombres se refieren a sus padres, como hombres que están presentes simbólicamente (están ahí, existen), pero no participan de actividades familiares como juegos y no expresan el cariño de modo verbal. Parece ser –y según lo manifestado por los entrevistados– que sus madres son mujeres omnipresentes y controladoras, encargadas por completo de su educación.

Otros agentes de socialización que mencionan estos hombres son tías, tíos, abuelos, abuelas, y otros familiares cercanos, y que de alguna u otra forma cumplieron tareas asociadas a su cuidado y al desarrollo de vínculos afectivos.

En cuanto a la paternidad, se muestra –discursivamente– como una opción de proyecto de vida planificado en algunos casos y, en otros no tan planificado, ya que –según estos hombres– desde que tienen conciencia desean ser padres, no solo como un modo de afirmar su virilidad a sí mismos, sino porque permite mostrar a otros hombres y de paso a la sociedad, de que se tiene un legado, y que dejará algo en la Tierra. Sin embargo, estos padres reflexionan, y dicen que el hecho de ser padre –en términos biológicos– no significa que haya detrás de esto un proyecto de vida planificado y deseado; por lo tanto, la paternidad, desde el punto de vista de estos hombres, es un evento per se a la constitución masculina, pero al mismo tiempo, sucede, que muchas veces no se encuentran preparados para asumir este proyecto.

Para estos hombres, ser padre es lo “mejor que les puede ocurrir en la vida”; sin embargo, en sus relatos, la experiencia de paternidad se tiñe de sensaciones de frustración, sacrificio y dolor, aunque inmediatamente señalan que si bien la paternidad es difícil, muchos se han convertido en padres, esperando “mejorar”; es decir, dejar vicios, sentar cabeza, volverse un hombre de hogar, etc.

¿Ha cambiado la cultura? ¿Cuál machismo?

Estos hombres se refieren a las diferencias existentes entre las familias “antiguas” y los nuevos modelos familiares, así como a los patrones de comportamiento tradicionalmente femeninos y masculinos. Esta comparación que hacen del pasado y del presente les permite –a estos hombres– entender el proceso de ruptura que experimentan, en el sentido de que la ruptura para estos hombres sucede porque sus ex parejas son mujeres que no aguantan nada; es decir, las mujeres de ahora son “distintas”. Todos estos cambios en los patrones familiares no los atribuyen a cambios históricos, sino que los ven como situaciones personales, particulares, que les ocurren a ellos.

Por esta razón, y desde la vivencia de estos hombres, ellos se mueven en dos modelos (la vivencia de una masculinidad tradicional hegemónica y la vivencia de una masculinidad confrontada a cambios culturales), lo que les generan mucho conflicto y ambigüedad. En primer lugar, porque han sido hombres socializados desde un paradigma tradicional, donde ellos mismos dicen que uno de los valores predominantes es que “la mujer pertenece al ámbito doméstico” pero, por otro lado, su experiencia personal y, especialmente su vida en pareja, les ha mostrado que ahora las mujeres “son distintas”, por lo que surge un conflicto en ellos mismos y se preguntan, insistentemente, ¿dónde ha quedado el machismo?

En este mismo sentido, algunas ideas absolutamente machistas –pero no percibidas como tales por los entrevistados– tienen que ver con la percepción que estos hombres tienen de la mujer, específicamente relacionadas con el ámbito doméstico. Desde esta representación, si la mujer “descuida el hogar³” es un problema, pero si el hombre “descuida el hogar” no hay problema; es natural que los hombres salgan, hagan su vida, se encuentren con sus amigos, pero una mujer que es madre no tiene derecho a tener vida social o al menos si la tiene es muy mal visto –desde este punto de vista–. Por lo tanto, cuando una mujer realiza estas actividades –que estos hombres califican como

3 Para estos hombres, “descuidar el hogar” es cuando la mujer sale de la casa, visita amigas, tiene actividades sociales, etc.

masculinas– como salir, tomar, fumar, etc., se convierte en una situación irritante e intolerable para estos hombres.

De este modo, estos hombres consideran ineficaz el modelo tradicional masculino, pero es evidente que no poseen los elementos subjetivos ni discursivos para hacerles frente a estos cambios, ni comprender cómo el papel de la mujer en la sociedad se ha transformado.

Todo esto lleva a estos hombres a tener una percepción equivocada de los roles femeninos y masculinos y del papel que cada uno tiene en la estructura social; el discurso que manejan al respecto es completamente contradictorio, estereotipado, y no les permite solucionar sus conflictos a nivel emocional.

La proveeduría como eje de la experiencia paterna

Para estos hombres, el trabajo y las ocupaciones cotidianas expresan una posición de estatus. En el caso de estos hombres, el trabajo o la ocupación que tienen es una fuente de información para el resto de hombres y la sociedad sobre su éxito laboral y, por lo tanto, su éxito como proveedor.

Sin embargo, en estos casos en particular, el trabajo representa para estos hombres una preocupación mayor, y en este sentido, se configura en un conflicto. En primer lugar, porque al tener responsabilidades económicas, como el pago de pensiones y el pago de sus propios gastos (alquiler de casa, comida, deudas, etc.) tienen una mayor presión por generar ingresos y fuentes de trabajo, lo que les lleva a trabajar mayor cantidad de horas, lo que se opone a su deseo de proximidad afectiva, ya que estas actividades laborales consumen la mayor parte del tiempo. De este modo, el trabajo “interfiere” en el tiempo que desean pasar con sus hijos(as), a pesar de que trabajar es una necesidad y un requerimiento de la masculinidad para cumplir el rol proveedor.

En este caso, deben ser “proveedores” y su vida gira en torno a esto, ya que para poder acercarse a sus hijos e hijas y pasar tiempo con ellos(as), deben –según ellos– primero cumplir con sus obligaciones económicas.

Por otro lado, su ansia de reconocimiento no se limita a que sea reconocido como un buen proveedor, sino, más bien, esta necesidad encubre su deseo de proximidad física y de acercamiento y disfrute de sus hijos e hijas. La ecuación que realizan estos hombres es que cumplir estos requerimientos económicos –desde su punto de vista– es igual a una demostración de afecto hacia sus hijos(as). Estos hombres creen que todo este esfuerzo que hacen trabajando debe ser agradecido por su familia, por medio de admiración. De hecho, algunos de los comentarios que hacen estos hombres es que “se matan trabajando y nadie les dice nada”, sino que más bien los reciben en sus casas con quejas, exigencias y reclamos, cuando llegan de su trabajo.

Aun así, este “deseo” de proveer encubre muchos otros aspectos de índole afectivo y emocional que detallaremos más adelante.

Adicionalmente, estos hombres actúan o escenifican cómo el trabajo y otras ocupaciones son limitantes para conversar sobre el tema de investigación, ya que en múltiples ocasiones el trabajo fue una limitación para desarrollar la entrevista; esto, a pesar de que, desde el punto de vista de estos hombres, sus hijos e hijas son lo “más importante” en su vida; sin embargo, cuando se trata de hacer una cita par hablar al respecto, no tienen tiempo y todo depende de su horario de trabajo.

Dilemas sociales y personales ante la ruptura

El hecho de que la Ley determine con quién se quedan los hijos(as), así como el costo económico de manutención, y en algunos casos de la esposa o pareja, genera en estos hombres situaciones con implicaciones emocionales importantes; es decir, sensaciones de indefensión ante estas nuevas condiciones. En este sentido, los entrevistados deben ingeniárselas para encontrar un lugar dónde vivir, pierden sus viviendas (y en algunos casos continúan pagándolas); además, es probable que otro hombre llegue a vivir a esa casa –que ellos todavía pagan– lo que genera mayor frustración y sentimientos de odio e ira; todo esto, asociado a la pérdida de su posición como “hombre” en el grupo familiar de

pertenencia, y, por supuesto, por ser juzgados por otros hombres, mujeres, su familia, y en general por la sociedad, a quienes ellos deben dar explicaciones de la situación que están pasando, pero no encuentran el discurso adecuado, ni las razones precisas para dar cuenta de esta experiencia. En tal caso recurren a otro tipo de comportamientos y discursos, que denotan evasión, negación y minimización de su situación.

Existe un anhelo de cercanía física (deseo), pero limitaciones de índole masculina se hacen presentes (social), ya que muchas veces en la disyuntiva de acercarme y perder individualidad, de perder “los derechos” como hombre (ser independiente, salir a la hora que sea, con quien sea, no dar explicaciones), surge el conflicto, lo que conlleva –desde este punto de vista– a fuertes sentimientos de culpa, porque “creen” que son muy egoístas al pensar más en sí mismos que en sus hijos(as). El sentimiento de culpa deviene, porque no se sabe exactamente cuáles son las acciones correctas que deben hacer para ser buenos padres: ser un buen proveedor o tratar de mantener la cercanía física? No conocen los caminos ni los recursos a nivel subjetivo ni discursivo para serlo.

Estos hombres consideran que existe mucha presión para ser un proveedor, especialmente por la situación en la que se encuentran; todos ellos deben cumplir con el pago de pensiones alimentarias, deben alquilar un lugar donde vivir –ya sea solos o con otro grupo familiar– tienen otras preocupaciones y deberes económicos; sin embargo, se genera un conflicto ya que, a pesar de todo esto, y desde su experiencia, necesitan cercanía física con sus hijos e hijas, y no solo cumplir con su rol proveedor.

El Rey destronado: pérdida del *estatus* masculino

Estos hombres manifiestan que ellos son la “cabeza del hogar, los jefes del hogar”, no porque asumen responsabilidades en el ámbito doméstico –como ellos lo dicen–, sino porque ellos son quienes mantienen financieramente su hogar.

De este modo, ante la ruptura, surge una serie de miedos y fantasías que se relacionan con la “ilusión”, o con la realidad, de que “otro hombre” ocupará su lugar en su familia, como nuevo padre de sus hijos(as) y como nueva pareja de su ex esposa; a todas estas amenazas y miedos, se suma la ira adicional, al pensar que ellos todavía tienen responsabilidades financieras de este “hogar”, y como lo dijeron algunos hombres, “te imaginás, pagarle las cervezas al novio de la mujer! Además, como hombres en una cultura machista, es muy mal visto –desde su punto de vista– que su pareja tenga otro hombre “metido en la casa”.

Además, influyen otros elementos de índole subjetivo, expresados en los relatos, y relacionados con las expectativas de estos hombres respecto al proyecto de “formar un hogar”, proyecto que de “repente” –según ellos– se ha terminado. Lo peor en esta situación es la negación que hacen de lo que les ocurre: no pueden creer que su mujer los ha abandonado, no pueden creer que son hombres divorciados, no pueden creer que no tendrán contacto con sus hijos(as), etc. El discurso masculino que sustenta la ideología de estos hombres, solamente les dice que tendrán hijos, una mujer y un hogar, pero, según ellos, este discurso no los prepara para una separación.

Estos hombres expresan que el hombre es visto en la sociedad como el “el jefe del hogar”, pero al perder esta posición, se sienten terriblemente indefensos, ya que no tienen espacios adonde recurrir; es decir, la pérdida no se da solo en el plano de lo real, sino en lo simbólico, y el peor panorama –de acuerdo con estos hombres– es que tampoco hay espacios o posibilidades de discutirlo, o manifestar abiertamente el sufrimiento que experimentan.

Igualmente, desde el punto de vista de estos hombres, en la medida en que la pareja ya no sea su pareja, las necesidades de esta ya no son de su incumbencia, por lo que se genera otro conflicto con la ex pareja que, evidentemente, se refleja en la relación con sus hijos e hijas, ya que estos hombres cuestionan como su ex pareja maneja el dinero que ellos pagan para sus hijos(as), especialmente si su ex esposa/pareja tiene otra relación sentimental.

El discurso cultural y los interlocutores ante el conflicto

El discurso masculino de estos hombres no les permite empoderarse de su experiencia, por lo que, recurren a un discurso proporcionado por la *cultura*; la cultura como un “otro” que, “aliviana” su experiencia al decirle: “tranquilo, esto pasa, y la mujer tiene mucho poder en esta sociedad, las leyes la apoyan y no podés hacer nada”. De este modo, este discurso de la cultura explica y normaliza la separación con los hijos e hijas. Por otro lado, el papel de los interlocutores (amigos, familiares, etc.) durante el conflicto de la ruptura es muy importante, ya que fomentan “iniciar otra vida”, “acostumbrarse a la idea de que los hijos e hijas van a crecer”, de que “se puede querer los hijos a la distancia”, etc.

Desde esta perspectiva, se muestra cómo el discurso masculino no ayuda a estos hombres a resolver el conflicto, sino a negarlo y minimizarlo, y a minimizarse a sí mismos, especialmente cuando dicen “no puedo hacer nada” “de todos modos ellos (los hijos(as)) van a crecer” o sus amigos le dicen ¡haga su vida!, ¡aprenda a quererlos a la distancia!

Esta estructura discursiva muestra cómo para hablar del tema recurren a un discurso “avalado” por la cultura, por la sociedad y por otros hombres; esto, porque hay una noción de representaciones sociales, lemas, discursos sociales que le dan vida y forma a la experiencia.

De manera implícita o explícita, la cultura provee elementos para que estos hombres entiendan, y justifiquen sus acciones; de este modo, estos hombres poseen un discurso bastante similar entre ellos, y es un discurso “citado” cada vez que no poseen elementos subjetivos y discursivos propios para referirse a su situación. Además, esto les permite colocarse en una situación sin participación emocional, ya que se refieren a otros casos, a “otros” hombres, etc.

Todos estos elementos intervienen directamente en la vivencia de la paternidad, ya que la sociedad es la que juzga el comportamiento masculino, pero, al mismo tiempo, les impone ciertas expectativas de lo que se espera de ellos como hombres.

Lo que se deja entrever –y que además es manifestado por estos hombres– es la indefensión en la que viven al enfrentarse con situaciones en las que el modelo masculino no tiene respuesta. Estos hombres se muestran ante la investigadora, ante la cultura, ante la sociedad como niños indefensos que están aprendiendo, que no saben qué hacer. Esto, porque tenemos un modelo masculino, que no da respuesta a la vivencia de estos hombres, no les funciona, y los coloca en situaciones de vulnerabilidad.

Finalmente, estos discursos de los cuales se “agarran” los hombres son los únicos medios que tienen para sobrevivir, para sobrellevar su experiencia, ellos mismos manifiestan que no saben comportarse o entender las cosas de un modo distinto, porque a nivel social los discursos y mandatos son contradictorios.

Otros aspectos señalados, y asociados a la vulnerabilidad en el ejercicio de la paternidad, tiene que ver con la juventud; para estos hombres y desde su experiencia, el fracaso en el ejercicio de la paternidad se relaciona con la edad; es decir, cuanto más joven, más problemas. De este modo, ellos creen que en sus casos la inexperiencia aportada por la juventud fue un factor que vulnerabilizó el ejercicio de la paternidad, ya que tomaron malas decisiones al casarse, al elegir pareja, al ser padres a edad muy temprana, y por los vicios que tenían (fumar, tomar, “novieros”) asociados –desde este punto de vista– a la juventud. Además, estas ideas son reafirmadas culturalmente, por medio de los discursos adultocentristas, quienes creen que los jóvenes son inexpertos e irresponsables, por lo que vemos que el discurso masculino es además adultocéntrico, y repite una serie de estereotipos asociados a la juventud.

En este sentido, otra de las expectativas “falsas” que ellos identifican pero que señalan como un discurso o representación social respecto a la paternidad, es la idea de que los hijos e hijas son efectivos para “dejar vicios”, pero desde la perspectiva de estos hombres, esta idea es falsa, porque muchas veces se casan y tienen hijos con la esperanza y el deseo de que estos hijos e hijas los “cambiarán”; es decir, que estos hijos(as) los convertirán en hombres nuevos y buenos. Pero esta expectativa –desde la vivencia y experiencia de estos hombres– no se realiza porque, a pesar de que tuvieron hijos e hijas,

muchos de ellos siguen teniendo los mismos vicios que tenían cuando eran solteros: salir con amigos, tomar, fumar, etc.

Cuando hablan de la ruptura, señalan que la separación con su pareja conlleva al distanciamiento con su *fratría*; esto genera gran angustia –desde su experiencia– ya que si la relación se acaba por cuestiones de infidelidad (que es el motivo recurrente en estos casos) la relación y el contacto con el(la) hijo(a) se vuelve mucho más difícil, y no dependerá del deseo del hombre acercarse a ellos(as), sino de la pareja.

En estas situaciones de conflicto, los interlocutores ante el conflicto lo conforman amigos, algunos familiares, pero el diálogo con estas personas se da en situaciones como salir a tomar, a fumar, por lo que se configuran como posibilitadores del diálogo masculino, muchas veces no para hablar específicamente de sus “problemas sentimentales”, sino para aliviar tensión y compartir actividades “masculinas”. De este modo, y desde la experiencia de los entrevistados, el alcohol, los bares y los amigos se convierten en interlocutores del conflicto; es decir, estos espacios se conforman como los únicos espacios donde probablemente hablan de estos temas, o donde al menos experimentan una disminución de la tensión que les provoca esta situación. Sin embargo, algunos entrevistados mencionan, cómo, en estas ocasiones, solo familiares muy cercanos, como los padres y los hermanos(as), se dan cuenta realmente del sufrimiento por el que están pasando; aun así, estos casos, según ellos, son excepcionales.

Finalmente, ante la pérdida o renuncia a la ideología machista que orienta al hombre y organiza la vida en pareja, los entrevistados dicen “no poder hacer nada”; es decir, no tienen de dónde “agarrarse”; por lo tanto, parte del sufrimiento es porque la ideología masculina no opera, perdió vigencia, y estos hombres no tienen alternativas, ni discursivas, ni emocionales, ni referentes sociales, ni grupos de apoyo o redes sociales donde recurrir. De este modo, desde el enfoque sociológico, todos los idiomas masculinos parecen apuntar a la resignación y el distanciamiento afectivo, por lo que parte de la “estrategia de supervivencia” es perder la relación, aunque sea en parte, con

tal de salvar la masculinidad en riesgo; esto es replegarse, negando la pérdida con el único objetivo de alejar la amenaza a su masculinidad.

1.2 Registro etnográfico

El registro etnográfico se desprende del encuentro subjetivo entre la investigadora y estos hombres; estos datos que surgen de este encuentro son leídos escénicamente, y se examinan dentro del contexto social y cultural, en que tiene lugar la entrevista. De este modo, la interacción entre la investigadora y los hombres entrevistados muestra –de algún modo– cómo son las relaciones sociales y cotidianas entre hombres y mujeres.

Así, visto etnográficamente, la paternidad aparece aquí como la actualización del entramado cultural que subyace a la masculinidad y aparece en la entrevista.

La información que se utilizará para sistematizar en este registro es producto de los protocolos de las entrevistas, de los diarios de campo y de la relación establecida por la investigadora con los entrevistados. De la información obtenida por los medios antes señalados (protocolos, diarios de campo, relación de la investigadora con los entrevistados), se pondrá especial atención a los siguientes planos:

- *Al plano verbal explicativo del contenido consciente de un intercambio entre la investigadora y cada uno de los participantes.* En este plano, las verbalizaciones de los hombres tienen que ver con alusiones que hacen durante las entrevistas a la investigadora, en el sentido de que formulan de modo literal frases sueltas, en las que sugieren la conformación de una nueva relación con la investigadora –vista por estos hombres como una mujer tradicional– no como investigadora; recordemos que el papel de seductor viene en defensa de la posible amenaza que el tema provoca. El entrevistado, al sentirse cuestionado, recurre al flirteo para no evidenciar

su sufrimiento o conflicto, y se coloca en un rol masculino (de conquista) para no minimizarse como un hombre indefenso y cuestionado.

- *Al plano de las escenificaciones preconscientes y simbólicas de relaciones con la investigadora.* En este plano, las expresiones simbólicas respecto a la investigadora son mucho más evidentes, en el sentido de que el modo como se relacionan con la investigadora no es solo expresado verbalmente, como se mencionó, en el plano anterior, sino que la investigadora es colocada en diversos roles, de acuerdo a la conveniencia emocional de los sujetos; es decir, la investigadora fue colocada en la situación de la madre comprensiva, en la situación de la ex pareja, a la que querían castigar por quitarles sus hijos-as, etc.
- *Al plano de las repeticiones inconscientes de los modelos diádicos de socialización en su contexto cultural de origen, de modo tal que serán proyectadas imágenes internas de hombre y figuras masculinas dotadas de significado.* En este plano, estos entrevistados se proyectan y se escenifican como padres absolutamente identificados, dolidos y vulnerabilizados por la separación con su *fratría*.

Algunas de las necesidades y representaciones de la masculinidad, que en el proceso de la paternidad interrumpida emergen, lo hacen de manera consciente y explícita; sin embargo, hay aspectos que quedan sujetos a contenidos inconscientes, y que no son dichos por los hombres, pero se escenifican y proyectan.

Configuración de roles entre entrevistados e investigadora, para hablar de la ruptura con la *fratría*: ejes culturales que articulan esta relación

Desde este punto de vista, la entrevista tiene un factor de fondo indiscutible y que la determina, lo cual es visto por estos hombres de un modo particular; se trata de una investigadora (mujer) en busca de posibles

entrevistados (hombres). Solo la necesidad planteada por la investigadora de realizar una entrevista a un hombre tiene una connotación social, que generó muchas inquietudes, temores y curiosidades en los hombres entrevistados.

El hombre, ante este encuentro, simplemente piensa que se trata de una mujer interesada en él, “que quiere algo de él”. Esta interpretación se sustenta en la idea de que existen una serie de patrones culturales masculinos que orientan el comportamiento de estos hombres, al mismo tiempo que son activados y escenificadas todas las regulaciones sociales y mandatos sociales sobre cómo se debe comportar un hombre ante una mujer; de ahí que uno de los aspectos centrales o patrón cultural masculino activado por excelencia durante este encuentro fue la seducción hacia la entrevistadora, ya sea esta una seducción implícita o explícita.

Esta seducción se hizo presente en diversos momentos transferenciales del entrevistado, ya que algunas veces era la seducción a la mujer, la seducción a la mujer pero como investigadora, a la mujer vista como la madre comprensiva, a la mujer como ex pareja manipuladora, etc.

Este papel seductor viene en auxilio defensa de la posible inquietud o de la amenaza que el tema provoca. Un hombre cuestionado recurre al flirteo para no minimizarse ante la mujer investigadora que viene a “cuestionarlo”.

Necesidad de colocar a la investigadora en un rol tradicional femenino para comunicar y expresar el conflicto

En este sentido, la investigadora jugaba dos roles importantes durante el proceso de investigación; por un lado, representa la figura femenina “tradicional”, solo por el hecho de ser mujer, pero, por otro lado, crea una ruptura con el estereotipo, ya que es una mujer profesional, interesada e investigando un evento masculino.

Sin embargo, en este intercambio se hizo presente de modo explícito e implícito –por parte de los entrevistados– uno de los aspectos centrales de la configuración masculina, el cual está relacionado con la visión de la mujer como un objeto sexual. Esta característica –seducir a las mujeres– y que es

“tradicionalmente masculina”, los coloca en una situación de vulnerabilidad, ya que no son capaces de diferenciar las relaciones que establecen con las mujeres; es decir, no tienen claro si las relaciones que establecen son amorosas, profesionales, amistosas, etc., ya que generalmente al relacionarse con una mujer, asumen que se trata de una relación erótica y esto, evidentemente, les bloquea toda posibilidad de reflexionar –en este caso– sobre el tema de la entrevista: la ruptura con su *fratría*.

Un ejemplo muy concreto de esta situación se da durante el grupo focal; la investigadora ofrece café a los participantes del grupo focal, inmediatamente estos hombres comienzan a hacer bromas y recrean la situación, diciendo que el café/agua es alcohol, colocando así a la investigadora como la *bartender*, e insinuando que el consumo de alcohol les permitiría romper el hielo. Es claro como debe establecerse una inequidad/disparidad de roles y debe sexualizarse la situación, solo de este modo les es posible hablar y comunicarse sobre el tema.

En algunas ocasiones, y de distintos modos, y pese a que el rol de la investigadora fue claro y delimitado, surgen –como se mencionó– alusiones de seducción a la investigadora, una vez iniciado el proceso de entrevista. Estos hombres hacen constantemente menciones a la conformación de una nueva pareja, pero en referencia a la entrevistadora, “por ejemplo, si yo tuviera una relación con usted”, “por ejemplo, si usted y yo fuéramos”, “por ejemplo si nosotros tuviéramos algo”, “por ejemplo, usted sabe como es”. Es decir, cuando estos hombres hablan de este tema con la investigadora, activan patrones de socialización y se muestra entonces cómo involucran la sexualidad y la fantasía, al mismo tiempo que se muestra la vulnerabilidad a la que algunos hombres están expuestos, ya que no ven con claridad, y no son capaces de establecer límites en sus relaciones. Existe una vulnerabilidad, en el sentido de que fácilmente “creen” que se encuentran en una situación de seducción y no en una entrevista.

La vulnerabilidad de la construcción de identidad masculina se da porque realmente esta construcción no es tan sólida y controlada como ellos mismos creen, y tampoco les permite comprender muchas de las situaciones

a nivel subjetivo; sin embargo, es claro como en el caso de estos hombres su masculinidad: testarudez, egocentrismo, soluciones fáciles en bares, su poco tacto, la simplificación al plano sexual de ciertas situaciones y, por lo tanto, sus limitaciones para ubicarse en escenarios distintos, les impide reflexionar sobre el dilema que enfrentan asociados a la ruptura con su *fratría*.

En este sentido, cuando un hombre habla de este tema ante una mujer, debe activar patrones culturales asociados a la masculinidad como la seducción, ya que es la única forma de relacionarse con ella, sensualizando la situación y reduciendo a la investigadora al plano tradicional femenino.

Compromiso con el tema y la entrevista en el discurso masculino

Cuando estos hombres hablan de la ruptura, deben “agarrarse” de elementos del discurso tradicional masculino para minimizar su efecto; los hombres se muestran en un inicio afectados por la vivencia de la ruptura con sus hijos e hijas, les cuesta verbalizar el motivo de la ruptura, la cual se refiere en estos cuatro casos a situaciones de infidelidad. Estos hombres tienen serias dificultades para asumir la responsabilidad de sus acciones, por lo que existe una nebulosa al definir y especificar las razones de la ruptura. No hay posibilidad de introspección o revisión crítica, por lo que todo es proyectado fuera del sí mismo. De esta manera, escenifican y “actúan” que ellos no son culpables de la ruptura con su pareja, la culpa es de su pareja, quien “no aguanta nada”, que decide irse y dejarlo sin sus hijos(as).

El encuentro –leído escénicamente– muestra la importancia o relevancia que estos temas pueden tener para los hombres. En muchas oportunidades, las citas con estos hombres fueron canceladas en diversas ocasiones, a pesar de que, desde la perspectiva de estos hombres, ellos estaban muy interesados en el tema, pero leído escénicamente, se muestra cómo los hombres no tienen los elementos subjetivos y discursivos necesarios para hacerles frente, directamente, a situaciones en las que deban referirse a su afectividad, y, por el contrario, se da una evasión constante para hablar del tema con la investigadora.

El intento defensivo por recobrar el dominio *inconsciente* los enreda en una trama de evasión pasivo-agresivo, que tiene como meta el control omnipotente del objeto femenino.

A partir del análisis de este encuentro subjetivo entre la investigadora y los entrevistados, es claro que estos hombres no pueden relacionarse con la investigadora de otro modo; deben vivenciarlo, deben colocar a la investigadora en el rol de mujer; recurren a esto porque no pueden enfrentarse con situaciones complejas, como, por ejemplo, hablar de su afectividad, de manera que el rol que establecen con la investigadora es ambiguo. En definitiva, ante una situación de entrevista y frente a una mujer, se le hace “sentir” a la investigadora sobre sus conflictos, no se le informa sobre estos. La mujer es colocada en una realidad de “objeto” y sometida a los deseos e intereses de los hombres.

1.3 Registro etnopsicoanalítico

Este registro se dirige a identificar las formas de interacción, excluidas del lenguaje, de connotación prelingüístico, instaurado en el registro corporal-sensorial y participe en el ejercicio de la paternidad y demás roles masculinos. Desde este punto de vista, la masculinidad es entendida como expresión de una vivencia en conflicto entre la necesidad *pulsional* (anhelo de paternalización afectiva del vínculo con la *fratría* que ha sido culturalmente desimbolizado) y el control social, instaurado hacia dentro en el yo o en la consciencia (mandatos de indiferencia y neutralidad afectiva en la paternidad).

A este registro psicoanalítico se accede por medio del lenguaje, tanto verbal como no verbal, por lo que la información que se utilizará para sistematizar en este registro es producto de los protocolos de las entrevistas, de los diarios de campo y de la relación establecida por la investigadora con los entrevistados. De la información obtenida por los medios antes señalados (protocolos, diarios de campo, relación de la investigadora con los entrevistados) se pondrá especial atención a los siguientes planos:

- *Al plano verbal explicativo del contenido consciente de un intercambio entre la investigadora y cada uno de los participantes.* Las necesidades de la masculinidad que surgen en el proceso de la paternidad interrumpida, son expresadas de manera verbal y explícita, como el deseo de cercanía física y la confusión que sienten ante los mandatos de la masculinidad; sin embargo, otros elementos quedan sujetos a contenidos inconscientes, como la vulnerabilidad e indefensión que proyectan en sus hijos e hijas, entre otros.
- *Al plano de las escenificaciones preconcientes y simbólicas de relaciones con la investigadora.* Los aspectos que quedan como contenidos inconscientes se expresan cuando estos hombres se comunican con la investigadora como si esta fuese la madre comprensiva que ellos esperan, o como si la investigadora ocupara el lugar de la ex pareja a la que ellos desea darles una explicación sobre su comportamiento, para que ella entienda que si ellos son “malos padres” es porque la cultura, la masculinidad y ciertos mandatos no les ayudan.
- *Al plano de las repeticiones inconscientes de los modelos diádicos de socialización en su contexto cultural de origen, de modo tal que serán proyectadas imágenes internas de hombre y las figuras masculinas dotadas de significado.* Las figuras masculinas que emergen son figuras que ellos desean reestablecer, por medio de sí mismos; es decir, son figuras carentes de significado, pero que ellos, mediante la paternidad que ejercen, desean reconstruir y darles sentido. Aquí, se refieren a padres que no tuvieron “ningún” valor afectivo, pero que por medio de su experiencia paterna desean resignificar la relación con sus padres, aunque no haya sido del todo positiva.

Deseos y expectativas que configuran la paternidad

Cada vez que se habla con estos hombres sobre el tema, sale a relucir la paternidad como un deseo que se tiene desde que se es niño. Es decir, la paternidad aparece como un “deseo-deber” del ser hombre. Se evidencia que la paternidad es un proyecto *per se* a la condición masculina, y para estos hombres, si se es hombre, se tiene que ser padre. No obstante, aunque la paternidad sea interrumpida, existe un anhelo, un deseo de continuidad de esta; por esto, ante la ruptura y como un modo de resolver el dilema, algunos hombres se casan o tienen otra pareja con el fin de procrear; de este modo, repiten la experiencia de la paternidad, que fue fracturada recientemente.

Estos hombres expresan que uno de sus deseos o anhelos al ser padres, es ser reconocidos por medio de sus hijos por otros hombres, por otras personas de la comunidad o del barrio. Para estos hombres, si sus hijos andan bien vestidos, cuidados y se ven bien, esto reflejaría automáticamente el bienestar económico y, en tal caso, el éxito del padre como proveedor, como expresó uno de los entrevistados “es que no hay nada más bonito que otros le digan: ¡sus hijos son buenos, son hermosos!”. De este modo las hijos(as) se convierten en insignias o emblemas de la masculinidad conquistada.

Existe un anhelo (deseo) de cercanía física; sin embargo, limitaciones de índole masculino (social) se hacen presentes, ya que muchas veces en la disyuntiva de acercarse y perder individualidad, “los derechos como hombre”, surge el conflicto, lo que conlleva –desde el punto de vista de estos hombres– a fuertes sentimientos de culpa, porque algunos de estos consideran que son “muy egoístas”, cuando piensan más en sí mismos que en sus hijos(as). Por lo tanto, ante la ruptura, este anhelo de cercanía física –afán que no existía antes de la fractura de la relación– surge con mayor fuerza, no obstante, como la masculinidad no provee de elementos para reflexionar sobre este dilema, el comportamiento errático que surge es replegarse y minimizar la situación.

Según estos hombres, los hijos e hijas son la solución para dejar vicios y convertirse en hombres buenos, en hombres de “hogar”; es decir, existe un deseo (inconsciente), que debe cumplirse a partir de la paternidad; sin

embargo, esta expectativa es inoperante, por lo que se torna en un conflicto, especialmente cuando este deseo se confronta con la realidad, y se dan cuenta de que la paternidad y su ejercicio definitivamente no implica un cambio en su vida, como ellos lo esperan; esto, porque ponen expectativas personales irrealizables en otros (hijos e hijas) y no les da resultado.

La relación con la investigadora como reemplazo de los vínculos genéricos participantes en la paternidad

En este registro psicoanalítico hay una dimensión consciente, preconscious inconsciente. Las escenificaciones preconscious y simbólicas de los hombres se relacionan con la investigadora.

La relación con la investigadora se convierte en un reemplazo de los vínculos genéricos participantes en la paternidad. Ante el sufrimiento expresado y actuado por los hombres, la investigadora se vuelve en un aliciente, y de alguna forma, en la nueva mujer comprensiva, que escucha y es capaz de comprender las fallas que tienen como hombres.

Estos hombres depositan expectativas masivas en cuanto a la situación de entrevista: “la investigadora puede ayudarme a sobrellevar la ruptura, ella sí me va a escuchar y sí me va a entender”. Al respecto, un entrevistado, al referirse a su deseo de conformar una nueva pareja, dice lo siguiente: “es que es muy difícil encontrar a alguien, pero tiene que ser alguien que conozca lo que a uno le pasa, que entienda, y que acepte el enredo en que uno está”. De este modo, para este hombre la investigadora es considerada la “pareja ideal”, ya que es una mujer que lo escucha, que intenta comprender el dilema masculino y lo acepta.

Pero, por otro lado, y a partir del análisis de la transferencia, es posible observar como la investigadora puede ser vista como la madre castrante, la pareja manipuladora y generar los mismos sentimientos que generaban otras mujeres relacionadas con ellos. Para estos hombres, la investigadora, y el estudio en sí, se pueden convertir en otra forma de vilipendiarlos; el estudio es como la Ley, como sus ex mujeres.

Sensaciones y sentimientos emergentes ante la ruptura

Ante la ruptura con la *fratría*, estos hombres escenifican y expresan fuertes sentimientos de impotencia y frustración, específicamente en cuanto a la masculinidad que se encuentra “en juego”, y que está siendo cuestionada, ya que, desde su vivencia, el machismo que tienen no les permite manejar “adecuadamente” la situación, que significaría para ellos imponer su voluntad, y retener a su mujer e hijo(a), por lo que ellos expresan, “soy un muñeco de trapo y mi mujer me hace como ella quiere”. Lo que se deja entrever –según lo expresado por estos hombres– es la indefensión en la que viven, ya que deben enfrentarse con situaciones en donde el modelo masculino no tiene respuesta, de manera que escenifican ante la investigadora su situación y se colocan como “niños” solos ante la cultura, ante la sociedad, indefensos, como niños que están aprendiendo. Es decir, tenemos un modelo masculino que no da respuesta a la vivencia de estos hombres, no les funciona y los coloca en situaciones de vulnerabilidad, experimentando además mucha ira y frustración. El paso al acto (*acting out*) revela el enojo y la indefensión, por lo que intentan recuperar la posición por la fuerza. Así, es claro que los enunciados del machismo que antes tenían efecto con solo ser evocados, ahora son ineficaces; no poseen otros recursos para recuperar ese espacio de poder; además, no entienden por qué se ha perdido el orden que proveía la posición masculina.

El sentimiento de culpa deviene porque no se sabe exactamente cuáles acciones deben emprender para ser considerados buenos padres, por lo que el conflicto transcurre entre ser un buen proveedor o tratar de desarrollar un vínculo afectivo con sus hijos e hijas; su constitución masculina les impide incorporar ambas dimensiones sin entrar en conflicto, porque se confrontan dos dimensiones presentes en su situación: el deseo de proximidad física y/o por otro lado, la necesidad de resguardar su masculinidad, poniendo límite a las exigencias materiales y haciendo valer, sus deseos personales. En este sentido, el discurso masculino y su constitución subjetiva no les brinda

elementos suficientes para poder discernir qué es lo que deben hacer como hombres ante estas nuevas situaciones.

Ante la ruptura existe en estos la sensación de “haberlo perdido todo”. La paternidad es para estos hombres un proyecto *per se*; es decir, es un proyecto que realizan y creen que siempre estará ahí; por eso, cuando de “repente” lo pierden, sienten que todo se ha acabado y que ya no tienen por qué luchar o vivir; todo esto los lleva a pensar que pierden su dignidad humana. Por un lado, porque son hombres sin un hogar donde “gobernar”, pero, por otro lado, porque –desde su experiencia– son hombres dispuestos a hacer lo que sea para recuperar o mantener el contacto con sus hijos(as). Estos hombres señalan como han tenido que “hacer cualquier cosa” para mantener el contacto con sus hijos(as), en algunos casos hasta mantener relaciones sexuales con sus ex parejas. No obstante, ante estas situaciones dicen que “no se puede hacer nada”, por lo que la estrategia ante estas sensaciones es minimizar estas sensaciones o negarlas del todo para resguardar la masculinidad amenazada.

Ante la ruptura con la *fratría*, no solo se pierde el contacto o posibilidad de continuidad de la relación con sus hijos e hijas, sino que existen fuertes sentimientos de temor ante la posibilidad ser sustituido por otro hombre (es una fantasía aterradora), no hay palabras tampoco para nombrar esta posible situación, sobre todo cuando -como dicen estos hombres- este “nuevo” hombre se convierte en el “Rey” de su hogar y posiblemente en el nuevo padre de sus hijos(as) y compañero de su ex esposa o ex pareja.

Otro temor presente en estos hombres es el relacionado con la caducidad del cuerpo, la enfermedad y la muerte. Por un lado, consideran que ya son personas “viejas”, sin proyectos, ya no saben qué hacer y piensan que todo perdió sentido, y por otro lado, en cuanto a la enfermedad, este temor surge, porque, según ellos, si se enferman o se mueren (en el peor de los casos), ya no podrán hacer frente a las obligaciones materiales, y por lo tanto, dejarán a sus hijos e hijas expuestos(as) a una serie de necesidades económicas (no hacen alusión a las necesidades afectivas de modo explícito). Desde lo expresado por estos hombres, parece ser que sus vidas están comprometidas con el proyecto de la paternidad, y al interrumpirse esta, sienten que todo es caos, desorden,

por lo que “la vida perdió sentido”. De este modo, las palabras remiten a una vivencia caótica a partir de la ruptura.

Las escenificaciones y proyecciones hacia los hijos e hijas, se ejemplifican a partir del anhelo de omnipresencia expresado por estos hombres; esto es, ellos desean y anhelan estar con sus hijos(as) “siempre”, para protegerlos(as) de las agresiones de la madre violenta y autoritaria (la ex pareja), lo cual se configura –en estos casos– como un deseo inconsciente de ser protegidos ante la indefensión que les provoca la separación. De esta manera, estos hombres creen que los hijos(as) se encuentran vulnerados(as) por la distancia del padre, pero más bien proyectan de su propia vulnerabilidad, ya que no saben qué hacer cuando sus proyectos, deseos y anhelos no se realizan.

En estos discursos se evidencian temores muy fuertes respecto a la paternidad interrumpida, ya que este conflicto produce no solo un dolor que describen como físico, ubicado en lo corporal, sino como un sufrimiento emocional, causado por un deseo, un anhelo, el cual no encuentra respuesta en la masculinidad. La masculinidad entra en auxilio, y lo que permite es que el hombre niegue y minimice su situación, por lo que la necesidad de apego afectivo hacia sus hijos e hijas y la posibilidad de expresarlo verbal y físicamente se ve interferida por el discurso masculino que es limitado. Todas estas limitaciones verbales, emocionales y sociales -no poder expresar su sufrimiento, no encontrar discursos que les permitan asimilar la experiencia o interlocutores para reflexionar sobre el conflicto de la paternidad interferida- desencadenan problemas a nivel físico y emocional. Lo primero, expresado en acciones como episodios de violencia contra otros, contra ellos mismos, consumo de drogas y alcohol, e intentos de suicidio, y lo segundo, exteriorizado en malestares como depresión, aislamiento, y fantasías -como la expresada por un entrevistado: “convertirme en terrorista”; desde su punto de vista, la vida pierde sentido, y deja de tenerlo para el resto de personas, por lo que su fantasía era aniquilar buena parte de los seres humanos existentes.

Para estos hombres, la ruptura con la *fratría* es vivida como que “le arranquen la vida”; esta frase que parece cliché, resume la vivencia de esta experiencia. Para estos hombres, la ruptura con la *fratría* es una vivencia

dolorosa, que tiene como resultado efectos muy negativos a nivel emocional y físico; a todo esto debe aunarse -según los testimonios- la presión de los mandatos masculinos de la sociedad, en el sentido de que el hombre no debe llorar; y además, se debe seguir trabajando para ser un buen proveedor, y en estos casos en particular, cumplir con las demandas de pensiones alimentarias.

Es claro que existe la descripción de un dolor psíquico (fantasías, miedos, impotencia); el problema surge cuando necesitan enfrentarse con este dolor, con la ruptura, y no encuentran el soporte necesario ni en la masculinidad, ni en la sociedad para hacerlo, se encuentran a la deriva.

Figuras masculinas dotadas de significado y emergentes en los discursos masculinos

En cuanto a la vivencia de la paternidad, de estos hombres, y por lo tanto, el modo como estos hombres se enfrentan con la ruptura, con la *fratría*, evidencia, de alguna manera, los patrones de paternidad con los que ellos se sienten identificados; es aquí donde emergen figuras como el padre que tuvieron; sin embargo, estas figuras que irrumpen son figuras ausentes, desprovistas de afecto, débiles en el ámbito doméstico, e incluso, tradicionales, en el sentido de que eran padres que ejercían básicamente un rol de proveedor. Aun así, los entrevistados no aseguran que sus padres no sentían afecto por sus hijos e hijas, sino que, desde el punto de vista de estos hombres, sus padres demostraban el afecto por medio del trabajo y que nunca “faltaba nada en la casa”.

1.4 Registro grupal

En este registro se ponen en juego elementos de los registros anteriores (sociológico, etnográfico, psicoanalítico), los cuales pugnan unos sobre otros para imponerse o desaparecer.

La masculinidad aparece en este registro en su acentuada diferencia individual. Estas diferencias (inconscientes) serán trabajadas por el grupo, hasta que haya consenso grupal, hasta que se perfile una cierta homogeneidad o una polarización entre los esbozos de masculinidad. Será también investigado el contenido inconsciente de los bosquejos de masculinidad por medio de las relaciones desarrolladas entre los hombres durante el grupo y con la investigadora.

La información que se utilizará para sistematizar en este registro se obtuvo del grupo focal; es decir, de la relación establecida entre los hombres con la investigadora, y con los otros participantes en el grupo focal. De la información obtenida por los medios antes señalados, se pondrá especial atención a los siguientes planos:

- *Al plano verbal explicativo del contenido consciente de un intercambio entre la investigadora y cada uno de los participantes.* Las verbalizaciones directas de los hombres remiten a un idioma, a un lenguaje, que ellos comparten, por encontrarse inmersos en un sistema cultural que le da sentido, se ríen de las mismas cosas, hacen chistes parecidos, se “metacomprenden”. En este plano, las verbalizaciones de los hombres marcan diferencias de estatus, especialmente cuando se refieren a aspectos relacionados con la proveeduría, el éxito profesional, y la afectividad.
- *Al plano de las escenificaciones preconcientes y simbólicas de relaciones con la investigadora.* En este plano, la relación que establecen con la investigadora remite nuevamente a la visión de la mujer tradicional, quien nuevamente es colocada en este rol, para poder comunicarse con ella.
- *Al plano de las repeticiones inconscientes de los modelos diádicos de socialización en su contexto cultural de origen, de modo tal que serán proyectadas imágenes internas de hombre y las figuras masculinas dotadas de significado.* Las figuras masculinas dotadas de significado que emergen son los padres tradicionales con los que ellos vivieron, y logran

imponerse no solo de manera inconsciente, sino de modo discursivo, ya que finalmente el idioma masculino tradicional logra afianzarse ante los nuevos idiomas masculinos que tratan de emerger.

La conversación de los hombres durante el grupo focal se inicia conforme van llegando; el tema que los incita a conversar es un tema estrictamente coyuntural; la aprobación de la *Ley de penalización contra la violencia doméstica*⁴. La discusión de esta Ley –en el contexto del grupo focal– lleva a estos hombres a expresar sus temores y preocupaciones, en algunos casos extremas, como, por ejemplo, concluir que con esta Ley se considera que los hombres son violentos desde que nacen, en su constitución biológica, o por ejemplo, expresan que ahora cualquier cosa que digan o hagan será motivo para encarcelarlos. Por otro lado, afirman que a partir de la aprobación de esta Ley, la sociedad y las leyes están en manos de las mujeres, que ahora las mujeres “sí tendrán el poder de hacer lo que les dé la gana”, y especialmente en contra de los hombres, etc. Todos estos temores surgen, porque, según ellos, no saben de qué se trata y cuáles son los límites y los alcances de esta Ley, lo cual nuevamente los coloca en una situación de vulnerabilidad, desde sus puntos de vista.

Idiomas masculinos presentes en la discusión grupal

En cuanto a la disposición del grupo, un subgrupo de los participantes se mostraba muy interesado en el tema de la ruptura o separación con la *fratria*, y existía la necesidad de hablar del tema, de expresar sus sentimientos; sin embargo, uno de los participantes descalificaba estas posiciones y más bien atacaba claramente este discurso.

Durante la discusión grupal, los hombres hablan de su experiencia como algo general; no obstante, en algunas ocasiones hacían alusiones personales,

4 Ley aprobada el 10 de abril de 2007, en primer debate por la Asamblea Legislativa.

especialmente cuando hablaban de la proveeduría y como es su situación laboral o económica.

El idioma masculino tradicional logra imponerse sobre los nuevos bosquejos de idiomas que quieren emerger. Para los hombres que tienen un discurso distinto, es muy difícil sostener sus ideas, porque los otros hombres en el grupo, los descalifican, se burlan, los cuestionan, por lo que deben –al menos en términos discursivos– negar este tipo de expresiones, para no ser censurados.

Escenificaciones simbólicas y preconscientes que establecen con la investigadora durante el encuentro grupal

La investigadora establece claramente los objetivos del grupo focal así como su rol. Sin embargo, se reproduce una situación muy interesante en términos escénicos. La investigadora pregunta a los hombres presentes si desean algún tipo de refrigerio para iniciar el grupo focal, la investigadora les ofrece agua, el café, etc.; esta situación provoca en ellos una serie de comentarios y chistes en el sentido de que empiezan a “simular” que están en un bar (implícitamente colocan a la investigadora en el rol de la mesera) mientras ellos bromean y dicen que el agua que están tomando es “alcohol”, y que eso les ayudaría a romper el hielo, y de este modo, hablar con mayor facilidad entre ellos.

Configuración del conflicto: el dilema entre promover la cercanía física o cumplir con el rol proveedor

Estos hombres mencionan cómo la ruptura viene a coartar su intención de ser padres. La necesidad de afecto y vínculo que estos hombres expresan se debe –según ellos– a experiencias individuales y a circunstancias personales; es decir, son hombres distintos por sus experiencias de vida, no porque hay cambios culturales que, de algún modo, les haya motivado para “ser hombres

distintos”. Existe una contradicción entre el deseo de cercanía (afecto) y las imposiciones masculinas (velar por los propios intereses); todo esto conlleva a sentimientos de culpa bastante fuertes, ya que, por un lado, sienten la necesidad de imponer sus deseos: gastar el dinero en sus necesidades, salir con amigos, tomar, etc. (cultura machista) y, por otro lado, hay un anhelo, un deseo de mantener la cercanía física con sus hijos e hijas: desean estar cerca de sus hijos(as), desean ver cómo crecen y se desarrollan; estar ahí para protegerlos (inconsciente).

Ante esta dilema, estos hombres consideran que en algunas ocasiones dan “más de la cuenta” (en términos de pensiones alimentarias, y dinero a sus hijos(as)) lo cual, según ellos, tiene como resultado que se descuidan a sí mismos; entonces, el conflicto surge porque quieren saber cuál es el equilibrio “perfecto” de ambas situaciones: ¿el deseo de cercanía física o el pago de las pensiones alimentarias? Por lo tanto, la ecuación que realizan estos padres es que cuanto mayor sea el compromiso económico que tienen, tendrán por lo tanto mayores posibilidades de estar con sus hijos e hijas. Pero por qué llegan a esta conclusión; porque desde la perspectiva de estos hombres, como las madres de sus hijos han limitado su participación como padres al pago de las pensiones, entonces si ellos pagan y asumen estos compromisos, automáticamente tendrán derecho no solo de ver a sus hijos(as), sino de participar en actividades y decisiones concernientes a su *fratría*.

Expresión del sufrimiento psíquico durante la discusión grupal

En cuanto a la ruptura con la *fratría*, estos hombres expresan ejemplos muy claros de todas las consecuencias emocionales de la ruptura con la *fratría*, y que ellos mismos han experimentado, especialmente cuando no se tiene apoyo. Algunos de ellos señalan intenciones como el suicidio. Expresan ideas fantasiosas como “convertirse en un terrorista”. Hay un miedo a la decrepitud del cuerpo y la edad, y a la posible aparición de enfermedades como la depresión, entre otras. Estos hombres manifiestan que “hablar” es un

modo de asimilar poco a poco la experiencia, aunque consideran que es difícil expresarse por todas las imposiciones sociales, primero, porque no existen los espacios para hacerlo y además, la asesoría profesional (visitas al psicólogo(a)) es poco asequible por su costo económico, y ellos no están en condiciones de hacerlo. Todas estas fantasías, temores y amenazas que emergen desde el inconsciente los colocan en condiciones subjetivas en las que “creen” que perderán el control y serán destruidos.

Para algunos participantes del grupo, es claro que existe el interés no solo por cumplir con su rol proveedor, sino en sus hijos(as); sin embargo, manifiestan que lo más duro de todo este proceso de ruptura, es la imposibilidad de expresar sus sentimientos, pues hay una serie de expectativas en cuanto al comportamiento del hombre, que impiden que este muestre su afectividad abiertamente. Para estos hombres, la limitación radica en la dificultad de expresar el dolor, a pesar de que este dolor es profundo, y en muchas ocasiones indescriptible.

Necesidad de recurrir a los otros y la cultura para enfrentar la ruptura con la *fratría*

En el grupo focal, en particular, hay una necesidad de recurrir al discurso proporcionado por la cultura, para no enfrentarse con el tema de la ruptura con la *fratría*. La cultura permite que no haya una participación afectiva directa en el tema de la ruptura. Cuando hablan del efecto emocional de la ruptura, hablan de otros hombres, de otras experiencias, pero no de ellos. Esta necesidad de remitirse a ejemplos generales, desconocidos, como se dijo anteriormente, les permite poca participación emocional y además no se evidencian “como fracasados” ante los otros hombres participantes del grupo.

Además, cuando estos hombres hablan de la ruptura y se refieren a otros hombres y a otros casos, esto les permite minimizar el efecto de la ruptura, minimizar su sufrimiento y negar su efecto, ya que les permite llegar a conclusiones como que “a todos nos pasa”, y si a todos nos pasa “no hay problema”, “no se puede hacer nada”. Es decir, cuando hablan de su experiencia

hablan de otros porque solo colocándose en el lugar de los otros pueden dialogar. Estos hombres no pueden hablar de sí mismos o hay dificultades al hacerlo porque es aceptar que son hombres a los que les ha fallado su proyecto de familia, de paternidad, de pareja, y toda la sociedad se ha dado cuenta; no pueden aceptar que han “fracasado” y que están “despojados”.

Estos hombres manifiestan que la sociedad y la familia estructuran un comportamiento esperado para los hombres; sin embargo, creen que estas determinaciones no contemplan la posibilidad de que el hombre se exprese, en razón de lo cual señalan que es muy difícil para ellos romper con estos mandatos que han sido enseñados durante siglos.

Como se dijo en un inicio, la masculinidad aparece en este registro en su acentuada diferencia individual; esto fue evidente en cada uno de los temas discutidos, si bien un grupo importante de los hombres estaba dedicado a la tarea de reflexionar sobre su masculinidad, los cambios de los roles de cada género, las nuevas leyes, etc., un pequeño grupo interrumpía la discusión y decía que: “el tema del machismo, el poder de la mujer en la sociedad y las relaciones desiguales, nunca iban a cambiar”; ante esta situación el resto del grupo difería y asentía, para finalmente llegar todos al acuerdo de que lo que sí existía producto de la ruptura con los hijos e hijas, era un sufrimiento, un sufrimiento indescriptible.

De este modo, a pesar de las diferencias emergentes, se llegó a un consenso grupal y se perfiló de algún modo una cierta homogeneidad entre los esbozos de masculinidad. Lo que es claro es que ante estas situaciones, es difícil encontrar interlocutores que apoyen o mitiguen los efectos emocionales de la ruptura, sino, por el contrario, son interlocutores que promueven la desafectivización con su *fratría*, normalizando la situación, diciendo que finalmente los hijos se van, que, por lo tanto, ¿para qué sufrir?

1.5 Conflicto emergente entre la masculinidad y paternidad a partir de la ruptura del padre con su *fratría*

Patrones culturales que activan la subjetividad masculina

Para comprender el modo como los hombres enfrentan la separación con sus hijos e hijas, es necesario recordar cuáles son aquellos patrones culturales, vistos como instituciones de la masculinidad, activados durante la relación instaurada con la investigadora, en las entrevistas y en el trabajo grupal, que les permite a estos hombres enfrentarse con el conflicto de la paternidad interrumpida. A partir de estas conversaciones, la investigadora tuvo como meta -en conjunto con los hombres- leer sus propias expresiones, incluso aquello que en su cotidianidad no les es visible y, en consecuencia, no les está disponible; todo lo cual les hace difícil alcanzar su proyecto de vida, de ubicarse como padres exitosos en su condición actual.

Recordemos que el objetivo de este trabajo ha sido develar el conflicto que surge entre la masculinidad y paternidad, a partir de la ruptura con la *fratría*.

De este modo, en un polo del conflicto tenemos el control social instaurado en el yo (conciencia) por medio de los mandatos sociales que determinan cómo debe ser la “paternidad culturalmente aceptada”, y por otro lado, tenemos la necesidad pulsional, el anhelo de *paternalización* afectiva del vínculo.

En este sentido, ante la ruptura con la *fratría*, se activan ciertos patrones culturales (la proveeduría, la violencia, agresividad, temeridad, ser el jefe del hogar, el protector, el amante, el macho-seducor, etc.) que guían la subjetividad masculina, de manera que es importante revisar cuáles de estos componentes de la subjetividad y vivencia masculina se activan ante la ruptura con la *fratría*, los cuales emergen durante el encuentro etnopsicoanalítico.

La proveeduría emerge en estos relatos de modo constante; es decir, existe una preocupación importante por cumplir con el rol proveedor; desde el punto de vista de estos hombres, ellos, como padres separados, deben

hacer mayores esfuerzos económicos, ya que esto se traduce en la posibilidad de acercarse a sus hijos(as) (cumplir con el pago de la pensión, tener dinero para salir ciertos días con su hijo(a), además, de que, les permite sufragar sus necesidades personales (pago de alquiler, deudas, etc.).

En este mismo sentido, el trabajo se vuelve en una de las mayores limitaciones para continuar o fomentar la cercanía física con sus hijos(as), ya que el tiempo disponible es limitado.

Estos hombres construyen un proyecto de vida, donde se perciben como **jefes de un hogar**, con una esposa e hijos(as), a quienes proteger, de modo que cuando un hombre ha construido parte o toda su identidad en torno a este imaginario y/o proyecto, si “súbitamente” se encuentra separado, se genera en él una serie de sentimientos de impotencia, odio y frustración, primero, porque no saben qué hacer, adónde irse, de manera que sufren fuertes sensaciones de miedo y odio; miedo, porque no saben qué hacer; odio, ante el posible nuevo jefe de hogar que los va a reemplazar, no solo como pareja de la ex esposa, sino como padre de sus hijos(as).

Este patrón cultural se activa cuando hay una ruptura con su *fratría*; antes de esto no hay cuestionamientos, porque el hombre considera que su vida familiar va a ser siempre la misma.

Cuando estos hombres se encuentran separados de sus hijos-as, experimentan fuertes sentimientos de **temor y omnipresencia respecto a sus hijos e hijas**, en el sentido de que, por un lado, desean estar permanentemente con ellos para protegerlos; antes de la ruptura no se evidencian estos sentimientos; todo esto les causa sensaciones de temor y miedo, pues creen que la madre les puede hacer daño a sus hijos(as). Esta idea masculina de que el hombre es fuerte y es el llamado a proteger y cuidar a la prole, se acentúa durante el proceso de ruptura.

Otro elemento identificado en estos hombres es el **pobre manejo de su afectividad**, que los lleva a considerar que “toda” relación interpersonal es una relación romántica; además, ante la necesidad de reconstruir su estatus perdido, estos hombres establecen rápidamente nuevas relaciones “emocionales-afectivas”, lo que les genera conflictos con su ex pareja, que se

traducen en la imposibilidad o dificultades de acercamiento a su hijo o hija, ya que, desde su perspectiva, si su ex pareja se da cuenta de que tienen otra mujer, esto se convierte en un pretexto para limitarles las visitas a sus hijos(as). Por lo tanto, este mandato sobre la necesidad de establecer vínculos emocionales rápidamente, los vulnerabiliza respecto del vínculo con sus hijos e hijas, ya que fácilmente pueden perder la posibilidad de acercarse a ellos(as). Muchos hombres “esconden” sus nuevas relaciones por temor a represalias por parte de su ex pareja.

Por otro lado, al generarse la ruptura con la *fratría*, el hombre entra en un **dilema respecto de sus propios intereses**, en el sentido de que recibe mensajes de la cultura de que él debe continuar con su vida, porque sus hijos van a crecer, y se van a olvidar de él, pero también surgen preocupaciones de tipo económico, que le llevan a cuestionarse hasta qué punto debe “invertir” económicamente en sus hijos(as), y si esta “inversión” va en detrimento de sus necesidades personales. En varias ocasiones, estos hombres cuestionaron el pago de las pensiones que hacen a su prole, ya que creen que el dinero que pagan no es para sus hijos-as, sino para la pareja y/o el nuevo “novio” de su ex esposa, lo que les genera mucha ira e impotencia, ya que si deciden no pagar las pensiones (por este motivo) o pedir informes de los gastos económicos, esto podría molestar a su pareja y se traduciría en no ver a sus hijos(as). De este modo, estos patrones culturales determinan la manera como se conforma y se enfrenta el conflicto de la paternidad interrumpida.

Expectativas articuladoras de la vivencia de la paternidad interrumpida

Desde este discurso masculino, la paternidad es vivida de múltiples formas; sin embargo, hay un elemento presente uniforme en los relatos de estos entrevistados: la paternidad es vista como un requisito de la masculinidad; es decir, ser hombre significa automáticamente que se “quiere ser padre” y que se debe ser padre. No obstante, para estos hombres, este deseo se contrapone a la vivencia de la paternidad, porque si bien la masculinidad permite que como hombre se cumplan con ciertos requisitos de la paternidad (procrear, tener un trabajo, ser proveedor, el deseo de proteger y cuidar a otros), esto no significa que se puede ser un buen padre; es decir, la masculinidad aporta lo “necesario” para realizar la paternidad física o materialmente, pero no aporta lo requerido para edificar relaciones afectivas con los hijos(as).

La paternidad es algo que como hombre se debe realizar, pero no hay una planificación más allá de esto. Los hijos y la familia son un “haber” dentro de los bienes y adquisiciones materiales del hombre; el hombre tiene la creencia de que los hijos(as) y esposa van a estar ahí por siempre; además de que estos son dependientes de él, no tienen ningún grado de autonomía; de ahí que a partir de la ruptura afloran una sensación de caos en la vivencia de estos hombres.

Cada vez que los hombres se refieren al tema de la paternidad –a la idea de ser padres–, esta se configura como un deseo que se tiene desde que se es niño. Es decir, la paternidad aparece como un “deseo-deber” del ser hombre. En estos hombres, se evidencia que la paternidad es un proyecto per se a la condición masculina; esto es, por el hecho de ser hombre se tiene que ser padre. Es obvio que las diferencias en estas percepciones existen; sin embargo, en los hombres entrevistados, el proyecto de paternidad es visto como algo que se debe hacer, porque la paternidad configura y completa la experiencia masculina. Es decir, la paternidad es inherente a la masculinidad, se ejerce como eje de la realización como hombre, pero el alcance en la construcción

de lazos afectivos es pobre. La ruptura hace emerger el temor del derrumbe y necesidad afectiva.

Además, el anhelo de la paternidad conlleva una sucesión de expectativas; como creer que los hijos son la solución a una serie de problemas inherentes –según estos entrevistados– a la condición masculina, como los vicios, el desorden, etc., pero se tornan en un conflicto, ya que esta expectativa es inoperante; de este modo, la cultura y el inconsciente se funden en uno. Para los entrevistados “los hombres son malos”, pero la paternidad tiene esa capacidad de transformar a ese hombre malo en un hombre bueno, ordenado, sin vicios, cariñoso, etc.

El deseo y la necesidad de reconocimiento y validación social es otro tema presente en el conflicto de estos hombres. Desde esta perspectiva, la paternidad cumple este deseo de reconocimiento social, en el sentido de que se “sienten orgullosos, felices” de que otros hombres les digan: “¡sus hijos son buenos, son hermosos!” Esta necesidad de reconocimiento no es solamente por sus hijos e hijas, sino de él como hombre; es un reconocimiento a sus capacidades reproductivas y sociales: “es un excelente hombre y eso se refleja en sus hijos e hijas”. Además, el modo como sean vistos sus hijos (saludables, bien vestidos, etc.) reflejará en parte su estatus como hombre en la sociedad; es decir, si es un buen proveedor o no.

Otro deseo presente se caracteriza por un anhelo de omnipresencia de estos hombres; “querer estar con el hijo(a) para protegerlo(a)”, deseo que emerge en el momento de la ruptura, o al menos se exagera en estas situaciones. Este deseo es sistemáticamente señalado por estos hombres, el cual se podría traducir más bien en un deseo de querer ser protegidos, en un deseo inconsciente de ser resguardado ante la indefensión que le provoca la separación.

En resumen, podría decirse que la paternidad existe como anhelo/aspiración, pero no se dispone de los recursos para edificarla. Por otro lado, se ilustra un nódulo central de la paternidad: se percibe como eje central no por su disponibilidad afectiva sino por su presencia simbólica; la ruptura elimina este precepto, ya que cuando tienen un padre como referente, esté o no esté, es

casi lo mismo. Hay padres que están fácticamente ausentes, pero la diferencia no es mucha respecto a los que lo tuvieron físicamente presentes pero distantes afectivamente.

De este modo, la paternidad los torna vulnerables ante la mujer; es decir, se vuelve en su contra y lo ataca; la paternidad es siniestra como ya algunos autores lo han señalado (Freud).

1. 5.1 Regulaciones sociales que emergen durante el conflicto de ruptura con la *fratría*

La **socialización** es una regulación importante que emerge en estas situaciones de ruptura; de modo que figuras importantes en la vida de los entrevistados, como el padre y la madre, y por lo tanto, la identificación con estos, permite, de algún modo, hacerle frente a esta situación y darle significado o no a la vivencia de la paternidad interrumpida.

Recordemos que durante los procesos de socialización primaria de connotación prelingüística e instauradas en el registro corporal-sensorial realizados por la madre, la madre transmite al (a la) niño(a) una práctica social. En el caso de este estudio y remitiéndonos a nuestro contexto, esta práctica transmitida por la madre se traduce en la siguiente idea: que ella, como madre y mujer, es la única que se puede hacer cargo de la educación y cuidados de los niños(as); así esta práctica social es limitante en introducir otro tipo de práctica social (en la cual los hombres participen más), y donde los niños y niñas observen una mayor participación de sus padres; es decir, durante este proceso de socialización no mediado por el lenguaje, el niño registra corporal y sensorialmente la idea de que la madre es quien acaricia, besa y cuida. En esta práctica social proporcionada por la madre, hay pocos hombres presentes y activos, y si a esto le sumamos la introducción del niño en el lenguaje, donde se imponen pautas sociales de comportamiento masculino, comprenderemos las limitaciones de algunos hombres en desarrollar relaciones y vínculos afectivos con sus hijos e hijas. Aun así y por más limitante que parezca esta

práctica, la interacción constante del niño con la madre, permite en el niño gestar lazos afectivos y de reconocimiento de la madre como un otro, que le permitirá en el futuro desarrollar vínculos afectivos con sus hijos e hijas. Es una práctica limitada; no obstante, permite al niño (futuro padre) *reafectivizar* sus vínculos cuando es padre.

Otra regulación ante el conflicto son los **lenguajes e idiomas masculinos**, los cuales emergen como “esquemas descriptivos de la masculinidad”, y a los que los hombres recurren en situaciones cotidianas y en situaciones rituales; cada idioma establece estructuras gnoseológicas fundamentales que orientan la identidad masculina.

En este sentido, es importante reconocer la función que tiene el idioma masculino para entender la situación de ruptura y el conflicto que esto genera en su vivencia.

El lenguaje masculino es claro y consensuado entre los hombres; ellos saben cómo es “ser un hombre”, lo pueden explicitar y poseen múltiples ejemplos con los cuales pueden revelarlo y definirlo. Sin embargo, podría decirse que la descripción de la masculinidad es mucho más completa a nivel escénico que el verbal explicativo. Es decir, es más fácil saber cómo es un hombre observándolo, que pidiéndole que lo explique y defina; esto, porque, según Lorenzer (1972), se remite a “estructuras de un trato práctico no a la formación de conocimiento” (p. 76).

En el caso que nos ocupa, es interesante encontrar elementos discursivos comunes en la vivencia de la ruptura de estos hombres; específicamente en el modo como estos hombres utilizan las mismas categorías y palabras para describir la situación de ruptura: “no se puede hacer nada” “los hijos crecen y se van” “a todos nos pasa”(…), etc. La cultura determina este discurso masculino; así, cuando los hombres hablan, es la sociedad/cultura la que habla; a nivel discursivo, parece que estos hombres no se han apropiado de sus experiencias, aunque a nivel escénico (vivencial) sí lo hacen.

Este discurso tiene como función el mantenimiento de una ideología, que reafirma un prototipo de sociedad y de hombres esperados, se esperan hombres *desafectivizados*, hombres que no se apropian de sus vivencias y que

recurren a comportamientos de escape y huida. El discurso no permite una participación emocional, sino que minimiza la vivencia del conflicto.

1.5.2 Características del surgimiento, conformación y enfrentamiento del conflicto ante la paternidad interrumpida

Cuando se interrumpe la paternidad (*icono*) de la masculinidad, no saben qué hacer, por lo tanto, recurren a resignificar, a *reafectivizar* el vínculo que tenían con sus hijos e hijas; ahí se genera el conflicto, ya que la cultura masculina, su discurso y modos de enfrentamiento, no les permite resignificar y *reafectivizar* este vínculo. Todos los intentos se convierten en tentativas infructuosas, no acordes a la realidad y a su situación, ya que se “agarran” del discurso masculino y de los patrones masculinos para hacerle frente a este dilema.

La socialización primaria establece modos de interacción que potencialmente favorecen la génesis de lazos afectivos y una disposición al apego, pero, por otro lado, y con la introducción del (de la) niño(a) al lenguaje, se imponen pautas sociales de comportamiento, especialmente en cuanto a lo que se espera que debe ser un hombre. Entonces, al reflexionar, los hombres lo hacen desde la lógica masculina, donde una de las necesidades fundamentales, al encontrarse en una situación de ruptura con sus hijos e hijas, es entender lo que ha sucedido: ya no son el jefe de hogar, lo que les hace sentirse “destronados”, ya no tienen esposa, tampoco están cerca de sus hijos(as), y además, la sociedad se ha vuelto en su contra y lo juzga, por haber sido un hombre que perdió su familia, su proyecto; por otro lado, se encuentran en un dilema pues necesitan reconstruir para sí mismos, y para los demás, esta imagen masculina, ya sea negando lo sucedido, minimizando los efectos de la ruptura, buscando una nueva pareja, o teniendo otros hijos e hijas con otra mujer.

Estos hombres construyen parte de su identidad masculina desde la premisa de que son “jefes de un hogar”; entonces, es muy claro en su discurso que un precepto de la masculinidad ha sido “dañado”, el cual tiene que ver,

específicamente, con la pérdida de ese estatus como jefe de un hogar, asociado al temor de ser sustituido por otro hombre (es una fantasía aterradora), no hay palabras tampoco para nombrar esta nueva posible situación, sobre todo cuando este “nuevo” hombre se convierte en el nuevo “Rey” de su hogar y posiblemente, en el nuevo padre de sus hijos(as) y pareja de su ex esposa; todo esto lo hace sentirse aplastado.

Ciertamente, el conflicto surge porque la ideología masculina no da cuenta de la vivencia de la paternidad interrumpida, esto es, como hombre se puede ser padre, se cumple la expectativa de la paternidad, pero el camino siguiente, o sea, la conformación de lazos afectivos, el desarrollo de vínculos, no encuentra sostén en la masculinidad; la paternidad es una experiencia que la masculinidad no puede sostener. Hay, previamente, una incapacidad de construir lazos afectivos, porque la paternidad es un *tótem*⁵.

En este sentido, el conflicto encuentra expresión en los nombres que le dan los hombres a su vivencia, las racionalizaciones socialmente aceptadas que utilizan, por ejemplo cuando dicen *a mi hijo le afecta, a mí no, yo lo puedo superar*; así, el deseo es encubierto.

Precisamente, cuando estos hombres quedan fuera del rol de proveedor, los sobrecogen los temores de aniquilamiento; el mundo de los hijos queda a la deriva, lo cual refleja la ilusión masculina de ser el eje del mundo doméstico. Desde esta perspectiva, basta para los hombres cumplir con los roles tradicionales para que haya orden, armonía y tranquilidad; al abandonar estos roles, el mundo se desploma para él y el resto –es decir, existe una imagen megalómana de la paternidad–.

En estos padres existe un anhelo de cercanía física (deseo); sin embargo, limitaciones de índole masculino se hacen presentes (social), ya que muchas veces en la disyuntiva entre acercarse y perder individualidad, esto es, sus “derechos como hombre”, surge el conflicto, lo que conlleva –desde este punto de vista– a la culpa, porque creen ser “egoístas”, al pensar más en sí mismos que en sus propios hijos(as). Un conflicto presente y constante tiene que ver

5 Ídolo, emblema.

con el dilema entre querer ser papá y vivir la vida de hombre, lo que se traduce como un conflicto entre *pulsión y cultura*.

Surgen además otros temores asociados a la caducidad del cuerpo: “¿qué voy a hacer ahora?”, “¡ya no valgo nada!”, “¿quién me va a querer?”, “¡la vida ya perdió sentido!” Se manifiesta, además, un miedo ante la Ley, la Ley de la sociedad; existe un sentimiento de indefensión importante, nada puede hacer contra las palabras y derechos de las mujeres, y de los niños(as); así, la cultura y la sociedad se vuelven atemorizantes.

Las escenificaciones de identificación proyectiva se expresan cuando los padres reiteradamente dicen que sus hijos(as) pueden ser agredidos(as) por la madre, y que ellos no se encuentran ahí para defenderlos. En estos casos, es evidente que la vulnerabilidad que proyectan en sus hijos e hijas, más bien se refiere a su propia vulnerabilidad; no saben qué hacer cuando ya no son parte de un proyecto que ellos mismos habían creado; no saben qué hacer solos, sin su grupo familiar; se sienten vulnerables; se sienten como niños(as) indefensos(as), ya que el proyecto de hogar les proveía de elementos psíquicos de protección y tranquilidad; por lo tanto, no saben qué hacer cuando sus proyectos, deseos y anhelos son truncados.

Por otro lado, la cultura, los otros hombres, les generan miedo, confusión, ya que la cultura lo avala como hombre con ciertos comportamientos, pero, ante la ruptura, todos ellos (la cultura, los otros hombres) lo juzgan por ser un hombre sin estatus, un hombre sin proyecto, un hombre “descalificado” por una mujer, un hombre a quien la mujer no le “obedece” y además, le quita su principal proyecto y razón de ser: sus hijos(as). Esto, a pesar de que la paternidad no existe como necesidad masculina (sino como mandato), pero pareciera que esta se torna importante en el momento de la ruptura.

Esta ruptura es vivida por los hombres de diversos modos, pero en los casos estudiados se evidencian sentimientos de indefensión fuertes, tanto a nivel físico como a nivel psíquico; algunos de los temores y miedos señalados tienen que ver con la sensación de haberlo perdido “todo”, miedo de perder los hijos(as), de no poder protegerlos (las), miedo de perder la dignidad humana; esto, porque es un hombre que ha perdido el estatus social: ya no es el rey,

el rey está destronado, pasó de ser el rey a ser “*el gallo manso, el muñeco de trapo, el perro de la casa*”⁶.

Este estudio pone especial atención al sufrimiento del hombre, que ha sido revestido por un nombre falso que remite –como dice Lorenzer– al deseo virulento de manifestar interacciones de protección y cuidado. El sufrimiento revestido lo constituyen comportamientos erráticos, expresados por los hombres; como la evasión, las racionalizaciones, los comportamientos de huida y evasión, la minimización del sufrimiento, la negación de la situación etc.; todas estas acciones encubren el conflicto y deseo original: la necesidad de proximidad hacia la prole.

Los hombres desarrollan procesos de elaboración que escapan de su conciencia, sobre todo por carecer de elementos que debería de proveer la identidad masculina para reflexionar, sobre el dilema que enfrentan. Es decir, hacen una lectura de su problema desde la masculinidad; hay, por lo tanto, fallos cronológicos en recordar el evento, enredos verbales y, en general, dificultad para expresar el conflicto o problema, lo cual conlleva a un comportamiento estereotipado y estéril que se refugia en la convención masculina: “*no puedo hacer nada, la mujer me manipula, soy un gallo manso*”, etc.

Finalmente, vemos cómo el sujeto masculino enfrenta este conflicto entre el deseo hacia la conformación de lazos de protección y cuidado hacia sus hijos e hijas y, por otro lado, la prohibición de la masculinidad sobre un hombre “maternalizado”; es decir, la prohibición de un hombre afectivo y preocupado por sus hijos e hijas, ya que la masculinidad espera otro tipo de comportamiento de los hombres cuando son padres; es decir, que sean básicamente proveedores. Así, el deseo aparece, pero es desmentido y falsificado por el patriarcado.

Otro modo de enfrentarse con este conflicto, por parte de algunos de estos hombres, es establecer una nueva relación, y seguidamente procrear otros hijos(as), como un modo de reconstruir su “dignidad perdida” y de mostrar a la sociedad su nuevo proyecto; en este caso, su capacidad como hombre de tener éxito nuevamente. En otras situaciones, lo que se presenta es una

6 Comentarios textuales de los hombres.

necesidad imperiosa de contacto con los hijos(as), cueste lo que cueste; esto implica satisfacer los caprichos de los hijos(as), de la ex esposa, hasta llegar a situaciones donde se persigue a los hijos cuando la esposa les ha negado absolutamente el contacto.

Bosquejos que desean prevalecer, transformarse, desaparecer: consenso grupal

La masculinidad tradicional, como proceso milenario, prevalece; no obstante, las nuevas situaciones sociales, derechos y empoderamiento de las mujeres, acceso de las mujeres al empleo remunerado, las convenciones de derechos de los niños y las niñas, son situaciones que obligan a que los bosquejos de masculinidad se transformen, desaparezcan; hechos que dan paso al desarrollo de otros esquemas, acordes a las nuevas situaciones sociales.

Sin embargo, la socialización masculina es tan fuerte, que cuando existen nuevos patrones o discursos alternativos, estos no encuentran soporte en la cultura, de manera que no tienen de dónde “agarrarse” ni encuentran en la objetividad social un apoyo para desarrollarse.

Es decir, estos hombres enfrentados con nuevas situaciones, donde ya no pueden imponer sus deseos y proyectos, deben ingeniárselas para sobrevivir psíquicamente, aunque muchas veces estas formas de sobrevivir estén encubiertas por comportamientos y nombres falsos (negación, huida, alcoholismo, etc.).

De este modo, el deseo debe ser sacrificado (Lorenzer, 1981), por lo que la satisfacción del deseo debe esconderse en una infeliz contraimagen. El síntoma será cubierto en una caricaturización absurda de la unión prohibida de las formas de interacción y de las figuras del lenguaje con un nombre contrario a la necesidad original, un nombre falso (el psicoanálisis llama a esto racionalización), que toma el lugar del nombre correcto que en la desimbolización desapareció.

II

IDIOMAS DE LA MASCULINIDAD ALREDEDOR DE LA PATERNIDAD INTERRUMPIDA

Los idiomas masculinos están determinados por un marco cultural interpretativo que le dan significado. Estos idiomas son consensuados entre los hombres; sin embargo, la descripción de la masculinidad se complementa con lo escenificado por los hombres a nivel social; es decir, es más fácil saber cómo es un hombre observándolo, que pidiéndole que lo explique. Y, a pesar de que existen diversidad de idiomas masculinos, existen niveles de reflexión y estructuras de idiomas similares en estos discursos.

De este modo, para lograr apropiarse de esas expresiones de la masculinidad, en la vivencia específica de los padres que ven interrumpida su paternidad, el concepto de “idioma” de la masculinidad, contemplado por Bosse (1994), permite una articulación entre los conceptos teóricos reseñados y el abordaje metodológico.

Como idiomas de la masculinidad (Bosse, 1994), se entienden los esquemas meramente descriptivos de la masculinidad, a los cuales se recurre en situaciones cotidianas y en situaciones rituales. Estos idiomas siempre se encuentran enlazados en contenido, formulación y significado a un contexto ritual. Además, los idiomas de la masculinidad siempre tienen funciones

políticas relacionadas con el poder y el dominio sobre las generaciones de hombres en desarrollo, lo cual se expresa particularmente en el control que se ejerce sobre la relación conflictiva con la propia sexualidad, así como sobre las tensiones que emergen en las relaciones entre los géneros. Aunque no remite a cómo vivencian los hombres los conflictos, cada idioma establece estructuras gnoseológicas fundamentales que orientan la identidad masculina.

2.1 Función de los idiomas masculinos

Los idiomas masculinos –de los hombres entrevistados– tienen las siguientes funciones:

- Este idioma masculino les permite a los hombres hablar de una experiencia que es particular e individual, pero que está ligado a un contexto social, lo cual convierte este discurso (idioma), en un discurso entendido y avalado por otros hombres. Los idiomas y su contenido personal y ritual constituyen un sistema de información (Herdt, 1981), que remiten a un marco cultural que les da significado.
- Este idioma tiene un uso social; es decir, les permite a los hombres dialogar y comunicarse entre ellos, lo que les posibilita, de algún modo, reflexionar y hablar de su experiencia, al mismo tiempo que este idioma representa un sistema social.
- Este idioma, como acto reflexivo, les permite a los hombres comprender, justificar y normalizar su experiencia, ya que uno de los lemas de este idioma es “a todos les pasa”.
- Estos idiomas masculinos dan forma y contenido a la vivencia de la ruptura con la *fratría*, y son utilizados por los hombres para hacerle frente a su vivencia, pues son los únicos medios discursivos que tienen para sobrevivir; no hay otras posibilidades discursivas fuertes avaladas y apoyadas social o culturalmente, o que al menos existan como parte

de su experiencia (algunos hombres ni siquiera conocen otros discursos alternativos existentes).

- Desde un enfoque sociológico, todos los idiomas masculinos parecen apuntar a la resignación y el distanciamiento afectivo, por lo que parte de la “estrategia de supervivencia” es perder la relación con los hijos e hijas, aunque sea en parte, con tal de salvar a la masculinidad en riesgo. Es decir, utilizan como estrategia replegarse, negando la sensación y vivencia de la pérdida que les ocasiona la ruptura con sus hijos e hijas, con el único objetivo de alejar la amenaza a su masculinidad.

De este modo, el comportamiento verbal individual vincula el pensamiento individual y las representaciones colectivas, para darles significado a situaciones cotidianas (Herdt, 1981); esto es, las prácticas comunicativas y los contextos están relacionados. Este conocimiento no es necesario para interactuar y comunicarse con otros que compartan experiencias similares, ya que un acto, una palabra o un idioma llevan información derivada de una historia interpersonal; es parte de un repertorio intersubjetivo, construido sobre años de intercomunicación; es decir, durante la comunicación masculina, los idiomas no son señalados como tales, con su estructura; el solo hecho de utilizar una palabra, un gesto, remite a información que se ha estructurado sobre años de comunicación y acuerdos comunicativos.

En este mismo sentido, Lorenzer (1972) señala que los idiomas masculinos remiten a la existencia de un patrimonio general, relativamente fijo de representaciones, puntos de vista y tesis, del cual los hombres disponen en común y al cual puede referirse en sus respuestas. Lorenzer, remitiéndose a autores como Popita y Negt, señala que esta “tópica social”, tiene como contenido experiencias comunes de los hombres, y es de origen socio-histórico. Por lo tanto, estos idiomas tienen como objetivo “revelar la realidad mediante la selección ordenadora de percepciones e informaciones” (p. 133).

Idiomas masculinos: el idioma de los otros

Cuando los hombres dialogan en grupo, con otros hombres, hay una necesidad de recurrir a un discurso avalado socialmente y compartido por otros hombres. Esta acción tiene como objetivo la posibilidad de comunicarse entre ellos en un modo similar, recurriendo a las mismas frases, temas, ideas, descripciones y propósitos, pero, por otro lado, tiene como objetivo conversar desde un lugar común, especialmente cuando se refieren a situaciones conflictivas o que les generan dolor emocional; de este modo, al hablar de temas comunes no participan emocionalmente de lo relatado.

Así, este idioma masculino, aportado por la cultura, permite que no haya una participación afectiva directa en el tema de la ruptura con la *fratría*, y que cuando hablan desde la cultura, hablan de otros hombres, de otras experiencias, pero no de ellos; esta necesidad de remitirse a ejemplos generales, desconocidos, como se dijo anteriormente, les permite poca participación emocional y además no evidencian ante otros hombres sus “fracasos”; claro, cuando se trata de exponer sus éxitos como proveedor, son abundantes en ejemplos personales. Es decir, al recurrir al discurso cultural, no son ellos quienes hablan de sus experiencias, sino que hablan de otros hombres con experiencias similares a las propias.

Por otro lado, el hecho de referirse a otros hombres, a otros casos, les permite minimizar el efecto de la ruptura, su sufrimiento y negar el efecto de la ruptura en su vivencia, ya que llegan a conclusiones como: “a todos nos pasa”.

Es decir, cuando hablan de su experiencia, hablan de otros, porque parece que solo colocándose en el lugar de los otros, pueden expresarse y dialogar. Estos hombres no pueden hablar de sí mismos, porque hay limitaciones culturales para hacerlo, especialmente cuando tiene que ver con su afectividad. Además, porque implicaría para ellos aceptar que son hombres a los que les ha fallado su proyecto de familia, de paternidad, de pareja, de lo cual toda la sociedad, se ha dado cuenta y no pueden aceptar que han “fracasado”, que están despojados y que son unos “gallos mansos”, etc.

Cuando estos hombres hablan de la ruptura con su *fratría*, deben “agarrarse” de elementos del discurso tradicional masculino para minimizar el efecto de la ruptura; los hombres se muestran afectados por la vivencia de la ruptura con sus hijos e hijas y les cuesta verbalizar el motivo de la ruptura.

2.2 Contenido de los idiomas masculinos: competencia y nuevos idiomas

Los idiomas masculinos contienen aspectos relacionados con la competencia que surge entre los hombres; es decir, quien impone el tono del discurso y los temas de este; lo que determina, de algún modo, las posibilidades de diálogo entre los hombres, así como las posibilidades de que se expresen nuevos idiomas masculinos.

El diálogo parece darse, se escuchan, pero es claro que mucho de estos discursos tienen como objetivo impresionar al resto de los hombres, por medio de temas como los valores tradicionales de la paternidad, específicamente el referente al eje de la proveeduría; de este modo, el discurso se impregna de todos los aspectos materiales de la proveeduría, que, según ellos, “hablan” de la buena paternidad que ejercen, de lo buenos proveedores que son, de lo exitosos que son, etc.

En cuanto al contexto grupal⁷ y las posibilidades de que emerjan discursos alternativos, cuando uno de los hombres participantes del grupo focal mostraba un idioma distinto, fue rápidamente descalificado por otros, por medio de un idioma tradicional, y en pocas palabras le decían “*mae, no sea tonto, no dejen que se aprovechen de usted*”. De este modo, la posibilidad de que existan nuevos discursos y que estos sean avalados por el idioma dominante masculino, es poca, aunque al menos sí hay indicios de nuevas expresiones.

Para algunos de estos hombres, una vivencia alternativa de la paternidad pasa por la autocomprensión y procesos de autorreflexión y experiencias

7 En referencia al grupo focal realizado como parte de las actividades de esta investigación.

particulares, ya que la masculinidad tradicional no provee de elementos para realizar lecturas distintas. Sin embargo, ante nuevos discursos y posiciones alternativas, algunos sectores del grupo focal se mostraban reacios, descalificando las posiciones y reafirmando que la afectividad y el apego hacia los hijos e hijas es fundamentalmente femenino.

Es claro que, a pesar de que algunos hombres puedan tener mayores posibilidades discursivas, existen todavía algunos mandatos masculinos fuertemente arraigados en su vivencia; por ejemplo, al señalar que el trabajo expresa cuanto amor y preocupación sienten sus hijos e hijas. Estos hombres no pueden relacionarse de otra manera, porque la masculinidad no les brinda de otros elementos subjetivos necesarios para ser diferentes.

Por otro lado, para estos hombres, los nuevos “discursos” son difíciles de asimilar, pues que existe un condicionamiento cultural milenario en cuanto a la masculinidad. Además, aseguran que los cambios en la sociedad en cuanto a las relaciones entre hombres y mujeres, y sus roles, se han modificado muy rápidamente; para ellos, esto ha sido muy difícil de asimilar, cambios tan rápidos en contraposición de un condicionamiento cultural milenario. Por otro lado, les surgen las dudas respecto a si estos nuevos discursos son efectivos para ellos y sus nuevas vivencias.

Bloqueos que emergen en los idiomas masculinos

Como se señaló anteriormente, la reflexión sobre el conflicto de la ruptura con la *fratría* se ve bloqueada porque el idioma masculino dominante no da paso a nuevos idiomas y discursos; estas nuevas posibilidades discursivas se ven “aplastadas” por el discurso cultural dominante.

Sin embargo, es claro que sí existen nuevas posibilidades discursivas, pero no encuentran un correspondiente en el comportamiento masculino, ni en las instituciones sociales; en razón de ello, hay pocas posibilidades de desarrollarse y establecerse en el comportamiento verbal de los hombres.

Por lo tanto, podría decirse que el actual discurso masculino no ayuda a estos hombres a resolver el conflicto; el idioma masculino dominante más bien

niega y minimiza el efecto de la ruptura, y minimiza también las sensaciones particulares de cada hombre, especialmente cuando dicen “no puedo hacer nada” “de todos modos ellos –(los hijos(as)– van a crecer” o sus amigos les dicen: “¡haga su vida!”, “¡aprenda a quererlos –(hijos(as)– a la distancia!”

De este modo, podemos concluir que el idioma masculino dominante bloquea la reflexión, al impedir que verbalizaciones y reflexiones distintas a las esperadas irrumpían, aunque a nivel emocional y subjetivo existe un deseo de expresar algo distinto.

Estos hombres señalan que han sido socializados según la premisa de no exteriorizar sus emociones, lo cual se expresa también –evidentemente–, en una dificultad para referirse a estos nuevos escenarios (ante la ruptura) por medio del lenguaje. En resumen, a nivel cultural, no existe un discurso para que estos hombres se apropien de la experiencia; entonces, niegan la realidad y, consiguientemente, evaden su responsabilidad.

Idiomas masculinos: caos y miedo partir de la ruptura

Cuando estos hombres se refieren a la ruptura con la *fratría* y a su vivencia, encontramos frases que remiten al caos, a la aniquilación, a la pérdida de la dignidad humana y, por el contrario, no se encuentran frases o ideas que remitan a una posibilidad de reflexionar, o a ver la situación de la ruptura como “algo” positivo. Esto, porque el discurso masculino tradicional no posee ni contenido ni estructura que permita reflexionar al respecto.

En estos discursos se evidencian temores muy fuertes respecto a la paternidad interrumpida, ya que este conflicto produce no solo un dolor que lo ubican físicamente, sino un sufrimiento emocional, causado por un deseo, un anhelo, el cual no encuentra respuesta en la masculinidad. La masculinidad no permite una adecuada lectura y expresión de estos sentimientos, por lo que la necesidad de apego hacia sus hijos e hijas y la posibilidad de expresarlo, verbal y físicamente, se ve interferida por el discurso masculino, que es limitado.

Todas estas limitaciones verbales, emocionales y sociales –no poder expresar su sufrimiento, no encontrar discursos que les permitan asimilar la experiencia o interlocutores para reflexionar sobre el conflicto de la paternidad interferida– desencadenan problemas a nivel físico y emocional. Lo primero, expresado en acciones como episodios de violencia contra otros, contra ellos mismos, o consumo de drogas y alcohol, intentos de suicidio, y lo segundo, manifestado en malestares como depresión, aislamiento, etc.

Ideas y temas que sustentan los idiomas masculinos

Dentro de estos idiomas masculinos, existen otros idiomas o discursos que le dan contenido y significado a la vivencia de la ruptura con la *fratría* y, en general, a la vivencia de la paternidad. Estos hombres señalan que el fracaso de su experiencia paternal se debe a que eran personas muy jóvenes cuando iniciaron este proyecto. Estos hombres creen que, en sus casos, la juventud fue un factor que vulnerabilizó el ejercicio de su paternidad, pues tomaron malas decisiones siendo muy jóvenes, como: casarse, la pareja que eligieron, ¡traer hijos(as) al mundo!, y por lo tanto, ser padres a una edad muy temprana, etc. Como vemos, los idiomas masculinos tienen otros sub-idiomas. De este modo, algunos de los idiomas masculinos tiene fuertes componentes adultocéntricos y repiten una serie de estereotipos asociados a la juventud.

Otra idea que se configura como una expectativa verbalizada por estos hombres, es que los hijos e hijas son efectivos para “dejar vicios”. No obstante, esta idea es conflictiva, porque muchas veces se casan y tienen hijos(as) con la expectativa y el deseo de que estos hijos e hijas los cambien automáticamente, “los conviertan en hombres mejores”. Pero esta expectativa –desde la vivencia y experiencia de estos hombres– es falsa, porque, a pesar de que tuvieron hijos e hijas, muchos de ellos se siguen teniendo los mismos vicios que tenían cuando eran solteros (salir con los amigos(as), tomar, fumar, etc.)

Machismo: eje central de los idiomas masculinos

Los idiomas de la masculinidad son diversos; sin embargo, la mayoría de ellos tienen componentes fuertemente machistas, los cuales no son percibidos como tales por los entrevistados. Estas ideas se expresan, especialmente, cuando estos hombres se refieren a las mujeres y a la “función” que estas tienen en el ámbito doméstico, en el sentido de que las mujeres son las llamadas a cuidar los hijos e hijas, a no descuidar el hogar y a ser fiel a su pareja.

Además, señalan constantemente que ellos ayudaban a sus mujeres en las labores del hogar, como si este tipo de trabajo fuese obligación de las mujeres únicamente. Por otro lado, casi de modo “natural” mencionan cómo ellos les daban permiso a sus mujeres para salir de la casa, dejando en evidencia una posición típica machista, la cual no era vista de este modo por estos hombres. Otras ideas presentes en este discurso tienen que ver con la fidelidad; para estos hombres ser infiel es tener relación permanente con otra mujer, las relaciones esporádicas con otras mujeres no son muestras de infidelidad. Interesantemente, en los cuatro casos, el motivo de la ruptura con la pareja fue la infidelidad.

2.3 Estereotipias de los idiomas masculinos

Características de los idiomas masculinos

La estructura discursiva de los idiomas masculinos muestra cómo para hablar del tema recurren a un discurso “avalado” por la cultura. Este discurso es un discurso caracterizado –en los cuatro casos– por el uso de las mismas palabras, citas, y reflexiones, etc., que permite no solo referirse a las experiencias individuales, a pesar de ser un discurso cultural, sino que les permite dialogar. Esto es así porque hay una noción de representaciones sociales, lemas, discursos sociales que le dan vida y forma a la experiencia masculina. De este modo, dichos, risas, analogías y ritos expresados individualmente son

compartidos colectivamente y dan significado a una experiencia individual (Herdt, 1981).

La comunicación es pobre en cuanto al uso de sustantivos, y adjetivos, hay un uso repetitivo de ciertas palabras como “terrible” “lo peor” “no se lo desea uno a nadie”, etc.; es decir, hay poco uso de términos que enriquezcan el relato y lo hagan llamativo.

Similitudes de los idiomas masculinos

De este modo, de manera implícita y explícita, la cultura provee un idioma para que estos hombres entiendan y justifiquen tanto su situación como sus acciones. El idioma de estos hombres es bastante similar entre ellos; es un discurso “citado” cada vez que no poseen elementos subjetivos y discursivos propios para referirse a su situación; por ejemplo, con frases “es que los hombres (...)” “es que las mujeres (...)” “es que los hijos (...)” “de todos modos los hijos crecen y se van (...)” “los hombres siempre llevamos las de perder (...)”, etc.

Dificultad para nombrar y caracterizar procesos y situaciones

Otro aspecto relevado durante las entrevistas, es que existe en estos hombres una dificultad importante para llamar las cosas por su nombre. En términos de la ruptura con su pareja, por ejemplo no hablan directamente de la infidelidad, sino que utilizan frases como “ya usted sabe, uno se porta mal y el otro, (...)” “es que ya cuando uno no quiere, (...)” “es que ella se tiró a la calle, (...)”

Incongruencias lingüísticas

Las verbalizaciones incongruentes son comunes, así como los silencios; hay dificultades para hacer frases completas y con sentido; bajan la voz cuando tienen que mencionar ciertas palabras, especialmente relacionadas con la ruptura con la pareja. Como dice Huch, citado por Lorenzer (1972), “la calificación individual no se expresa con palabras, sino mediante gestos, mímica, la actitud del cuerpo, la entonación de la voz, de modo que muchas veces lo no dicho es más importante que lo dicho” (p. 132).

Participación emocional en el discurso

El relato de estos hombres expresaba bastante contenido emocional, no un contenido de afectación por la situación, sino que expresan de diversos modos el efecto de la ruptura con los hijos e hijas. Estos hombres se expresaban como si estuvieran hablando de otra persona, o como si fuese un chiste lo que estaban contando, no existía alguna participación emocional afectiva. Todo esto ocurría especialmente, cuando tenían que referirse a la ruptura con su pareja, o en algunas ocasiones a sus sentimientos.

La temporalidad en los idiomas masculinos

En estos relatos, existe un problema en la temporalidad, en el sentido de que las fechas “importantes⁸” no están muy claras en la memoria de estos hombres, no saben si se divorciaron primero y luego se casaron, cuál de sus hijos(as) nació primero, cuándo fue la ruptura, o por qué.

8 Fechas de matrimonio, cumpleaños, fechas de separaciones, tiempo que tiene de estar separado, etc.

Diferencias individuales vrs. consenso grupal en los idiomas masculinos

Durante el desarrollo del grupo focal, se muestran claramente contradicciones, enfrentamientos, parloteos y críticas.

Las diferencias de género son vistas como naturales, a pesar de que un sector del grupo cree que la cultura determina ciertos comportamientos. Sin embargo, ante estas ideas y nuevos discursos, se imponen las visiones biologistas de la determinación del comportamiento.

Por lo tanto, la falta de disposición para comunicar sentimientos es vista, como un problema intrínseco a la naturaleza masculina, no es vista como un problema de construcción de género masculino, y si hay hombres que pueden expresar sentimientos, ellos mismos dicen que son excepciones.

Las diferencias en la vivencia de la ruptura entre los hombres son claras, para unos “depende” de lo que el hombre decida; es decir, cuánto se sienta comprometido, y si hay elementos subjetivos, materiales, que les permiten continuar con el acercamiento y desarrollo del vínculo.

El problema de manifestar el dolor se debe más a posibilidades de expresarlo que a la existencia de este; sin embargo, es claro, desde la vivencia de estos hombres, que existe un sufrimiento, el cual es difícil de describir.

Es claro que existen diferencias individuales, pero estas llegan a un consenso a nivel grupal, a pesar de que el consenso al que se llega es muy tradicional y no permite que los discursos alternativos emerjan o se configuren como nuevas posibilidades sociales.

Pese a que las experiencias son individuales, la referencia a ellas, las hacen estos hombres, desde un lugar común en la cultura; hablan en nombre de los hombres. No hay posibilidad de introspección o revisión crítica. Todo se proyecta fuera del sí mismo, en los otros.

Una de las virtudes de esta aproximación es que permite describir y entender cómo conocimientos y experiencia en la vida cotidiana determinan todo el comportamiento cultural (Herdt, 1981).

Idiomas masculinos utilizados en la interacción con la investigadora

En este sentido, cuando un hombre habla de este tema, ante una mujer, debe activar patrones culturales asociados a la masculinidad, como la seducción, ya que ese es el modo tradicional como es vista la mujer, como un objeto que puede ser abordado donde sea y cuando sea, lo que demuestra que para algunos hombres esa es la única forma en que pueden relacionarse con una mujer, y colocándolos a ellos en situaciones de vulnerabilidad, ya que algunos hombres ven “relaciones” o “vínculos eróticos” donde no existen.

Lugares y situaciones de los diálogos masculinos: el papel de los interlocutores

Los interlocutores de este conflicto –ruptura con la *fratría*– son, por lo general, los amigos o familiares cercanos. En el caso de los amigos, el diálogo se da en situaciones como salir a tomar, encontrarse casualmente o fumar, donde, estos pequeños espacios se configuran como posibilitadores del diálogo masculino, aunque muchas veces el tema de discusión no sea el de la ruptura con la *fratría* (puede ser de otro tema), se genera una posibilidad de diálogo, que tiene, por supuesto, efectos a nivel emocional. Es decir, estos espacios alivianan la tensión del sufrimiento ocasionado por la ruptura, pero el espacio en el que se encuentran (bares, calle) es considerado tradicionalmente “masculino”.

En el caso de los familiares -y de estos hombres en particular,- el diálogo es mucho más abierto, tal vez no de manera verbal pero sí escénicamente. Estos hombres relatan que quienes los han visto llorar han sido únicamente sus padres o madres: “ellos sí saben lo que yo he sufrido”, señala un entrevistado.

El papel fundamental de estos interlocutores –y según lo expresado por los entrevistados– es animar y normalizar la situación de la separación con sus hijos e hijas. Esto lo logran por medio de un idioma verbal directo, por medio de comentarios como (¡haga su vida!, ¡los hijos van a crecer!, ¡a todos les pasa!) y por medio de un comportamiento traducido en acciones como (salir a tomar,

encontrarse para fumar, etc.). De este modo, y desde la experiencia de los entrevistados, el alcohol, los bares y los amigos se convierten en interlocutores del conflicto; es decir, estos espacios se conforman como los “únicos” espacios donde probablemente hablan de estos temas, o donde al menos experimentan una disminución de la tensión que les provoca la separación.

2.4 Sentido manifiesto y latente de los idiomas masculinos

Lorenzer, citando a Huch, menciona que “en el proceso de socialización, el niño puede reaccionar frente a preferencias que no tienen la estructura de enunciados, ni están matizados por adjetivos”. Es decir, este sentido latente de los idiomas masculinos tiene un referente además en la socialización que estos hombres tuvieron.

Sentido manifiesto de los idiomas masculinos

Como hemos señalado anteriormente, los hombres tienen un discurso que remite a ideas y comportamientos. Este idioma masculino tiene como función ayudarle al hombre a comprender el proceso de ruptura que experimenta. Sin embargo, hay aspectos internos que no son verbalizados o que si lo son tienen un significado latente.

Según Herdt (1981), el comportamiento verbal entre los hombres define, determina, posiciones y relaciones de estatus; como hablan, lo que dicen, da información referente a su estatus y ubicación social. Pero, además, dan cuenta en parte del sufrimiento psíquico que experimentan. Las expresiones idiomáticas son un canal de comunicación; por medio de ellas los individuos dan voz a información crucial, manifiesta y latente, que puede ser usada en la comprensión de la significancia de la comunicación interpersonal (Herdt, 1981).

Sentido latente de los idiomas masculinos

Los hombres comunican su vivencia de diversos modos, no solo por medio del comportamiento verbal sino del simbólico. Para estos hombres, un modo de enfrentarse con la ruptura con la *fratría* es siendo un buen proveedor, ¿por qué?, porque hablando o mostrando sus objetos materiales demuestran su capacidad de poder pagar las pensiones alimentarias; esto es, la posibilidad que tienen de estar cerca de sus hijos (según estos hombres en la medida en que son buenos proveedores, sus ex parejas les permitirán acercarse a sus hijos e hijas, ya que si no pagan la pensión o fallan con un pago, el castigo inmediato es negarles la visita del hijo(a). Esto demuestra como cuando hablan “del trabajo que tienen, cuánto cuesta la casa donde viven, cómo es la mujer que tienen, cómo son sus bienes materiales, etc.”, hay un deseo latente de ser reconocidos por otros, por la sociedad.

Símbolos asociados a la masculinidad

Por lo tanto, para estos hombres, muchas veces no es necesario hablar sobre su estatus y bienestar económico; hay símbolos, como el carro, la casa, la pareja, objetos que expresan de alguna manera el estatus del hombre y su modo de vivenciar otros aspectos de la vida, como la paternidad.

Contenido latente de los idiomas masculinos: proyección de deseos y anhelos inconscientes

Esta situación se ve ejemplificada por el anhelo de omnipresencia que expresan los padres, cuando dicen que sus hijos están solos, indefensos, pero el sentido latente se refiere más bien a la proyección de su propia vulnerabilidad, soledad y miedo. De este modo, es expresado un deseo inconsciente de ser protegido ante la indefensión que le provoca la separación de sus hijos(as).

Los padres muestran una fuerte necesidad de afecto y restablecimiento del vínculo con sus hijos e hijas. Sin embargo, la cultura con sus mandatos de masculinidad –y desde el punto de vista de estos hombres– interfiere, e incluso las mismas parejas de estos hombres materializan la relación, en el sentido de que la figura paterna o la función paterna en estos casos cumple su rol cuando satisface los requerimientos de pensión o manutención de sus hijos(as); en virtud de ello, los anhelos de ser un buen proveedor y todo el discurso y comportamiento que soportan esta idea remiten, en realidad, a una necesidad de cercanía y afecto con sus hijos e hijas, porque, desde esta perspectiva y lectura masculina, el amor se demuestra trabajando y siendo responsable “económicamente”.

La necesidad de referirse a la proveeduría es porque estos hombres encuentran un referente en la masculinidad para hablar al respecto; es decir, existe en la masculinidad un discurso que sustenta estos preceptos; sin embargo, lo que denota este discurso es que a nivel consciente existe una pérdida del rol: como jefe de un hogar, como padre, como proveedor, pero, en el plano inconsciente, se devela una pérdida afectiva, que se expresa como un duelo.

De este modo, en cuanto a las pérdidas que experimentan estos hombres, se evidencian dos tipos: 1) una dimensión consciente, y verbalizada como: perder el estatus como hombre, perder la cercanía con sus hijos(as) (la cotidianidad), perder el rol como padre, etc., y 2) una dimensión inconsciente, la cual se refiere a la pérdida afectiva y de un vínculo; sin embargo, estos hombres no pueden dar cuenta de esta pérdida, por escapar de su conciencia.

2.5 Idiomas masculinos bloqueados por mandatos culturales

Cada vez que estos hombres se acercan al tema de la ruptura con la *fratría*, se presentan fuertes dificultades para reflexionar y explicar esta situación. Estos hombres señalan que han sido socializados bajo la premisa de no exteriorizar sus emociones, lo que se expresa también –y evidentemente– en

una dificultad para referirse a estos nuevos escenarios (de ruptura) por medio del lenguaje. Durante las entrevistas se confirma una dificultad para llamar las cosas por su nombre, se dan verbalizaciones incongruentes, lo cual denota, además, un discurso sin participación afectiva, y muestra, de algún modo, no solo las dificultades de algunos hombres para verbalizar –y especialmente cuando se trata de sus sentimientos–, sino, en general, una resistencia para enfrentarse con el evento relatado (la separación con la *fratría*).

De modo que el idioma masculino tradicional se impone sobre los nuevos bosquejos de idiomas que quieren emerger, porque, como señala Lorenzer (1972), “la incapacidad para impugnar la dicotomía vigente y comprender que ese estado de dependencia insoportable (en este caso dependencia del idioma tradicional masculino), es susceptible de transformación; son rasgos que se instalan por vía de la socialización, en la medida en que por virtud de la arbitrariedad no mediada de las formas de interacción, se bloquea la construcción de lenguaje como posibilidad de reflejar lo contradictorio” (p. 131). Es decir, estos hombres han sido socializados de un modo particular, que remite a una práctica social determinada al mismo tiempo por una clase social; esta ubicación social remite a un modo de reflexionar sobre la realidad, que en el caso de estos hombres se ha constituido como un “terreno fértil para el desarrollo de una adaptación resignada”, pues a pesar de que existen discursos incipientes, no logran mantenerse, porque no existe el lenguaje para sostenerlos. De este modo, en esta clase social representada por estos hombres, la reflexión ha sido amputada; así, las diferencias y conflictos emergentes no pueden resolverse por medio de la discusión (el lenguaje) o mediante el esclarecimiento de los nexos entre las formas problemáticas y el sistema vigente de valores.

En resumen, hay una limitación para reflexionar y expresarse verbalmente sobre el conflicto, que tiene su referente en una práctica social, determinada por la clase social, a la cual corresponden estos hombres, ya que, según lo que señala Lorenzer (1972), en los estratos inferiores “la socialización se

caracteriza por formas de interacción de fuerte raíz emocional (p. 133); esto porque “la relación madre-hijo se desenvuelve en mayor medida dentro de formas inmediatas, y la madre reacciona con mayor frecuencia frente a su entorno de manera gestual, no lingüística, con estereotipos y giros tradicionales” (p. 132), situación reflejada en el lenguaje restringido de estos hombres.

Así, “el carácter no consciente de la cultura determinada por clichés en el niño —y antes en la madre— muestra expresamente el modo en que las estructuras objetivas se imponen a los sujetos: como contradicciones no percibidas dentro de formas de interacción y los símbolos correspondientes, y como disonancia entre el juego de lenguaje y el cliché que inconscientemente depende de él que, en conjunto, constituyen la praxis de interacción dominante”.

REFLEXIONES FINALES

Conclusiones

El propósito de este estudio ha sido, por un lado, develar el conflicto que surge entre la masculinidad y la paternidad a partir de la ruptura del padre con la *fratría*, y por otro lado, caracterizar este conflicto.

El desafío analítico comprensivo principal ha sido identificar cuáles representaciones de la masculinidad, que emergen de manera consciente y cuáles quedan sujetas como contenidos inconscientes en el entramado de la paternidad interrumpida o interferida, y que son expresadas como instituciones de la masculinidad, las cuales permiten a estos hombres, enfrentarse con el conflicto de la ruptura con la *fratría*. De este modo, las conclusiones se remitirán y enfocarán a cuatro dimensiones: la paternidad de los hombres enfrentados con la ruptura de la relación con los hijos e hijas, la conformación del conflicto derivado de la ruptura, los modos de enfrentamiento de esta ruptura y los aportes metodológicos:

La paternidad a partir de la ruptura en la relación con los(las) hijos(as)

- A partir de este trabajo, uno de los hallazgos más importantes ha sido el valor que tiene la paternidad para estos hombres, y cómo esta determina el modo en que se enfrentan con la ruptura. Por otro lado, la paternidad es

vivida como un deber de la masculinidad, ya que, desde la visión de los entrevistados, la paternidad completaría esta experiencia masculina; sin embargo, encontramos que la paternidad no encuentra un referente en la masculinidad para desarrollarse plena y adecuadamente.

- Existe una predisposición en estos hombres al desarrollo de vínculos, y la gestación de lazos afectivos, los cuales han sido desarrollados a partir de la socialización primaria; sin embargo, es evidente que el deseo de desarrollo de vínculos y lazos afectivos son excluidos de la conciencia de estos hombres, “gracias” al lenguaje que nombra la masculinidad; es decir, lenguaje que determina cómo deben ser los hombres y cómo deben manejar su afectividad, conlleva al surgimiento de un conflicto, porque existe un deseo, un anhelo de desarrollo de vínculo, que se activa en la vivencia concreta de la paternidad, pero este deseo entra en contradicción con las ideas de y mandatos de la masculinidad presentes en la conciencia.
- Podría decirse que la paternidad existe como anhelo y/o aspiración, pero no se dispone de los recursos necesarios –desde la masculinidad– para edificarla, por lo que se ilustra la paternidad como un nódulo central de la masculinidad, no por su disponibilidad afectiva, sino por su presencia simbólica, la ruptura con los hijos(as) elimina este precepto.
- La vivencia de la paternidad, a partir de la ruptura, depende en cierto grado de la socialización recibida, o de los referentes paternos y maternos, que se han tenido, por lo que socialización y el referente de padre que tuvieron estos padres surge como un espacio institucionalizado “informal” de la masculinidad, para enfrentarse con conflictos de este tipo.
- Uno de los principales hallazgos tiene que ver con la resignificación que se da de la paternidad a partir de la ruptura; es decir, antes de la ruptura no existe un deseo o un anhelo explícito del deseo de cercanía y afectividad

con la *fratría*, esto surge en el momento de la ruptura. Antes de esto, la paternidad surge solo como un mandato de la masculinidad, que debe realizarse; pero a partir de la ruptura con los hijos e hijas, estos hombres se dan cuenta de que los hijos(as), y el vínculo con ellos(as), es realmente necesario y que conforma parte importante de su subjetividad.

Conformación del conflicto derivado de la ruptura

- El conflicto se conforma porque la masculinidad –como institución culturalmente legitimada– no provee a estos hombres elementos subjetivos para hacerle frente a la ruptura. Con base en lo señalado a lo largo de este trabajo, emergen “instituciones” legitimadas por el patriarcado que permiten que los hombres elaboren el conflicto a partir de la paternidad interrumpida, por un lado, la proveeduría como un modo de demostrar afecto y por otro lado, tenemos la paternidad vivida con sus padres, como otro espacio que les permite llegar a ciertos lapsos de reflexión ante estas situaciones.
- El mensaje que envía la masculinidad al hombre, o que el hombre es capaz de abstraer de la masculinidad es: “¡acabas de perder tu estatus y tu rol, hacé algo para arreglarlo!”. De este modo, las salidas que encuentra el hombre para reconstruir su masculinidad y rol fracturado es: buscar una nueva pareja y si es posible tener un hijo/a, negar la situación tajantemente y decirse a sí mismo “aquí no ha pasado” “eso le pasa a todo el mundo”, sumirse en comportamientos erráticos (como el alcohol, drogas, etc.), o experimentar períodos de enfermedad o depresión. Todas estas fantasías, temores y amenazas, que emergen desde el inconsciente, los colocan en condiciones subjetivas en las que “creen” que perderán el control y serán destruidos.

- Existen una serie de determinaciones culturales que permiten que el conflicto tome como camino el ocultamiento en el inconsciente, lo que conlleva a un comportamiento estereotipado y estéril que se refugia en la convención masculina: “no puedo hacer nada, la mujer me manipula, soy un gallo manso”, etc.
- Los idiomas masculinos dan cuenta de cómo se conforma este conflicto y de la resolución que encuentran. La función de estos idiomas masculinos es explicar y normalizar la situación desde la masculinidad tradicional.
- El conflicto entre la masculinidad y la paternidad surge porque la masculinidad no aporta elementos subjetivos, ni sociales objetivos, para hacerle frente a esta. Entonces, la paternidad se vive como algo angustioso, y la ruptura amenaza la constitución masculina.
- El sufrimiento es porque la ideología masculina no opera, perdió vigencia; en este sentido, estos hombres no tienen alternativas, ni discursivas, ni emocionales, ni referentes sociales, ni grupos de apoyo o redes sociales adonde recurrir.
- Esta situación se ve ejemplificada por el anhelo de omnipresencia que expresan los padres, cuando dicen que sus hijos están solos, indefensos, pero el sentido latente se refiere más bien a la proyección de su propia vulnerabilidad, soledad y miedo. De este modo, es expresado un deseo inconsciente de ser protegido ante la indefensión que les provoca la separación de sus hijos(as).
- Finalmente, vemos como el sujeto masculino enfrenta este conflicto, entre el deseo hacia la conformación de lazos de protección y cuidado hacia sus hijos e hijas y, por otro lado, la prohibición de la masculinidad sobre un hombre “maternalizado”; es decir, la prohibición de un hombre afectivo y preocupado por sus hijos e hijas, ya que la masculinidad espera otro tipo

de comportamiento de los hombres cuando son padres; esto es, que sean básicamente proveedores. Así, el deseo aparece, pero es desmentido y falsificado por el patriarcado.

Modos de enfrentamiento de la ruptura con la *fratría*

A partir de la ruptura con los hijos e hijas, la identidad masculina se encuentra destruida, ha ocurrido una pérdida, tanto consciente del rol (rol proveedor) y una pérdida inconsciente (pérdida del vínculo); el hombre se encuentra devastado por lo ocurrido; las primeras preocupaciones son en torno a como reconstruir, para sí mismo, lo que recién fue destruido (su proyecto de paternidad), por lo que ante esta situación emergen distintas soluciones conscientes e inconscientes:

- Por ejemplo, buscar una nueva pareja, tener hijos(as) si es posible, y en el menor tiempo posible; esto, porque necesitan reconstruir su imagen, su identidad, y esta es la respuesta que les da la masculinidad.
- Otra forma de enfrentamiento es la evasión y negación total del conflicto: “aquí no ha pasado nada, y seguimos para adelante”, lo que conlleva a una negación total del sufrimiento, con las consecuencias ya mencionadas a nivel físico y psíquico.
- Estos hombres prefieren no hablar de sí mismos; hablan de otros hombres para protegerse. Esta estructura discursiva muestra cómo para hablar del tema recurren a un discurso “avalado” por la cultura, por la sociedad y por otros hombres; esto, porque hay una noción de representaciones sociales, lemas, discursos sociales que le dan vida y forma a la experiencia.

De este modo, se enfrentan con la ruptura por medio de los idiomas masculinos, los cuales tienen, como función, dar forma y contenido a la

vivencia del hombre. De esta manera, los idiomas masculinos parecen apuntar a la resignación y el distanciamiento afectivo, por lo que parte de la “estrategia de supervivencia” es perder la relación, aunque sea en parte, con tal de salvar a la masculinidad en riesgo; es decir, replegarse, negando la pérdida, con el único objetivo de alejar la amenaza a su masculinidad.

- Otro modo de enfrentarse con el conflicto de la ruptura es siendo un buen proveedor, ya que en estos hombres existe una exigencia de la sociedad y las leyes, por cumplir con los requerimientos económicos de la paternidad interrumpida; el discurso de estos hombres es claro, en este sentido; sin embargo, debe atenderse que esta exigencia encubre muchos otros aspectos de índole afectivo y emocional, porque para estos hombres no hay instancias legitimizadas por la masculinidad y a nivel social, para expresar sentimientos y afectividad hacia la prole, de ahí que lo hagan por medio del cumplimiento del rol proveedor.
- Para enfrentarse con el conflicto, cuando requieren hablar del tema con la investigadora, recurren a este papel seductor (seducir a la investigadora), el cual viene en auxilio y defensa, ya que el tema les provoca una amenaza. Así, un hombre cuestionado recurre al flirteo para no minimizarse ante la mujer investigadora, que viene a “cuestionarlo”. De modo que estos hombres no muestran su vulnerabilidad ante la investigadora, sino que necesitan proyectarla fuera de sí, en primer lugar porque no pueden mostrarse ante ella como hombres fracasados, como hombres que perdieron su proyecto de vida y de masculinidad; y en segundo lugar, porque se encuentran en un momento en que necesitan recuperar su rol perdido, su estatus como hombres, ya que, en el plano inconsciente de estos hombres, la investigadora se configura como esa nueva posibilidad para reconstruir su masculinidad recién fracturada.

Es importante señalar que, a pesar de que en estos hombres es notorio un anhelo, un deseo de proximidad física con sus hijos e hijas, el cual no solo es escenificado, sino que es explícito en su discurso, se encuentran limitaciones importantes en términos de los mandatos masculinos.

En este sentido, estos hombres señalan un gran interés por recuperar su relación con sus hijos e hijas, así como un deseo de intervenir más en las decisiones asociadas a la educación, vida familiar, tiempo libre, proyecto de vida, de su *fratría*; sin embargo, cuando se les propone como posibilidad “asumir completamente a la *fratría*”; es decir, vivir con sus hijos e hijas, responden que si bien están muy interesados en su *fratría*, no están preparados para asumirla plenamente. Esta idea de “no estar preparados”, como estos hombres lo mencionan, se asocia en estos casos con la idea de que el ser un papá las 24 horas del día implicaría la posible pérdida de ciertos privilegios brindados por la masculinidad, en el sentido de que vivir con sus hijos(as) significaría menos tiempo libre, mayores responsabilidades, una inversión de dinero mayor, entre otros.

De este modo, se evidencia una vez más la confrontación entre la masculinidad (la proveeduría, tiempo para actividades personales, etc.) y la paternidad (anhelo de proximidad y desarrollo de vínculos) que se genera a partir de la ruptura. Antes de la ruptura no existe el dilema de un modo tan pronunciado, porque los hijos e hijas se tienen cerca. La separación física con los(las) hijos(as) conlleva a este dilema.

RECOMENDACIONES

Cambiar el sistema social, puede parecer pretensioso. Sin embargo, en términos de patrones sociales de comportamiento y subjetividad, asociados a los hombres y mujeres, se estima importante lo siguiente:

- Debe considerarse la posibilidad de crear nuevos patrones asociados a la masculinidad, los cuales permitan un desarrollo social y humano que no perjudique a los hombres, a los individuos que se relacionan con ellos, como los niños y niñas, las mujeres, además de otros hombres.
- La temática de la paternidad y la maternidad debe ser tomada en cuenta como un eje transversal en la vida social (instituciones sociales, la estructura social, la familia, las nuevas formas familiares, etc.). Esto debe permitir que la paternidad sea no solo cuestionada, sino que se generen nuevos espacios de reflexión, para analizar los cambios que sufren estas prácticas, o para comprender cómo estas prácticas son vividas por las personas en diferentes contextos.

A nivel institucional, debería valorarse como estos temas afectan la vida laboral y social de los trabajadores(as). Al respecto, es importante realizar recomendaciones directas para las siguientes instituciones:

- En el caso del Ministerio de Trabajo, debe existir una política de paternidad que permita valorar cómo las relaciones familiares, especialmente en los hombres separados, afectan su desempeño laboral.
- Debe existir una política orientada a fomentar que los padres, en general, obtengan permiso de su trabajo para asistir a actividades relacionadas con sus hijos(as).
- En el caso de los padres separados, el Ministerio de Trabajo debería dar instrucciones expresas a las empresas para que los padres puedan tener permiso de visitar a sus hijos, de acuerdo con los regímenes de visita, ya que muchos padres separados pierden este beneficio por cuestiones laborales.
- En el caso del Instituto de Alcoholismo y Fármaco Dependencia (IAFA), y dentro de sus programas de atención, debe existir conocimiento de la temática, ya que muchos de los casos de alcoholismo o drogadicción pueden tener como antecedente adicional la ruptura de los padres con su *fratría*. De ahí, que es necesario que los funcionarios y las funcionarias del IAFA conozcan que un modo de enfrentar conflictos por parte de los hombres y los hombres separados, particularmente, es mediante el consumo de drogas o alcohol.
- En el caso del Ministerio de Educación, es necesario que se retome lo acordado en la *Ley de Paternidad Responsable*, en el sentido de fomentar, por medio de la educación formal, nuevos modelos de masculinidad, que al mismo tiempo permitan el desarrollo de una paternidad comprometida y que resulte menos conflictiva para los hombres. La educación formal y los educadores(as) deben entrar en un proceso de revisión del sexismo presente en los procesos de aprendizaje, no solo en la primaria y secundaria, sino, también, en el ámbito universitario.

Igualmente, en términos generales se propone:

- Realizar estudios sobre la socialización en diferentes clases sociales, a fin de determinar hasta qué punto estas deferencias determinan el ejercicio de la paternidad, y el modo como los hombres reflexionan.
- En términos de intervención y atención de hombres en situaciones de ruptura con la *fratría*, es necesario que existan grupos o interlocutores de este tipo de conflicto, ya que como fue señalado por los participantes en el grupo focal, la posibilidad de discutir, hablar del conflicto, es una forma de ir reflexionando sobre el conflicto y comprender lo que están viviendo.
- Los profesionales que atienden hombres en esta situación deben atender no solo las dimensiones verbales, explícitas del relato del conflicto, sino poner atención a las dimensiones implícitas o latentes del discurso, que informan sobre el conflicto, y las formas que está tomando en la subjetividad del hombre.
- El tema de la paternidad se ha quedado rezagado y no existe todavía una incorporación de este a nivel educativo, a pesar de que la Ley así lo establece; sin embargo, consideramos que el cambio tiene que ir más allá de las aulas e instituciones; esto significa que debe haber un cambio social que se refleje en las estructura de la sociedad, en el trabajo y en todas las relaciones sociales.
- Los procesos de socialización son determinantes en el modo como los hombres enfrentan este tipo de conflictos; no obstante, existe una práctica social que sustenta estas ideas y modos de actuar. Esta práctica social remite no solo a la familia, sino a toda una forma de organización social, la cual tiene que ver con cómo están diseñadas las leyes y distribuidos

los roles de cada uno de los géneros. Especialmente, cuando las labores de cuidado y crianza (y preocupaciones al respecto) siguen siendo de la mujer.

De este modo, la importancia o necesidad de estudiar este conflicto radica en que muchos de los comportamientos erráticos de los hombres a nivel social (conductas violentas, enfermedades físicas, mentales, consumo de drogas, alcohol, etc.) pueden tener como trasfondo la existencia de conflictos con una dimensión inconsciente, de un conflicto que no ha sido elaborado. Además, si no se estudia este tipo de conflictos, seguiremos dando conclusiones y analizando situaciones sociales desde una perspectiva muy superficial.

Además, a partir de este trabajo, queda en evidencia que la vida personal, afectiva, y los conflictos cotidianos de índole emocional afectan nuestro comportamiento en otras esferas de la vida social, como en el ámbito laboral y profesional, por lo que es necesario que las distintas instituciones sociales conozcan este tipo de situaciones, para que haya una intervención y un manejo adecuado de estos conflictos, ya que muchas veces, por tratarse de sujetos masculinos (y por todos los estereotipos existentes) se asume que los hombres “no sienten”, y que, de algún modo, ellos resolverán sus problemas, sin considerar que muchos hombres tienen dificultades importantes para manejar su afectividad y, por lo tanto, resolver conflictos de índole emocional. En este sentido, esta vulnerabilidad los puede llevar a comportamientos inadecuados que atentan no solo contra su integridad, sino que también contra otras personas.

Finalmente, es evidente que existe un sufrimiento, el cual no puede ser expresado a partir de la configuración de la masculinidad tradicional, en este sentido, es evidente que existen nuevas posibilidades discursivas, pero no encuentran un correspondiente en el comportamiento masculino, ni en las instituciones sociales; en razón de ello, hay pocas posibilidades de que estos discursos alternativos se desarrollen y se establezcan en el comportamiento verbal de los hombres. Por último, estos hombres expresan un cambio en

la relación con sus hijos e hijas, en su cotidianidad, que, evidentemente, los afecta; sin embargo, esta situación se ve confrontada con una serie de requerimientos de proveeduría y trabajo, que no les permite un adecuado manejo de la separación.

Notas sobre la metodología

En el caso de este estudio, la metodología empleada ha permitido enriquecer el trabajo realizado, ya que ha sido de gran valor no solo remitirse a la lectura y al análisis de los protocolos de las entrevistas, sino, también, estudiar el encuentro subjetivo de la investigadora con los entrevistados, así como analizar lo escenificado (silencios, risas, faltas a las citas, interrupciones a la entrevista, etc.) por estos hombres, cuando el lenguaje ha sido limitado.

Como ha sido señalado por otros autores existe una dificultad importante –en algunos hombres– no solo en el manejo de su afectividad sino en la expresión de esta, por lo que esta metodología permite el análisis de aquello presente no solo a nivel conciente e inconsciente, sino de lo simbólico y escénico.

Otro elemento importante a partir de la metodología empleada, es que estos hombres, cuando hablan de estos temas y situaciones, y ante una mujer, deben activar patrones culturales asociados a la masculinidad, como la seducción, ya que ese es el modo tradicional como es vista la mujer, como un objeto que puede ser abordado donde sea y cuando sea, lo que demuestra como, para algunos hombres, esta es la única forma en que pueden relacionarse y comunicarse con las mujeres. Lo que, evidentemente, vulnerabiliza no solo su situación como hombres –ya que algunos ven “relaciones” o “vínculos eróticos” donde no existen–, pero también vulnerabiliza a las mujeres, quienes constantemente deben enfrentarse situaciones de acoso.

Por lo tanto, en términos metodológicos el análisis de esta situación es de gran valor, ya que muestra la posibilidad del trabajo con hombres, a partir de mujeres investigadoras, pues el tipo de interacción establecida entre los

hombres y la investigadora, genera un material pronto al análisis, por lo que el estudio no se limita únicamente a lo explícito, sino al ámbito de lo escénico, lo cual es de suma relevancia en las relaciones entre géneros.

Experiencia analítica: manejo transferencial y contratransferencial

Por medio de las entrevistas, los hombres debían dar cuenta de su vivencia, sus fantasías y sus miedos acerca de la paternidad interrumpida, así como aspectos de su socialización, mientras que la investigadora señalaba, confrontaba e interpretaba junto a ellos.

Durante el proceso de entrevista, se tuvo como objetivo conocer cómo la cultura se refleja en el consciente e inconsciente de los hombres, ya que, según Lorenzer (1972), “el carácter no consciente de la cultura determinada por clichés en el niño —y antes en la madre— muestra expresamente el modo en que las estructuras objetivas se imponen a los sujetos: como contradicciones no percibidas dentro de formas de interacción y los símbolos correspondientes, y como disonancia entre el juego de lenguaje, y el cliché que inconscientemente depende de él, que en conjunto constituyen la praxis de interacción dominante” (p.124), por lo que no se pretende, bajo ninguna razón, establecer topologías psíquicas de los sujetos en cuestión.

De este modo, el procedimiento etnopsicoanalítico (Bosse, 1994) se basa en las entrevistas individuales de orientación psicoanalítica (conversaciones libres y dirigidas), con el objetivo de conocer la biografía de los sujetos. Durante las entrevistas se ha utilizado el diálogo psicoanalítico como un instrumento de investigación social, conservando los elementos fundamentales propios del análisis de la transferencia y la contratransferencia, estudiando, de este modo, cuáles contenidos deben llegar a ser inconscientes en la cultura y por qué.

De lo que se trata es de abordar la subjetividad de un individuo y simultáneamente entender esta expresión de una persona como la configuración de posibilidades sociales, explicable esto a partir de sus experiencias biográficas con su posición específica en el entramado social. Lo que se pretende es

reconocer la relación recíproca entre la subjetividad y la objetividad social en el posible dilema de la paternidad interrumpida.

Durante este proceso de entrevista, existe una dimensión consciente e inconsciente. Las escenificaciones preconscientes y simbólicas se relacionan con la investigadora; de este modo, la relación con la investigadora se convierte en un reemplazo de los vínculos genéricos participantes en la paternidad. Ante el sufrimiento expresado y actuado por los hombres, la investigadora se torna en un aliciente, y de alguna forma en la nueva mujer comprensiva, que escucha y que es capaz de entender todas las fallas que como hombres tienen. Estos hombres depositan expectativas masivas en la situación de entrevista y creen que “la investigadora puede ayudarlos a sobrellevar la ruptura”, pero, por otro lado, la investigadora puede ser vista como la madre castrante, la pareja manipuladora y generar los mismos sentimientos que generaban otras mujeres relacionadas con ellos, ya que es otra forma de vilipendiarlos; el estudio es como la Ley, como sus ex mujeres, que les exige explicaciones, que les exige un compromiso, etc.

De este modo, la investigadora podría ofrecer protección comprensiva, pero, también, crítica, confrontación y reflexión.

La transferencia

La transferencia es una de las más valiosas fuentes de material para el análisis y una de las más importantes motivaciones, así como el mayor obstáculo para el éxito (Greenson, 1997). Según Ricoeur, 1975, la transferencia en psicoanálisis se entiende como el lazo que el paciente establece con el analista, en este caso los entrevistados con la investigadora, y se define como “sentir impulsos, actitudes, fantasías y defensas, respecto de una persona en la actualidad, que no son apropiados para tal persona, y son una repetición, un desplazamiento, de reacciones nacidas en relación con personas que tuvieron importancia en la primera infancia”.

De este modo, durante el encuentro etnopsicoanalítico, los entrevistados proyectan en la investigadora distintas imágenes de mujer. Así, la investigadora, durante este encuentro, puede generar en los entrevistados sentimientos que en ellos remiten a la madre comprensiva, a la mujer tradicional, o, por el contrario, pueden ver a su ex pareja representada por la investigadora que lo cuestiona e inquieta. Por lo tanto, estas proyecciones llevan a estos hombres a colocarse en la situación de niños que están aprendiendo, que son vulnerables, que necesitan ser escuchados, porque están siendo castigados por la sociedad, por la cultura, y por la ley, etc. Este material es accesible solo por medio de la transferencia (Ricoeur, 1975 pág. 48), pero, como veremos, estas transferencias, tanto por parte del entrevistado como de la investigadora, son, en su mayoría, ambivalentes; es decir, expresan lazos de odio y amor.

El establecimiento de este lazo afectivo intenso es automático, inevitable e independiente de todo contexto de realidad (Ricoeur, 1975). Según este autor, puede suceder que ciertas personas sean “ineptas” para la transferencia, pero, si es así, no producen demanda de análisis. Esta demanda implica una entrada en la dimensión transferencial: el entrevistado se dirige a alguien al que supone un saber, y en este caso particular, los hombres entrevistados demandan no solo un saber sino una escucha, ya que al aceptar el proceso de entrevista, los entrevistados colocan una serie de expectativas no solo en el proceso de entrevista sino en la investigadora.

Fuera del marco del análisis, el fenómeno de la transferencia es constante, omnipresente en todas las relaciones, sean estas profesionales, jerárquicas, amorosas, etc.

En lo que concierne a la relación con la investigadora, el “entrevistado” debe conservar suficientes deseos irrealizados, lo cual es observable por todas las expectativas de las que es objeto la investigadora y el proceso de entrevista: La investigadora –en este entramado cultural del hombre– despierta fantasías y expectativas, y es vista como la mujer con la que puede conversar, la mujer que lo entiende, la mujer que lo escucha, a la que puede expresarle temores, y por otro lado, es la mujer que puede generar en el entrevistado la fantasía de restituir su posición masculina. Es decir, el entrevistado debe conservar

el deseo de ser escuchado, comprendido, y por lo tanto, de reformular el conflicto que le produjo la ruptura con la *fratría*. Para estos hombres (de modo consciente o inconsciente), este proceso transferencial lo genera una mujer, una mujer que para él tal vez es la madre (la madre que debe comprenderlo, o la madre a la que él quiere pedirle explicaciones por no haberlo educado o preparado distinto), la ex pareja (la cual debe escucharlo y comprender que solamente es un hombre vulnerable, y que no es el “macho” que todo lo sabe y todo lo puede).

Como se dijo anteriormente, durante el proceso de transferencia los hombres para poder comunicarse con la investigadora la colocan en situaciones y roles tradicionales; es decir, les cuesta sacar a la investigadora del estereotipo femenino, no la pueden ver como la investigadora, como una mujer con conocimiento, porque –desde su perspectiva– ellos son los que tienen el conocimiento, lo que les permite, además, dictar la pauta de las entrevistas: dicen cuándo, cómo y a qué hora pueden.

La importancia principal de las reacciones transferenciales se debe al hecho de que si las reacciones de transferencia se manejan debidamente, el entrevistado sentirá en la situación de entrevista y en relación con la investigadora, todas las relaciones humanas importantes de su pasado que no son conscientemente accesibles a él (Freud, 1912); así, las repeticiones transferenciales durante el encuentro entre la investigadora y los entrevistados introducen en el análisis un material que sería inaccesible a la investigadora como mujer, pero los hombres, al repetirlo y revivirlo durante la entrevista, facilitan que el pasado de cada uno de ellos entre en la situación del tratamiento.

Las resistencias

La técnica empleada presupone una operación analítica, y presupone del entrevistado un trabajo en la toma de consciencia. Estas dos formas de trabajo, el de la entrevista y del entrevistado, revelan el psiquismo en su totalidad

como un trabajo; trabajo de sueño, trabajo de duelo, y podría decirse trabajo de neurosis; se trata de un trabajo porque es una lucha contra la resistencia. Las resistencias que se oponen a la entrevista son las mismas que se encuentran en el origen de la neurosis.

En este sentido, Freud, citado por Ricoeur (1975), escribe que la exploración analítica tiene como fin liquidar las resistencias; de este modo, el arte de interpretar debe ser considerado en sí mismo, como una parte del arte de manejar las resistencias; este arte de interpretar, que Freud compara con un arte de traducir, es una especie de comprensión de intelección, de producción, de inteligibilidad.

En el caso particular de los entrevistados, estos han mostrado cómo la lucha contra la resistencia se ha convertido en una lucha ardua, y les ha costado, tanto al entrevistado como a la investigadora, sinceridad, tiempo, dinero, etc. A la investigadora le ha costado “*savoir faire*”⁹ y control de sus propios afectos, si quiere entrar en la transferencia como el *vis a vis*¹⁰ de la exigencia del entrevistado, como aquel que no responde y conduce al adversario (a la investigadora) en los desfiladeros de la frustración (pág. 95).

De este modo, en el caso del manejo de la resistencia de los entrevistados, la investigadora ha tenido que entrar en la exigencia de estos sujetos, y ha sido llevada a los extremos de frustración, la ira y la impaciencia, porque, además, esta transferencia lo ha permitido. Entrar en la exigencia de los entrevistados ha sido estar disponible al “deseo” de ellos; es decir, la entrevista se realizaba solo si era parte del deseo de ellos; esto implicó muchas citas infructuosas, esperas largas y entrevistas caracterizadas por pausas e interrupciones sistemáticas. Todo este comportamiento evasivo, de resistencia, por parte de los entrevistados, como plantea Freud, citado por Ricoeur (1975), significa que los entrevistados pueden estar experimentando una *recrudescencia* de sus conflictos y una *agravación* de sus síntomas, lo cual es totalmente comprensible. Estos hombres han tenido que llevar por sí mismos la dolorosa situación de la ruptura con su *fratría*, lo cual implica en ellos no solo recordar sino revivir todos los momentos de la ruptura, y reconocer, que en sus casos no han superado completamente esta vivencia, sino que se encuentra poco

9 Saber hacer

10 Cara a cara

elaborada y oculta en el inconsciente, por lo que el trabajo del entrevistado consiste, por lo tanto, en comunicar en la entrevista todo aquello que viene a su espíritu; no importa lo que pueda costar, es un trabajo y no una mirada, un trabajo de encuentro cara a cara: rememoración, repetición y elaboración (Ricoeur, 1975, 1996). La lucha contra las resistencias es la tendencia del entrevistado a sustituir la rememoración con la repetición (p. 98). La repetición es una forma como los hombres manifiestan las resistencias; la repetición es tal que en los cuatro casos en que el lenguaje es similar, repiten las mismas cosas, los mismos conceptos, y sacarlos de ahí, se presenta como dificultad, ya que si deben referirse a su experiencia desde una visión individual y única, no encuentran las palabras. Sin embargo, como lo ha señalado Ricoeur (1975), es preciso volver a la significación económica de los síntomas, en tanto que satisfacción sustitutiva (pág. 98), y tratar de comprender qué es lo que dicen estos entrevistados cuando vivencian estos procesos de resistencia.

Freud, citado por Ricoeur (1975), apunta que “por cruel que pueda parecer, debemos evitar que los sufrimientos del enfermo se atenúen prematuramente”, y que en caso de que los síntomas hayan sido destruidos y devaluados, estamos obligados a recrear el sufrimiento bajo la especie de otra frustración penosa, si no se corre el riesgo “de no obtener jamás una pasajera mejoría”; de este modo, el llamar nuevamente a escena el conflicto de la paternidad permite valorar hasta qué punto los síntomas han sido destruidos y devaluados, el conflicto perdura porque el hombre no está cerca de sus hijos, pero, ¿qué pasa? Recrear estos recuerdos genera la base de la resistencia, ya que creen que han resuelto el conflicto por medio de la devaluación de sí mismo, pero no es así. Entonces, “llamar” de nuevo el dolor y el conflicto permite conocer el modo como este ha sido elaborado y si sigue latente, pero oculto. Y, en el caso de que el conflicto esté latente y oculto, ¿qué nombres falsos ha tomado para expresarse? El deber de la investigadora es oponerse enérgicamente a estas satisfacciones de reemplazo, prematuramente adoptadas.

En cuanto a las resistencias, como todas aquellas fuerzas del entrevistado que se oponen a los procedimientos de la labor durante la entrevista. De modo, que las resistencias defienden el *statu quo* de la neurosis del entrevistado, lo que

claramente se ve actuado por los entrevistados en la falta de compromiso, citas infructuosas, dejar plantada a la investigadora, interrumpir las entrevistas, etc.

Las resistencias son repeticiones de todas las operaciones defensivas que el entrevistado ha realizado en su vida pasada (p. 50) ¿A qué se resiste el entrevistado? ¿Y por qué lo hace? Porque la causa inmediata de la resistencia es siempre la existencia de un afecto doloroso, como ansiedad, culpabilidad o vergüenza, sentimientos –como hemos visto– expresados y escenificados por los entrevistados.

La asociación libre

Greenson (1997) define la asociación libre como el modo predominante de comunicar material clínico, y que, en nuestro caso permite determinar si el entrevistado tiene elasticidad de oscilar entre funciones yoicas más regresivas y que son necesarias en la asociación libre, para que el entrevistado, en este caso, comprenda las intervenciones analíticas, responda a las preguntas directas y resuma la vida cotidiana al final de la hora; sin embargo, este autor señala que la asociación libre la encontramos al servicio de las resistencias y, por lo tanto, es el método principal para producir material de análisis. En nuestro caso, esto es evidente cuando se habla de la ruptura con la *fratria*; la asociación libre se apodera de la discusión y se refieren a otros temas como el ejercicio de la paternidad, la ruptura con la pareja, los amigos, etc. Tanto la resistencia como la asociación libre comunican información de vital importancia acerca de la historia, reprimida del pasado del paciente.

El entrevistado produce el material para el tratamiento por medio de asociaciones libres, reacciones de transferencia y resistencias; de este modo, la investigadora emplea los procedimientos analíticos de las confrontaciones, las aclaraciones, las interpretaciones y las trans elaboraciones (Greenson, 1997 p. 59) para analizar este material.

Procedimientos analíticos empleados

Las ***confrontaciones*** se realizaron básicamente en los momentos en que los hombres se mostraban como hombres distintos: pro género, diferentes, responsables y conscientes, aunque, sin embargo, su discurso era absolutamente “machista”. Por ejemplo, cuando decían, “yo no soy machista, yo siempre le daba permiso a mi esposa para que fuera a ver la mamá o saliera con las amigas”; en estos casos, la confrontación se hizo directamente al entrevistado, con una sola pregunta: "Usted dice que no es machista, pero, por otro lado, dice que le da permiso a su mujer para salir de la casa, ¿eso no es machismo?" Acto seguido, se intenta ***aclarar*** por qué esta idea “dar permiso para salir” es parte de un discurso machista. El otro procedimiento presente en este encuentro fue la ***interpretación***, la cual tuvo como objetivo darle significado y casualidad a un fenómeno; uno de los casos más comunes es cuando hablan de la vulnerabilidad de sus hijos e hijas a partir de la ruptura, ya que ellos como padres, no pueden estar con sus hijos(as) para defenderlos de “cualquier peligro”; la interpretación en este caso iba orientada a que el entrevistado se diera cuenta de que más bien ellos estaban hablando de su propia vulnerabilidad ante la situación de ruptura. Por último, las ***trans elaboraciones***. Este procedimiento es realizado por el analizado fuera de la situación de análisis/entrevista, por medio de un *insight*¹¹. Este *insight* llevaría a un cambio de comportamiento del entrevistado. En este caso, el ejemplo más común es cuando los entrevistados llegaban nuevamente a la entrevista diciendo que el proceso (entrevista anterior) les había “dado ganas de visitar o llamar a sus hijos”; pero, como apunta Greenson (p. 58), estos cambios no se dan rápidamente; por lo general, son transitorios, quedan aislados y no integrados.

La investigadora trata de entender y comprender este evento, pero, por otro lado, se frustra, se enoja y siente ira, porque los hombres entrevistados durante este encuentro, la colocan en una situación de “objeto” y es subordinada a los deseos e intereses de estos hombres. Esto provoca en la investigadora fuertes sentimientos ambivalentes (entre el odio y amor), ya que trata de entender y

11 Proceso de comprensión

comprender este evento, pero, por otro lado, se frustra, se enoja y siente ira, ya que la investigadora como mujer, es colocada en una situación de “objeto” y subordinada a los deseos e intereses de los hombres.

A partir de este trabajo, la investigadora comprende la dificultad que pueden tener algunas mujeres para comunicarse con algunos hombres. Esto, porque existen dificultades en los hombres para comunicarse, para enfrentarse con sus conflictos, para comprometerse, especialmente cuando se trata de temas relacionados con su afectividad. Es claro como en el caso de estos hombres, su masculinidad, su testarudez, su egocentrismo, los lleva a simplificar sus conflictos al plano sexual, lo que los limita para ubicarse en escenarios afectivos y emocionales.

A partir del análisis de este encuentro subjetivo entre la investigadora y los entrevistados, es claro que estos hombres no pueden relacionarse con la investigadora de otro modo; deben vivenciarlo; deben colocar a la investigadora en el rol de mujer, recurren a esto porque no pueden enfrentarse con situaciones complejas, como, por ejemplo, hablar de su afectividad, por lo que el rol que establecen con la investigadora es ambiguo. En definitiva, ante una situación de entrevista, y frente a una mujer, estos hombres no pueden informar sobre sus conflictos, sino que la investigadora debe vivirlos; es decir, se le hace “sentir” a la investigadora sobre estos dilemas. La mujer es colocada en una realidad de “objeto” y sometida a los deseos e intereses de los hombres.

La contratransferencia

La contratransferencia se entiende como una respuesta emocional consciente o inconsciente de la investigadora al entrevistado; está determinada por las necesidades internas de la investigadora, más que por las necesidades del entrevistado, y puede reforzar la historia traumática del entrevistado si la investigadora no pone atención.

Efectivamente, el trabajo etnopsicoanalítico hermenéutico con hombres supone un “trabajo”, en el sentido de que los hombres, al poner en práctica

los patrones culturales masculinos que poseen, generan en la investigadora sentimientos de frustración, de ira, pero también de comprensión. Es decir, la investigadora, en este proceso, tiene fuertes sentimientos ambivalentes: por un lado, odia a estos hombres que le cancelan las citas de entrevista, pero, por otro lado, tiene deseos de comprender qué pasa con esta subjetividad y por qué se comportan como lo hacen.

Mediante su análisis personal, la investigadora está en condiciones de conocer lo que tejen sus relaciones personales con los otros, de modo que esto no vaya a interferir con lo que sucede del lado del entrevistado. Esta es, además, condición *sine qua non* para que la investigadora esté disponible y a la escucha del inconsciente (Ricoeur, 1975).

Si la contratransferencia incrementa en intensidad, podemos estar bastante seguros de que los sentimientos inconscientes de la investigadora, sus propias transferencias hacia el entrevistado, están confundidas. El desagrado intenso hacia el entrevistado es frecuentemente como una reacción al hecho de no entender al entrevistado; o puede estar fundada en la más profunda “real contratransferencia”. Esto ha sido evidente cuando la investigadora se enoja con los entrevistados, porque la investigadora, al escuchar estos discursos, cree que está escuchando a otros hombres, con los cuales se ha relacionado en su vida; es decir, de repente olvida que estos hombres son entrevistados, en una situación particular, pero al igual que los entrevistados, la investigadora se confunde, y muchas veces no les cree o se enoja, porque son discursos que ella ya ha escuchado, en su historia personal o como mujer, que tiene relaciones cotidianas con hombres, y porque además es hermana, hija, y amiga, de mujeres que se relacionan con hombres cotidianamente.

La contratransferencia comprende, de este modo, los efectos de las necesidades inconscientes de la investigadora y los conflictos sobre su entendimiento o técnica. En semejantes condiciones, el entrevistado representa para la investigadora un objeto del pasado o presente, en quien los deseos y sentimientos son proyectados, como en la situación de la transferencia del entrevistado con la investigadora

De este modo, y en esta situación de contratransferencia, la investigadora se relaciona con hombres que emergen desde su inconsciente, y la hacen tener sentimientos asociados a estos hombres.

Por ejemplo, cuando se relaciona con **el padre comprometido** por sus hijos e hijas, la investigadora se siente comprensiva y comprometida, siente lástima, y odio contra las mujeres que impiden que estos hombres tengan una relación afectiva con sus hijos e hijas.

Cuando se relaciona con el hombre típico machista, la investigadora tiene fuertes sentimientos de odio, y ve en el entrevistado a todos los hombres de la calle, los misóginos que maltratan mujeres, y no les pone atención, porque cree que estos hombres le están mintiendo con su discurso de “hombre agredido, incomprendido”.

Algunas veces, la investigadora trata de entender **a su propio padre**, reflejado en el relato de estos hombres y trata de buscar explicaciones para su vivencia como hija, y para el comportamiento de su padre, que si bien estuvo presente, fue un padre “tradicional”.

En algunas ocasiones, existe en la investigadora el deseo de restablecer la figura masculina destruida en su vivencia por medio de los hombres que entrevista, y trata de entender como es que los hombres sienten, viven su masculinidad y establecen relaciones afectivas.

BIBLIOGRAFÍA

Leyes

Asamblea Legislativa. (2001). *Ley de paternidad responsable*. Asamblea Legislativa República de Costa Rica.

Tesis

Arroyo, J. 2000. *La figura de la filiación a la luz del principio de igualdad en el Código de Familia costarricense*. Trabajo final de graduación en Derecho. Universidad de Costa Rica.

Castro, M. (2003). *La licencia por paternidad*. Trabajo final de graduación en Derecho. Universidad de Costa Rica.

Enríquez, R. (2003). *Actitudes, percepciones y valoraciones sobre paternidad de los y las estudiantes de dos colegios públicos del Área Metropolitana*. Trabajo final de graduación en Psicología. Universidad de Costa Rica.

Mora, J. (2003). *Transición a la paternidad desde la masculinidad en el acompañamiento en preparto, parto o posparto en el Hospital Max Terán*. Trabajo final de graduación de Enfermería. Universidad de Costa Rica.

Rodríguez, S. (2003). *Maternidad y paternidad adolescente. Proyecto de vida: aporte desde la perspectiva de género*. Trabajo final de graduación en Sociología. Universidad de Costa Rica.

Ugalde, M. (1999). *Reconocimiento del hijo extramatrimonial en la legislación costarricense*. Trabajo final de graduación en Derecho. Universidad de Costa Rica.

Textos, documentos, revistas y libros

Benjamin, J. (1997). *Sujetos Iguales, Objetos de Amor. Ensayos sobre el reconocimiento sexual de la diferencia*. Editorial Paidós Psicología Profunda. Argentina.

Bosse, H. (1994). *Der fremde Mann. Jugend, Maennlichkeit, Macht. Eine Ethnoanalyse unter Mitarbeit von Werner Knauss*. Sozialwissenschaft Fischer.

Garlik, S. (2003). What is a Man?. Heterosexuality and the Technology of Masculinity. *Men and Masculinities*, Vol. 6, N.º 2, 156-172.

Goetz, J.P. y LeCompte, M.D. (1988). *Etnografía y diseño cualitativo en investigación educativa*. Ediciones Morata, S.A. Madrid.

Greenson, R. (1997). *Técnica y práctica del psicoanálisis*. 11.º ed. México: Siglo Veintiuno.

Grossman, K., Grossmann, K.E., Fremmer-Bombik, E., Kindler, H., Scheuerer-Englisch, H. Zimmermann, P. (2002). *The uniqueness of the Child-Father Attachment Relationship: father's Sensitive and Challenging Play as a Pivotal Variable in a 16 year Longitudinal Study*. Departamento de Psicología de la Universidad de Regensburg. Publicado por Blackwell Publishers.

- Herdt, G. (1981). *Guardians of the Flutes: Idioms of Masculinity*. McGraw-Hill
- Lázaros, L. y Rodríguez, M. (2001). *La paternidad responsable en Costa Rica: una tarea pendiente. Comisión de las Naciones Unidas para América Latina y El Caribe CEPAL. LC/MEX/L. 480.*
- Lorenzer, A. (1981). *Das Konzil der Buchhalter. Die Zerstoerung der Sinnlichkeit. Eine Religionskritik*. Europaeische Verlagsanstalt.
- Lorenzer, A. (1972). *Bases para una teoría de la socialización*. Amorrortú Editores. Buenos Aires.
- Lorenzer, A. (2002). *El lenguaje destruido y la reconstrucción psicoanalítica. Trabajos preliminares para una metateoría del psicoanálisis*. Amorrortú Editores. Buenos Aires.
- Menjívar, M. (2002) *Actitudes Masculinas hacia la Paternidad: Entre las Contradicciones del Mandato y el Involucramiento*. San José: Instituto Nacional de las Mujeres, Colección Teórica N.º 2.
- Novikova, I. y Raynor, A. (2003). Critical studies on men in Europe. *Men and masculinities*. October 2003.
- Ortega, (1999). Vivencia de la paternidad desde la perspectiva de género. *Iztapalapa* N.º 45. México.
- Otegui, R. (1999). La construcción social de las masculinidades. Universidad Complutense de Madrid. I *Política y Sociedad*. N.º 32. Madrid.

- Paquette, Daniel. 2004. Theorizing the father-child relationship: mechanisms and development outcomes. Centre Jeunesse de Montreal, University of Montreal, Canada. *Human Development*. N.º 47, pp. 193-219.
- Ricoeur, P. (1975). *Hermenéutica y psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina.: Megapolis, c1975.
- Rivera, R. y Ceciliano, Y. (2003). *Cultura, masculinidad y paternidad: las representaciones de los hombres en Costa Rica*. (FLACSO). San José, Costa Rica.
- Rodríguez, M. (2000). Narración y conocimiento: el caso del psicoanálisis hermenéutico. *Revista de Filosofía*, 3a. Época, Vol. XIII. N.º 24. pp. 139-167. Servicios de publicaciones. Universidad Complutense de Madrid.
- Sanabria, J. (1995). Etnopsicoanálisis y hermenéutica profunda en la investigación social. Reflexiones sobre el racismo. *Actualidades en Psicología*. Vol. 11. Págs. 1-55.
- Valles, M. (1997). *Técnicas cualitativas de investigación social: reflexión metodológica y práctica profesional*. Editorial Síntesis Sociológica. España.
- Vega, I. (2001). *Inscripción de los hijos e hijas de madres solteras. ¿Una cuestión de paternidad responsable?* Isabel Vega (Comp.). Instituto de Investigaciones Psicológicas, Universidad de Costa Rica, San José.
- Vega, I. (2003). *El divorcio y las nuevas dimensiones de la paternidad*. 1.^a edición. Instituto de Investigaciones Psicológicas, Universidad de Costa Rica, San José.

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS

139. Leonardo Garnier. *El espacio de la política en la gestión pública*. Noviembre 2005.
140. Alberto Minujin, Enrique Delamónica, Alejandra Davidzik. *Pobreza infantil. Definiciones, mediciones y recomendaciones de políticas públicas*. Febrero 2006.
141. Roxana Hidalgo Xirinachs. *Mito y poder. Sobre la diferencia entre feminidad y masculinidad en la novela Casandra de Christa Wolf*. Abril 2006.
142. Carlos Sojo (compilador) *Pobreza, exclusión social y desarrollo. Visiones y aplicaciones en América Latina*. Junio 2006.
143. Ronald Soto Quirós, David Díaz Arias. *Mestizaje indígenas e identidad nacional en Centroamérica. De la Colonia a las Repúblicas Liberales*. Setiembre 2006.
144. Edith Olivares Ferreto. *Migraciones y división social del espacio. El asentamiento de la población nicaragüense en el cantón Central de San José, Costa Rica*. Noviembre 2006.
145. Quirine Eijkman. *El largo camino hacia la policía comunitaria: Las estrategias de derechos humanos para la policía en Costa Rica*. Febrero 2007.
146. Dr. Luis Antonio Sobrado González. *Democratización interna de los partidos políticos en Costa Rica*. Abril 2007.
147. Edelberto Torres-Rivas, Enrique Gomáriz Moraga. *Qué significa ser de izquierda en el siglo XXI. Notas para una crítica de la razón revolucionaria*. Junio 2007.
148. Yajaira Ceciliano N., *Paternidad interrumpida e idiomas masculinos emergentes*. Agosto 2007.

MAYOR INFORMACIÓN SOBRE NUESTRAS PUBLICACIONES

<http://www.flacso.or.cr>

Distribución de Publicaciones: libros@flacso.or.cr